

San Juan de la Cruz

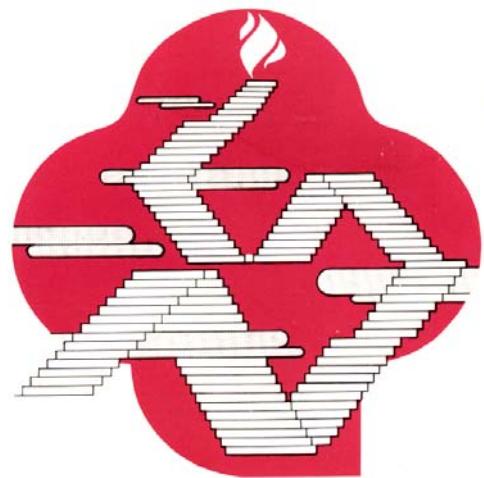
«Noche oscura leída hoy»

Jesús Martí Ballester

JESUS MARTI BALLESTER

SAN JUAN DE LA CRUZ

noche oscura leída hoy



A la Iglesia de Jesús, y en ella, de un modo especial a quienes viven la ardorosa NOCHE OSCURA, para que se animen con la esperanza cierta y viva de la feliz transformación.

EL AUTOR

Fermentos

¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? «Purificad la levadura antigua para ser nueva masa» (1Cor 5, 6-7). Bajo el signo de esta imagen bíblica ha nacido la colección Fermentos. «No repartamos pan, sino fermento». [Beato Alberione]

PROLOGO:

DEL CARDENAL DOCTOR NARCISO
JUBANY, ARZOBISPO DE BARCELONA, AL LIBRO
DE JESÚS MARTÍ BALLESTER:

NOCHE OSCURA LEÍDA HOY

Hace algunos meses leí unas afirmaciones del Cardenal Etchegaray, Arzobispo de Marsella. Helas aquí: «Nuestra sociedad se hace irrespirable, nos impide gritar, crear. Estamos en una civilización donde ya no se crea nada, donde todo se fabrica en serie: he aquí por qué lo nuevo envejece más pronto que lo antiguo... El año 2000 espera hombres y no robots. Para entonces, nos hace falta a todos aprender a vivir como monjes en la ciudad. Monjes, para quienes la oración no es ciertamente el contrapeso, sino el peso de toda acción. Monjes, para quienes la oración es la adhesión amorosa al plan universal de Dios y no aplicación laboriosa de sus próximos pequeños proyectos. Afortunadamente la oración no se reduce a la eficacia que nosotros esperamos de ella, porque nuestras peticiones son demasiado tímidas, nuestra esperanza demasiado limitada. Afortunadamente El responde siempre más allá de nuestros pobres deseos. Dios contempla ampliamente el mundo de mañana y nos invita a entrar en su visión, tan grande como el cielo estrellado. Así nosotros sabremos descartar todos los miedos que nos paralizan ante las incertidumbres o las amenazas del porvenir. El miedo animaliza al hombre que no reza: éste no se dirige a Dios y *entonces se vuelve contra sus hermanos; éste no avanza hacia Dios y entonces persigue a sus hermanos; éste no ofrece nada a Dios y entonces él se aparta de sus hermanos.*»

La cita ha resultado larga; pero es jugosa y extraordinariamente expresiva. «El año 2000 espera hombres y no robots.» «¡Monjes en la ciudad!» Este diagnóstico concuerda en el fondo con esta profecía de André Malraux: «El siglo XXI será un siglo metafísico y religioso. »

Ya dijo Kant que cada vez se planteará más la cuestión del por qué que la del cómo o el cuánto de las cosas. Por eso la ciencia actual, con su poder casi ilimitado, no tendrá sentido más que si asume su propia trascendencia, con la que se comunica en diálogo de amor, que es oración.

La reforma litúrgica, llevada a cabo por el Concilio Vaticano II, ha hecho un enorme bien a la Iglesia. Pero el espíritu de esa reforma va más allá. Es precisamente lo que muchos no han captado suficientemente: la reforma no excluye, sino que subraya también la importancia de la oración personal del cristiano. Esta oración, quizás por aquello de la ley del péndulo, para muchos ha quedado relegada en el olvido. Por otra parte, ha surgido fuerte y potente la corriente de opinión de que la vida cristiana, realizada bajo el impulso de la caridad, ya es por sí misma una «oración»: oración «difusa» u oración «implícita», como se acostumbra a calificar.

Es verdad que, en los momentos actuales, se nota un sincero deseo- sobre todo en ciertos sectores de nuestra juventud- de concentrarse en sí mismos para orar, para encontrarse con Dios. Esto es bueno y esperanzador. Responde a una exigencia íntima que siente el hombre, más o menos conscientemente: *encontrarse a sí mismo en el encuentro con Dios. Esta exigencia, aunque en ciertos momentos puede manifestarse como una necesidad psicológica, responde más bien al ser profundamente «religioso»*

del hombre y, pensando en cristiano, a la acción del Espíritu, que no cesa de llamar a las puertas del corazón humano para comunicarle la gran realidad del amor del Padre.

El problema de la necesidad de la oración, por parte de los cristianos, es un «problema de amor». El hombre ora al Padre cuando y porque le ama; deja de hacerlo cuando su corazón se enfria y huye de El. El puro intelectualismo no convierte al hombre en un verdadero «orante».

Por otra parte, es perfectamente correcto preguntarnos cuál fue la conducta de Jesucristo, a propósito de la oración. Las páginas del Evangelio nos dicen que El muchas veces se aisló de los hombres para orar. Pasó noches enteras dedicado a la plegaria en lugares desiertos; oró antes de escoger a los apóstoles y cuando se transfiguró en el monte Tabor. La plegaria del huerto de Getsemaní, en la noche del Jueves Santo, contiene las palabras más humanas, pronunciadas en los instantes que precedieron a las horas amargas de la pasión. Más todavía, ni en la cruz faltó la oración: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», y «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

El Señor no se contentó con darnos ejemplo de su oración personal. La aconsejó y la enseñó a sus apóstoles. Estos le pidieron un día que les dijera cómo tenían que orar y les enseñó el Padrenuestro. En Getsemaní les advirtió severamente: **«Levantaos y orad para no caer en la tentación.»** Así les dio a entender que la plegaria es indispensable para superar el mal en los diversos trances de la vida humana.

Es una lástima que en nuestros tiempos haya decaído tanto una virtud que se llama «piedad»: significa, entre otras cosas, el trato filial con Dios. Hoy no está de moda. Padres y educadores cristianos la han arrinconado como un trasto viejo e inservible. La «piedad» bien entendida es la oración de los hijos dirigida al Padre; que no hay que confundir, ni con las «maneras» concretas de realizarla, ni menos con cierta «beatería» inadmisible. Formar «personas de oración» -virilmente piadosas- es una de las necesidades más apremiantes de nuestros tiempos. Pero me pregunto, no sin cierta angustia: ¿Existen muchos y verdaderos «maestros de oración»?

Formar maestros de oración exige dominar, en la teoría y en la práctica, lo que han dicho los grandes orantes que en el mundo han sido y cuya doctrina la Iglesia recoge como suya propia.

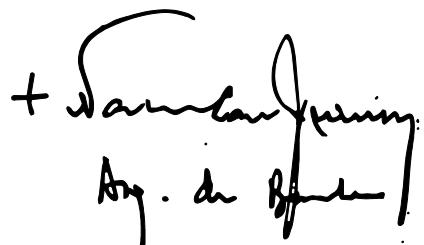
Cae de su peso que, si hemos de orar, necesitamos saber «cómo» hacerlo. No se puede razonablemente pedir la guía del Espíritu en este negocio, si descuidamos la ayuda que nos ha sido dada, en sus escritos, por los maestros de la vida espiritual. Siguiendo una tradición nunca interrumpida a lo largo de los siglos, estos maestros de oración han construido, ensayado y manejado la experiencia de millones de cristianos orantes. Santos y sabios en la materia reconocen ampliamente que San Juan de la Cruz es uno de los maestros más conspicuos, que mereció ser declarado Doctor Místico por la Iglesia.

Estoy prologando un libro que se ocupa de una obra suya, trascendental: La NOCHE OSCURA. Me llena de satisfacción el hecho de que la iniciativa de hacerla asequible haya surgido en mi diócesis de Barcelona. Con un trabajo y una dedicación asombrosos, el sacerdote Jesús Martí Ballester nos ha dado en estos últimos años el

fruto de sus estudios e investigación, esforzándose en poner al alcance de cualquier cristiano una doctrina que, por su oscuridad, quedaba relegada a una «élite» privilegiada de personas selectas.

El autor, por otra parte, ha abierto el surco de una nueva Institución en el seno de la Iglesia: la obra «AMOR Y CRUZ», que en gran parte se inspira en la doctrina de San Juan de la Cruz. Su meta consiste en formar hombres y mujeres de sólida oración y de una fe firme y profunda. Hoy la Iglesia necesita personas que sean verdaderos orantes en espíritu y verdad y se conviertan en verdaderos maestros de oración. Porque a todos nos hace falta «aprender a vivir como monjes en la ciudad», como afirmó el Cardenal Etchegaray.

Barcelona, 5 de diciembre de 1980



† NARCISO JUBANY ARNAU
Cardenal-Arzobispo de Barcelona

INTRODUCCIÓN

«¿Se reza hoy? ¿Sabe rezar el hombre moderno? ¿Siente la obligación de hacerlo? ¿Tiene el cristiano facilidad, tiene gusto, tiene empeño por la oración? ¿Siente afecto siempre por las formas de oración que la piedad de la Iglesia, aun no declarándolas oficiales, es decir, propiamente litúrgicas, nos ha enseñado y recomendado tanto, como el rosario, el Vía crucis, etc., y especialmente la meditación, la adoración eucarística, el examen de conciencia, la lectura espiritual?»

Es Pablo VI quien pronunciaba estas palabras en la audiencia general del 14 de agosto de 1969, en la que propugnaba *la necesidad de retornar a la oración personal*.

«Porque debemos reconocer que la irreligiosidad de tantas personas de nuestro tiempo hace muy difícil el encender la plegaria fácil, espontánea, jubilosa, en las mentes de nuestros contemporáneos.»

De los mismos labios de Pablo VI salían años después, el 22 de agosto de 1973, estos lamentos que tienen todo el valor de un diagnóstico.

Y estos otros tan realistas: *«No se quiere orar ya; no se sabe orar; muchísimas gentes no rezan, y por motivos terribles, pero falsos. Conocemos la gravedad de esta afirmación, la cual se refiere a la gran polémica con el ateísmo práctico y con el ateísmo teórico de nuestra época»* (30 enero 1974).

Sería muy largo citar al mismo Pontífice, que repetidas veces en sus discursos y alocuciones expresaba su dolor ante esta catástrofe que le atormentaba. Podríamos llenar muchas páginas con sus textos sagaces, religiosos, profundos; pero no es éste el momento.

También Juan Pablo II ha dicho ya, en el corto tiempo que preside la Iglesia, que «se ha discutido mucho y se ha orado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura» (*Carta Novo incipiente* a todos los sacerdotes de la Iglesia, 8 abril 1979).

Habla él con la autoridad que le da su vida, porque Juan Pablo II, como ha dicho monseñor Moreira Neves, secretario de la Sagrada Congregación para los Obispos, «es un hombre profundamente espiritual, un contemplativo, un hombre de oración permanente: un hombre de fe» (Declaraciones en la Universidad de Navarra. Pamplona, 11 abril 1980).

Lo que los papas han dicho no lo han dicho de ahora mismo. El mal viene ya de lejos.

También los Obispos han hablado. Recientemente, el Primado de Bélgica y Presidente de la Conferencia Episcopal, Godfried Daneels, ha dicho: «Lo tenemos todo; la ciencia lo puede todo; pero he ahí que nos falta un padre y que tenemos frío, y que somos como los niños del cuento de Kafka, muertos por haberse dejado enterrar en una caja cuya tapa nadie se preocupó de levantar. Sufrimos, desde varios siglos, de un complejo de Edipo. Cueste lo que cueste, debemos redescubrir la noción de padre, el calor de un Padre. Sin ella el viejo continente cristiano se enfriá de día a día.»

Si Dios ha muerto, porque lo hemos matado, ¿a quién orar?

Algunos Superiores Generales de Ordenes Religiosas han detectado lo mismo. Por dar un ejemplo, sólo uno, llegado desde una Orden especialista de la oración, el Carmelo Reformado, citemos la conclusión a que llegó en 1967 el Capítulo General, tras el análisis de la encuesta a nivel internacional:

«Todos afirman que *hay entre nosotros una verdadera crisis de oración*; crisis que no sólo es negativa. Por otra parte, nos pone sinceramente ante la realidad de una serie de dificultades objetivas y nos obliga a confesar humildemente que en la Iglesia damos poco testimonio de oración»¹.

El mismo fallo acusa la Iglesia Anglicana. Douglas Rhymes afirma: «En una reciente reunión del clero joven apareció con claridad que muchos habían abandonado el rezo del oficio, pues lo encontraban sin sentido para ellos; que en muchas parroquias ya no se reunían en común para los oficios o la meditación»².

De una parte, o no se reza o se reza poco.

¹ DANIEL DE PABLO MAROTO, *Dinámica de la oración*, Espiritualidad, Madrid 1973, 138.

² *La oración en la ciudad secular*, Sigueme, Salamanca 1969, 12-13'

De otra parte, se habla poco de oración. Juan Pablo II lo hace constantemente, pero aún tarda en negar su eco.

Es una triste realidad, tanto más cuanto que «*la Iglesia es la sociedad de hombres que oran. Su fin primordial es enseñar a orar. Si queremos saber lo que hace la Iglesia, debemos advertir que es una escuela de oración. Recuerda a los fieles la obligación de la oración; despierta en ellos la actitud y la necesidad de la oración; enseña cómo y para qué se debe orar; hace de la oración el 'gran medio' para la salvación y al mismo tiempo la proclama fin sumo y próximo de la verdadera religión*» (Pablo VI, Audiencia General, 20 agosto 1966).

Pero es que si alguna vez se habla de oración esa palabra queda restringida a la oración vocal. Si acaso se pasará a la oración mental o, en un paso más, a la afectiva. La oración mística, en sus grados distintos, queda definitivamente excluida, considerada patrimonio de seres excepcionales, cuando no ridiculizada a base de algunos chistes desgraciados que hicieron desafortunada fortuna y que forjaron una mentalidad subconsciente antimística que radica en la ignorancia.

No pocas veces esta ignorancia confundió los fenómenos extraordinarios de la mística con el concepto genuino de la misma. Cuando en realidad no hay más que un solo camino espiritual entrelazado de ascética y mística, en el que unas veces predomina la ascética y otras la mística, según que prevalezca en la actividad espiritual el influjo de los Dones del Espíritu Santo o el de las virtudes.

La característica del camino ascético es la oración discursiva, y la del místico es la oración contemplativa y unitiva.

En el ascético dirige la prudencia la vida del hombre, y en el místico, la acción está influida por el don de consejo.

En el ascético prevalecen los contentos espirituales, y en el místico, los gustos o gozos espirituales.

No podemos hacer dicotomía de ascética y mística, pues los dos estados se ensamblan en el curso de toda la vida.

El alma en gracia goza de la fuerza de las virtudes teologales y morales infusas. Goza también de los dones.

Los santos, aun los más santos, viven a la vez vida ascética y mística. No siempre están dirigidos por el Espíritu Santo; lo están también por la razón y luces naturales y ejercitan las virtudes.

En esta vida mística desea santa Teresa ver a los reyes cuando exclama en el capítulo 21, 11, de su Vida: «¡Oh, qué estado éste para reyes!; ¡cómo les valdría más procurarle, que no gran señorío! ; ¡qué rectitud habría en el reino! ; ¡qué de males se excusarían y habrían excusado!»³.

³ Santa Teresa, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1939.

Con razón afirma Donoso Cortés que las soluciones fundamentales de los problemas políticos y sociales sólo pueden esperarse de los místicos.

«Si pudiéramos penetrar en los secretos de Dios y de la Historia, tengo para mí que nos habíamos de asombrar al ver los prodigiosos efectos de la oración aun en las cosas humanas.»

«Para que la sociedad humana esté en reposo es necesario cierto equilibrio entre las oraciones y las acciones, entre la vida contemplativa y la activa.»

«La clave de los grandes trastornos que padecemos está quizá en el rompimiento de este equilibrio. Mi convicción en este punto es tan firme que creo que, si hubiera una sola hora de un solo día en que la tierra no enviara al cielo oración alguna, ese día y esa hora serían el último día y la última hora del Universo»⁴

Pero esta mentalidad de Donoso Cortés está fundada en la oración, tal como la define san Juan Damasceno: «Petición de cosas honestas a Dios». Se ha fijado menos en la de san Agustín, para quien la oración «es una elevación de la mente o del corazón a Dios».

Santo Tomás resume las dos definiciones en una y da origen a la definición clásica de nuestros catecismos: «Oración es levantar el corazón a Dios y pedirle mercedes.»

Ciertamente que esta expresión «pedirle mercedes» restringe la elevación del corazón a Dios, y ha dado lugar a que los teólogos de la escuela radical de la «secularización» hayan atacado el concepto con la sarcástica ironía de que Dios es el «tapaagujeros» del hombre.

El hombre sería un gran egoísta si sólo acudiese a la oración en momentos de peligro.

Los teólogos cristianos, para rehuir este ataque, han acudido a potenciar la vida teologal y han visto que junto a la oración de petición está la de alabanza, acción de gracias, adoración. Dios es lo bastante grande como para tener derecho a que el hombre le inmole como una lámpara viva su ser y su tiempo en la oración.

Queremos, sin embargo, fijamos más en la antropología y en la psicología, aunque cristianas, que en la teología desencarnada. Nos referimos al estudio de la oración como energía transformadora del hombre. A la oración como máxima potencia promocionadora de los valores humanos, como integradora de la personalidad desintegrada, maduradora del carácter, fragua de humildad y mansedumbre, de paciencia y amor, de silencio y de paz.

¡Cuántas veces los hombres ven el bien y lo aprueban, pero hacen el mal que desaprueban! No es un obrar voluntario el suyo al ciento por ciento, sino un obrar condicionado, mediatizado, coaccionado por unas fuerzas invisibles, pero reales; por un subconsciente demasiado poderoso para soportar el secuestro. Jamás la fuerza de la

⁴ *Obras completas*, II, Edica, Madrid 1970, 227.

voluntad podrá detener con su opresión el gran empuje volcánico del subconsciente, que no descansa ni de día ni de noche y empuja hasta hacer trizas la costra.

Ellos quisieran, pero no pueden. No pueden dejar sus hábitos de suficiencia, de carácter despótico. Buscan con sinceridad a Dios, pero se sienten atraídos, subyugados, solicitados con fuerza de embrujo por sus miedos, pasiones sexuales, timideces, curiosidad irrefrenable, avaricia y ambición, afán de dominio, y todo ese mundo subconsciente, a veces aparentemente dormido, pero siempre alerta para levantar con pertinacia la cabeza.

¿Cómo vencer? ¿Cómo dominar toda esa selva intrincada y malsana del hombre carnal, del cuerpo de muerte? «*¿Quién me librará de este ser mío, instrumento de muerte?*» (Rom 7,24).

Comienza cultivando el silencio y observando el desorden y el alboroto de la mente, inalterablemente y sin sobresaltos. Mírate atentamente tal cual eres con sinceridad, sin juzgar ni analizar, sin aprobar ni condenar. Sigue haciendo un silencio cada vez más hondo, más profundo cada vez. Al observar con mirada atenta tus pensamientos malsanos verás cómo corren y se escabullen como ratas que escapan a las madrigueras del subconsciente, para no volver a salir mientras tú los observes. Sin saber por dónde, ni de dónde, ni cómo -por donde no sabes-, llegarás a donde no sabes. y te sentirás aliviado y descargado y curado.

Aquí es donde entramos de lleno en el centro de la *NOCHE OSCURA* de san Juan de la Cruz. El Santo Doctor resume toda su tesis en que el hombre deje de ser camal y se haga espiritual, en que de humano se transforme en divino.

Toda esta inmensa tarea la realiza Dios en el hombre en el crisol de la oración contemplativa, que el Doctor Místico designa con el símbolo que ha creado felizmente para ella: *noche oscura*.

La *Noche oscura* no es más que el crisol del amor. El alma sumergida en él va dejando todo lo que le sobra y revistiéndose de lo que le falta, como esposa enjoyada para sus bodas con el Rey.

Si con mirada atenta avizoramos el panorama de la Iglesia que ora, por los frutos veremos una multitud de principiantes. No han dejado el libro para orar, y la soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, exclusivismo y petulancia campan por sus respetos.

Escribe el P. Arintero: «Gran multitud de cristianos, y aun de religiosos -aunque comprometidos a caminar muy de veras a la perfección evangélica-, nunca salen de esta fase de la niñez espiritual, que es la propia de ascetas y principiantes»⁵.

Que esto ocurra en las personas apostólicas es grave, porque la acción debe ser el fruto de la contemplación, «*mon per modum substractionis sed por modum additionis*», según indica santo Tomás⁶. Que por eso san Gregorio. Con frase lapidaria, ha dicho: «Sea el obispo el primero en la acción y el más alto en la contemplación.»

⁵ *Evolución mística*, Edica, Madrid 1968, 21.

⁶ *Summa Theol.*, 2-2 q. 182 a. 3 y 4. 7 *Lumen gentium*, II. 11, c.

Pero no sólo los obispos. Jesús no quiso que su Iglesia fuese un pueblo de principiantes. Sino de perfectos: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5.48).

Yahvé quiere que el pueblo de Israel sea santo: «*yo soy el Señor, vuestro Dios; santificaos y sed santos, porque yo soy santo*» (Lev 11.44). Estas palabras repetidas constantemente en los Libros sagrados han llegado hasta el Vaticano II en su llamada general a la santidad: «Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre»⁷.

La misma exigencia de Jesús es recogida por el Concilio: «El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús predicó a todos ya cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumador: '*Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.* (Mt 5.48).»

Y en la misma Constitución, citando palabras de san Pablo: «En la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: 'Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación.» (1 Tes 4.3; cf. Ef 1.4).

Y en otro lugar: «Quedan invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado»⁸.

San Pablo a los Efesios enseña que estamos llamados todos sin excepción a alcanzar *la edad adulta* (Ef 4,13). Pero «cuando yo era un niño tenía mentalidad de niño, discurría como un niño; cuando me hice hombre acabé con las niñerías» (1 Cor 13,11).

Pero caminando por la vida ascética somos como niños. Como gusanos, en alegoría de santa Teresa, que representan el período ascético, gusanos llamados a convertirse en capullos de seda, que es el comienzo de la vida mística, que culmina en la mariposa del total desarrollo de la unión amorosa y permanente con Dios⁹. Por eso dice Lallemand: «Los que tienden a la perfección por la vía de las prácticas y de los actos metódicos, sin abandonarse a la dirección del Espíritu Santo, no tendrán nunca esta madurez y suavidad de la virtud que es propia de sus frutos»¹⁰.

Está, pues, claro que trabajando humanamente se consiguen pocos frutos. Se precisa trabajar divinamente, conducidos y robustecidos por los Dones, que esto es la mística, para en poco tiempo conseguir mucha hacienda.

⁷ *Lumen gentium*, 11, II, c.

⁸ *Ib.*, V, 42, e

⁹ *Obras completas* (V Moradas 2,2-3). Burgos 1939.

¹⁰ *Doctrina espiritual*, L. 4, c. 5, Desclée, Bilbao.

«Porque por mucho que el principiante se ejercite en mortificar en sí mismo todas sus acciones y pasiones, nunca lo puede conseguir del todo hasta que Dios lo hace en él, mientras él permanece pasivamente, por medio de la purificación de esta Noche»¹¹.

Volvemos de nuevo a la *noche oscura* donde san Juan mete al hombre para que, quemadas sus escorias en el fuego de la contemplación oscura y amorosa, quede convertido en dios por participación, como el tronco en el fuego se convierte en fuego y el sol embistiendo en el cristal lo transforma en luz.

Si queremos que los hombres avancen al compás del Espíritu, pongámoslos en disposición de recibir el huracán de su soplo, unas veces, y otras, el blando céfiro de la contemplación amorosa, santa, pacífica y sabrosa.

Es decir, guiémoslos a la vida mística -predominio de los Dones-; no nos conformemos con que siempre naveguen a remo, al compás de las virtudes.

Porque es mejor que el hombre sea dirigido por el Espíritu que lo sea por la razón.

Para seguir el dictamen de la razón son suficientes las virtudes. Para seguir las inspiraciones de Dios son necesarios los Dones. y el ejercicio predominante de los Dones es la vida mística.

San Juan de la Cruz ayuda a formar místicos. Hoy el mundo necesita místicos, porque tiene graves problemas, que sólo ellos pueden solucionar.

Pero quiero destacar un fenómeno quizá llamado a revolucionar nuestra mentalidad ascética, excesivamente activista, eficaz e intelectualizada, en provecho de la mística, ya poner en luz de nuevo a nuestros místicos. Me refiero a la orientación oriental de muchos sectores occidentales, particularmente entre la juventud. Buscan allá, a impulsos del grito del ser humano, una mayor dosis de misticismo, que no encuentran en la religión que han visto demasiado formalista a veces y excesivamente dogmática, autosuficiente, dura, intransigente y maniquea. Y que ha perdido entre la hojarasca de los detalles la joya sustancial y principal.

Gustave Thibon ve en esto una moda y un esnobismo en busca de lo exótico y lejano. Pero ese afán por lo novedoso puede tener y va a tener seguramente una feliz contrapartida, que es el conocer indirectamente a nuestros místicos, a quienes no conocieron por ser de casa y porque no se les supieron presentar, y porque, digámoslo todo, tuvieron mala prensa.

El esfuerzo de cuatro años elaborando a pulso y minuciosamente a san Juan de la Cruz tiene por objeto derribar ese muro que nos lo ha separado y ha impedido enriqueceremos con su espiritualidad.

Hoy, cuando con la *NOCHE OSCURA* culmino la obra, puedo gozosamente ya comprobar que algo se ha hecho y que quizá sea éste un momento de gracia.

No dudo por un momento de que la ayuda del santo Doctor me ha sostenido, porque no han faltado momentos de aridez y de túnel, de *noche*, en fin.

¹¹ *Ib..L.I.c.7.5*

Si no me equivoco, creo que vamos a encaramos afortunadamente con un acontecimiento de síntesis de dos culturas, de la que ambas pueden resultar enriquecidas.

El esfuerzo por injertar en nuestra mística cristiana la psicología y técnica orientales puede ser de una fecundidad enorme e insospechada. Y nótese que hablo de psicología y técnica, nunca de religión y teología.

Es evidente que la finura, penetración inteligente, sagacidad y exquisitez con que los orientales dominan el funcionamiento de la mente y su interacción con el cuerpo por la experiencia de cinco mil años está muy por encima de lo que nosotros, occidentales, hemos conseguido y elaborado. Así lo han visto los Obispos de Asia, que, reunidos en Asamblea Plenaria para tratar el tema de la oración, han declarado: «Asia tiene mucho que dar a la auténtica espiritualidad cristiana: una oración ricamente desarrollada de toda la persona en unidad cuerpo-psyche-espíritu; oración de profunda interioridad e inmanencia; tradiciones de ascetismo y renuncia; técnicas de contemplación de las antiguas religiones orientales, como *Zen* y *Yoga*; formas de oración simplificadas, como el *nam-japa* y el *bhajans*, y otras expresiones profundas de fe y piedad de aquellas personas que con mente y corazón se dirigen fielmente a Dios en su vida cotidiana» (19-25 noviembre 1978). En una de sus reflexiones sobre la poesía francesa, Paul Claudel escribe la famosa parábola de *Animus* y *Anima*¹². *Animus* es el intelectual. *Anima* es la intuición, la originalidad, la fantasía creativa. *Animus* es pedante, vanidoso, tiránico. *Anima* es ignorante, jamás ha ido a la escuela, no la dejan hablar. El hombre occidental es acusadamente lógico, racionalista, voluntarista, crítico, intelectual; es más *Animus* que *Anima*. Su cultura ha sido desarrollada durante siglos en un ambiente donde *Animus* ejerce su influencia totalitaria.

Desde los primeros años de su desarrollo cultural, el niño occidental aprende «lecciones», «hace propósitos»; luego irá a la Universidad «para saber pensar», «para ser inteligente»

Todo lo que se le presente al occidental como un mundo que se escapa a una explicación exacta, calculada y precisa, lo que aparece envuelto en los ropajes del misterio, de la intuición estética o religiosa, será despreciado como *Anima*, que es ignorante, tonta, que jamás fue a la escuela.

En la cultura del oriental, por el contrario, el pensamiento lógico-conceptual es olvidado para dar la primacía a estados de conciencia que caen más allá de lo puramente racional. En la base de la cultura oriental están la intuición, la familiaridad con lo inefable y misterioso, la experiencia que trasciende lo que es definible con exactitud y que materialmente se puede palpar, medir, contar.

Es el reino de *Anima*, que es la más rica y profunda región del hombre.

Un día -termina diciendo la feliz parábola-, *Animus* entró de repente en casa. Puede ser también que estuviera soñoliento después de comer, o tal vez absorto en su trabajo. Oyó a *Anima* cantar. Cantaba ella sola, detrás de la puerta cerrada. Era una curiosa canción, algo que él no había oído jamás. No acertaba a descifrar las notas o la letra, o la clave. Una extraña y maravillosa canción realmente. Después, *Animus* ha

¹² *Réflexions et propositions sur les vers français*, en *Positions et Propositions*, I. Gallimard, éd., 1934

tratado solapadamente de hacer repetir a *Anima* la canción, pero ella hace como que no entiende. Cuando él la mira ella enmudece.

Los poetas, los místicos y los artistas se mueven airosamente en el reino de *Anima*. Ellos poseen un *Anima* libre y llena de originalidad, de riqueza y de fantasía creativa. En este reino debe entrar nuestra Iglesia, si no quiere envejecer y perder las energías de la juventud.

Pero a *Animus* todavía le sucede algo peor. Aferrado obstinadamente a su razón, a su meditación reflexiva, le ocurre lo que cuentan los monjes del Zen: un joven viudo vivía con un hijo único de cinco años. Un día, al volver del trabajo, el padre comprobó consternado que su casa estaba ardiendo invadida por las llamas y su hijo había desaparecido.

Febrilmente, locamente, aquel hombre buscó a su hijo por todos los rincones de la casa. No lo encontró. Cuando las llamas se extinguieron, aparecieron los restos carbonizados de un niño en medio de los escombros. Lloró el padre y, después de honrar aquellos restos con sus ritos funerarios, guardó las cenizas de su hijo en una pequeña caja que nunca abandonó. Aquella caja se convirtió en su objeto de adoración.

Pero la verdad es que las cenizas aquellas no eran las de su hijo. Su hijo se había salvado del incendio y había sido raptado por unos bandoleros.

Un día el hijo logró escaparse y volvió a casa de su padre. Era media noche, y el padre estaba rezando, abrazado a lo que creía las cenizas de su hijo.

Oyó golpear la puerta. «¿Quién eres?», preguntó. «Soy tu hijo; ábreme.» «Mientes», dijo el padre. «Mi hijo murió carbonizado hace muchos meses». El hijo insistió en su llamada, pero el padre, aferrado a sus cenizas, no intentó abrir la puerta. y así es como perdió para siempre a su hijo vivo a cambio de su hijo muerto y carbonizado.

Dios llama: **«Estoy llamando a la puerta»** (Ap 3,20). *Animus* se queda con las cenizas de sus reflexiones muertas y, abrazado tenazmente a sus archivos y bibliotecas, pierde al Dios vivo, que llama y llama para que le toquemos y palpemos por el saboreo de la Sabiduría mística.

Ahí es donde nos lleva san Juan de la Cruz, considerado por los orientales como un verdadero Yogui, el Yogui por excelencia, como ya dije en la Introducción al *Cántico espiritual, leído hoy*¹³, citando a Swami Sidheswarananda en *El Raja-Yoga de san Juan de la Cruz*¹⁴. Nos conduce por esta senda con una diferencia, a mi entender, de los orientales: él quiere que el alma se entregue al ocio santo cuando se sienta movida a ello por unos signos especiales¹⁵, y no le permitirá adelantar esa hora divina. El oriental comienza de entrada provocando el silencio y el vacío interior de la mente por la relajación y la concentración, bien atento a la respiración en estado de alerta, o bien a la repetición del mantra o frase, lo que él llama hacer *japan*, o bien a la observación atenta de que ya he hablado antes.

¹³ Paulinas, 4^a. edición, Madrid 1980

¹⁴ Ed. Orión, México 1974

¹⁵ *Subida*, L 2.0, c. 13, y *Noche oscura*, L. 1.0, c. 9.

Quizá esto es lo que se le escapa a san Juan, a pesar de que su técnica lleva mucha diferencia de la de santa Teresa, que trata con mayor extensión la oración de los principiantes, porque ella misma vivió casi veinte años en oración ascética. San Juan, que suponía además la doctrina de la Madre, escribe más para contemplativos. Pienso que para el principiante, que aún no está familiarizado con la amistad con Dios, o con el trato con la humanidad de Cristo, que es lo que pretende santa Teresa, será un comienzo provechoso el sistema oriental de observación del terrible desorden en que se debate, que dará pie a la invasión de paz, sosiego, suavidad, energía, que desarrollará el ocio santo y amoroso, acelerando la hora del momento místico, que siempre es gracia, pero que jamás se niega al que la busca ya ello se, dispone mediante el silencio ambiental, corporal, afectivo y mental. y que es fuente de creatividad, que Dios no da sus dones para esterilizar, sino para fecundar y que nazcan obras: «De esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras»¹⁶.

Llegado aquí, el hombre está consiguiendo su integración humana, cósmica y divina. Se va convirtiendo en

«Capullo que se hincha con vigor interno,
cirio que va cuajando en el silencio,
silencio sagrado de hombre que se está construyendo en el crisol santo del seno
materno de la fecunda e Infinita Realidad. Verás el capullo verde
hecho ascua de oro y rubíes. Verás el enorme cirio pascual
que es Cristo forjado a pulso desde dentro en el fulgor de la gran batalla de paz,
calor, dolor, olor
de rosa, de incienso quemado, fulgor de luz celeste,
aroma de sándalo...»¹⁷

Ahora va obrando el hombre con fuerza de Dios y está alcanzando una presencia en el mundo que le sitúa muy por encima de la multitud de hombres superficiales, que viven y actúan sólo en la periferia, o en la *cerca del castillo*, porque los hombres, como las oraciones, no se cuentan; se miden por los niveles de profundidad a que han llegado en el Océano abisal del sierre Ser y Amor.

Barcelona, 27 de Abril de 1980
Festividad de Nuestra Señora de Montserrat
Jesús Martí Ballester

¹⁶ SANTA TERESA, *Obras completas* (VII Moradas 4,6), Burgos 1939.

¹⁷ J. Martí, *Oblación carmesí*. Barcelona 1979, 54-55

PRÓLOGO AL LECTOR*

*La edición que estudio es la crítica de Licinio Runno, OCD, Edica, Madrid 1978¹⁰

1. En este libro van, primero todas las canciones que se han de declarar. Después se declara por separado cada canción y cada verso.

En las dos primeras canciones se declaran los efectos de dos purificaciones espirituales de la parte sensitiva del hombre y de la racional. En las otras sensitivas se declaran varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios.

Canciones del alma

1. En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
2. a oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada.
¡oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada;
3. en la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía ni yo miraba cosa, sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.
4. Aquésta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.
5. ¡Oh noche que guiaste! ,
¡oh noche amable más que la alborada! ,
¡oh noche que juntaste Amado con amada,
amada en el amado transformada!
6. En mi pecho flrido,
que entero para él solo se guardaba, allí quedó dormido, y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la almena
cuando yo sus cabellos esparcía, con su mano serena en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.
8. Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado, cesó todo y dejéme, dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

**DECLARACIÓN DE LAS CANCIONES SOBRE EL MODO Y MANERA QUE TIENE
EL ALMA EN EL CAMINO DE LA UNIÓN DE AMOR CON DIOS, POR SAN JUAN
DE LA CRUZ, FUNDADOR DE LOS CARMELITAS DESCALZOS**

2. Antes de entrar en la declaración de estas canciones, conviene saber que el alma las dice cuando ya es perfecta, y ha conseguido ya la unión de amor con Dios, después de haber pasado por los estrechos trabajos y penas, a través del ejercicio espiritual del camino estrecho de la vida eterna, que dice el Salvador en el Evangelio (Mt 7,14); pues por este camino pasa el alma siempre para negar a esta alta y dichosa unión con Dios. Camino que, como es tan estrecho y tan pocos son los que entran por él, como también dice el Señor (ib), tiene el alma por gran dicha y suerte haber pasado por él a la perfección de amor.

Así lo canta el alma en esta primera canción, llamando *noche oscura* con mucho acierto a este camino estrecho, como se dirá en la declaración de los versos.

Dice, pues, el alma, gozosa de haber pasado por este camino angosto de donde le ha venido tanto bien.

CANCIÓN PRIMERA

*En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!, salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

Declaración

1. Dice el alma en esta primera canción cómo salió del amor propio y del amor de todas las cosas. Cómo ha muerto por verdadera mortificación a todo ya sí misma, para llegar a vivir vida de amor dulce y sabrosa con Dios.

Y dice que este salir de sí y de todas las cosas fue en una *noche oscura*, que aquí significa la contemplación purgativa que produce *pasivamente* en el alma la negación de sí misma y de todas las cosas.

2. Y dice que pudo hacer esta salida con la fuerza y calor que para ello le dio en esta contemplación oscura el amor de su Esposo.

Con lo que encarece la buena dicha que tuvo de dirigirse a Dios por esta noche con tanto éxito, sin que se lo hayan podido impedir ninguno de los tres enemigos, mundo, demonio y carne, que siempre contrarían este camino, pues la noche de contemplación purificativa adormeció y amortiguó en la casa de su sensualidad todas las pasiones y apetencias que tenían impulsos contrarios.

Dice el verso:

En una noche oscura.

CAPÍTULO 1

IMPERFECCIONES DE LOS PRINCIPIANTES

1. Comienzan las almas a entrar en esta noche oscura cuando Dios las va sacando de estado de principiantes, que es el de los que meditan en el camino espiritual, y cuando las comienza a situar en el de los proficientes, que ya es el de los contemplativos, a fin de que lleguen al estado de los perfectos, que es el de la divina unión del alma con Dios.

Para comprender y explicar mejor la naturaleza de esta noche que padece el alma y por qué Dios la causa será oportuno decir algunas características de los principiantes.

Aunque procuraré ser breve, creo que resultará útil a los mismos principiantes, a fin de que, conociendo la fragilidad del estado en que se encuentran, se animen y deseen que Dios los sitúe en esta noche donde el alma se robustece y se confirma en las virtudes y llega a los inestimables deleites del amor de Dios.

Sólo nos detendremos lo indispensable para tratar después de esta noche oscura.

2. Cuando el alma se ha convertido a Dios con decisión, de vía ordinaria Dios la va nutriendo en espíritu y regalando, como lo hace la amorosa madre con el niño tierno, al cual calienta al calor de sus pechos y le cría con leche sabrosa y manjar blando y dulce, y en sus brazos le trae y le regala. Pero, a medida que va creciendo el niño, la madre le va quitando el regalo y, escondiendo el tierno amor, le pone el amargo acíbar en el dulce pecho. Lo baja de sus brazos y le hace caminar por su pie, para que, perdiendo lo propio del niño, se entregue a cosas más grandes y sustanciosas.

Cuando la amorosa madre de la gracia de Dios (Sab 16,25) ha reengendrado al alma con calor y fervor nuevo de servir a Dios, hace con ella lo mismo, pues hace que encuentre dulce y sabrosa la leche espiritual en todas las cosas de Dios, sin esfuerzo de su parte.

Y hace que encuentre mucho gusto en las prácticas espirituales, porque Dios le da entonces su pecho de amor tierno, como a niño recién nacido (1 Pe 2,2-3).

3. Encuentra el alma deleite y hace largas horas de oración, y quizá noches enteras. Sus gustos son las penitencias; sus contentos, los ayunos, y sus consuelos, recibir los sacramentos y participar en las cosas divinas.

En estas cosas, aunque los principiantes las practican con mucha delicadeza, por lo general lo hacen con mucha fragilidad e imperfección, porque, como van movidos por el gusto y consuelo que encuentran, y como tampoco están preparados por ejercicios de fuerte lucha en las virtudes, cometan muchas faltas e imperfecciones en sus obras espirituales. Porque cada uno obra según el hábito de perfección que tiene. y 'Como los principiantes no han podido aún adquirir los hábitos de virtud fuertes, por necesidad obran como frágiles niños, frágilmente.'

Para ver esto con más claridad y lo débiles que están estos principiantes en las virtudes cuando hacen con facilidad lo que hacen con gusto, iré analizando por los siete vicios capitales las muchas imperfecciones que cada uno tiene. Con ello se verá claro que su obrar es de muy niños.

Y también se verá cuántos bienes trae consigo la noche oscura de la que después trataremos, pues limpia y purifica al alma de todas estas imperfecciones.

CAPÍTULO 2

SOBERBIA.

IMPERFECCIONES ESPIRITUALES DE LOS PRINCIPIANTES

1. Al sentirse los principiantes tan fervorosos y diligentes en las cosas espirituales y ejercicios de votos, de esta prosperidad -aunque es verdad que las cosas santas de suyo humillan- por su imperfección les nace un brote de soberbia oculta, por la que llegan a tener alguna satisfacción de sus actos y de sí mismos.

De aquí les nace también cierto deseo algo vano, ya veces muy vano, de decir cosas espirituales delante de otros, y aun a veces de enseñarlas más que de aprenderlas, y condenan en su corazón a otros cuando no los ven seguir el estilo de devoción que ellos quisieran. Incluso se atreven a manifestar su disconformidad y condena con palabras. En esto se parecen al fariseo que se jactaba alabando a Dios por las obras que hacía y despreciando al publicano (Lc 18,11-12).

2. Muchas veces el demonio les acrecienta el fervor y el deseo de multiplicar estas y otras obras, para que les vaya creciendo la soberbia y vanidad. Porque el demonio sabe muy bien que todas estas Obras que hacen y las virtudes que practican de nada les aprovechan, sino que se les convierten en vicios.

Y suelen llegar a tanto mal algunos, que no quisieran que nadie pareciese bueno más que ellos. Por eso, cuando se les presenta la ocasión, condenan y murmuran de los otros con la obra y con las palabras, mirando la *paja* en el ojo de su hermano y no viendo la *viga* en el Suyo (Mt 7,3); *filtran el mosquito ajeno y se tragan su camello* (ib 23,24).

3. A veces, también cuando sus maestros espirituales, confesores y superiores, no les aprueban su espíritu y manera de proceder (como tanto deseo tienen de que estimen sus cosas), juzgan que no comprenden su espíritu o que los que les desaprueban no son espirituales, porque no les aprueban ni condescienden con sus cosas.

Entonces desean y procuran tratar con otro que coincida con su gusto, porque por lo general desean comunicar su espíritu con quienes comprenden que han de alabar y estimar sus cosas y huyen como de la muerte de quienes se las tiran abajo para llevarlos por camino seguro, y aun a veces les cogen manía.

En resumen: suelen hacer muchos propósitos y cumplen pocos.

Algunas veces tienen deseos de que los demás conozcan su espíritu y su devoción, y para esto a veces hacen gestos externos, lanzan suspiros y otras cosas raras; ya veces tienen éxtasis (en público más que en secreto). En esto les ayuda el demonio, y se gozan en que esto se sepa y muchas veces lo ambicionan.

4. Muchos quieren ser los predilectos y personas de confianza de sus confesores, y de aquí se les originan mil envidias e inquietudes. Tienen vergüenza de decir sus pecados con claridad para que sus confesores no los estimen menos, y los disimulan para que no los vean tan malos. y esto más es ir a excusarse que a acusarse.

A veces buscan otro confesor para decir lo malo, para que el suyo no crea que tienen nada malo, sino todo bueno.

Por eso siempre gustan de decirle lo bueno, ya veces con palabras que den a entender que es mejor de lo que es, con deseo de que al confesor le parezca bueno, siendo que sería más humildad tirarlo por tierra y desear que ni el confesor ni nadie lo considerase de valía.

5. También algunos dan poca importancia a sus faltas. y otras veces se entristecen demasiado de ver que caen en ellas, creyendo que ya habían de ser santos, y se enfadan consigo mismos con impaciencia; lo cual es otra imperfección.

Muchas veces manifiestan, a Dios las grandes ansias que tienen de que les quite sus imperfecciones y faltas, más por verse en paz sin la molestia de ellas que por Dios. Sin darse cuenta de que, si se las quitase, quizá se harían más soberbios y presuntuosos.

No les gusta alabar a otros. Pero les gusta mucho que los alaben a ellos, ya veces lo pretenden. En lo cual son semejantes a las vírgenes necias que, teniendo sus lámparas apagadas, buscaban aceite por fuera (Mt 25,8).

6. Algunos llegan a tener muchas imperfecciones de éstas muy intensamente y con mucho daño.

Algunos tienen menos. Algunos, más. Algunos sólo tienen los primeros movimientos o poco más. Casi ningún principiante, cuando llegan estos fervores, deja de caer en esto.

Mas los que ya caminan en perfección proceden de muy distinta manera y con muy diferente temple de espíritu, porque se aprovechan y fundamentan muy bien en la

humildad, no sólo teniendo sus propias cosas en nada, sino estando muy poco satisfechos de sí mismos.

Consideran a todos mejores que ellos, y les suelen tener una santa envidia, con deseo de servir a Dios como ellos.

Porque cuanto más fervor tienen y cuantas más obras hacen y más gusto tienen en ellas, como son humildes, tanto más conocen lo mucho que Dios merece y lo poco que es todo lo que hacen por él. y así, cuanto más hacen, tanto menos se satisfacen. Que es tanto lo que quisieran demostrarle el amor, que no les parece nada todo lo que hacen.

Y tanto les urge, preocupa y absorbe esta atención de amor, que nunca se preocupan de si los demás hacen o dejan de hacer.

Y si se paran a pensar, siempre es creyendo que todos los demás son mucho mejores que ellos.

Y así, teniéndose en poco, desean también que los demás los tengan en poco y que les destruyan y les desprecien sus cosas.

Y es más: si se las quieren alabar y estimar, de ninguna manera lo pueden creer y les parece imposible que digan de ellos aquellas alabanzas.

7. Estos, con mucha tranquilidad y humildad, tienen gran deseo de ser enseñados por cualquiera que les pueda hacer bien.

Lo cual es muy contrario de los imperfectos que quisieran enseñarlo ellos y aun, cuando parece que les enseñan algo, ellos mismos toman la palabra de la boca del que les enseña para demostrar que ya se lo saben.

Mas los perfectos, muy lejos de querer ser maestros de nadie, están muy dispuestos a ir por distinto camino del que llevan si se les manda, porque nunca están seguros de sí mismos.

Se alegran de que alaben a los demás; sólo tienen pena de que no sirven a Dios como ellos.

No tienen gana de decir sus cosas, porque las estiman tan poco que aun a sus maestros espirituales tienen vergüenza de decirlas, pareciéndoles que no merece la pena manifestarlas.

Tienen más deseo de decir sus faltas y pecados, o de que se sepan, que sus virtudes.

Es así como se inclinan más a abrir su alma con quien menos estima sus cosas y su espíritu.

Esto es señal de espíritu sencillo, puro y verdadero y muy grato a Dios, porque, como en estas almas humildes vive el espíritu sabio de Dios, las impulsa e inclina a guardar dentro sus tesoros en secreto y poner al descubierto sus pecados, porque Dios da a los humildes esta gracia, junto con las demás virtudes, así como la niega a los soberbios (cf. 1 Pe 5,5; Sant 4,6).

8. Los perfectos darán la sangre de su corazón a quien sirve a Dios y ayudarán todo lo que puedan a que le sirvan.

En las imperfecciones en que se ven caer se soportan con humildad y mansedumbre de espíritu y de temor amoroso de Dios, esperando en El.

Pero son muy pocas las almas que a los principios viven con esta perfección. Y ya nos podríamos dar por satisfechos si no cayesen en las cosas contrarias.

Y por esta razón, como después diremos, a los que Dios quiere purificar de estas imperfecciones los mete en la *noche oscura* para conducirlos más arriba.

CAPÍTULO 3

AVARICIA ESPIRITUAL. IMPERFECCIONES DE LOS PRINCIPIANTES

1. Muchos principiantes también tienen a veces mucha avaricia espiritual, porque a duras penas están contentos con el espíritu que Dios les da.

Están muy desconsolados y quejosos porque no encuentran el consuelo que desearían tener en las cosas espirituales.

Muchos no se acaban de hartar de oír consejos y aprender mandatos espirituales, y de tener y leer muchos libros que hablen de esto. Y se les va el tiempo más en esto que en practicar la mortificación y perfección de la pobreza interior de espíritu que deben.

Además, se cargan de imágenes y rosarios, ya veces muy originales y llamativos. Unas veces dejan unos y cogen otros; ya cambian, ya vuelven a cambiar, ya los quieren de esta forma, ya de otra, pegándose más a esta cruz que a aquélla por ser más rara. Y los veréis a otros adornados con *Agnusdeis* y reliquias y nóminas¹⁸, como los niños de dijes.

En esto yo censuro el apego del corazón y el asimiento que tienen al modo, multitud y excentricidades de éstas, porque todo es muy contra la pobreza del espíritu, que sólo se fija en el fondo de la devoción, y que sólo se aprovecha de lo que es necesario para mantenerla. Y se cansa de toda la multiplicidad de novedades y esnobismos. Pues la verdadera devoción ha de salir del corazón sólo en la verdad y fundamento de lo que las cosas espirituales representan, y todo lo demás es apoyatura y apego de imperfección, y para subir algún grado de perfección es inevitable extinguir esa apetencia.

2. Yo conocí una persona que más de diez años se sirvió de una cruz hecha toscamente de un ramo bendito, clavada con un alfiler retorcido alrededor, y nunca la había dejado, y la llevaba consigo hasta que yo se la cogí; y era persona inteligente.

Y vi otra persona que rezaba con cuentas de huesos de las espinas del pescado. Y su devoción no era de menos quilates ante Dios, pues no la fundamentaba en la forma, sino en lo sustancial.

Quienes desde los principios están bien orientados no se apegan a los instrumentos visibles, ni se cargan de ellos, ni les interesa saber más de lo que conviene saber para trabajar, porque sólo ponen los ojos en ser amigos de Dios y en agradarle, y en eso centran su codicia.

Y así, con gran generosidad, dan todo lo que tienen, y su gusto es saberse quedar sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, tanto si son cosas espirituales como materiales, porque sólo se fijan en la verdad de la perfección interior, que consiste en dar gusto a Dios y no a sí mismos en nada.

3. Pero el alma no se puede purificar plenamente de estas imperfecciones y de otras mientras Dios no la meta en la purgación pasiva de la noche oscura, de que después hablaremos.

Al alma le conviene procurar hacer de su parte lo que pueda por perfeccionarse, para merecer que Dios la meta en aquella divina cura, donde el alma queda sana de todo

¹⁸ Reliquia en que estaban escritos nombres de santos. (*Nota del autor.*)

lo que ella no podía purificarse. Porque por mucho que el alma trabaje, no puede purificarse activamente hasta el punto de estar preparada para la divina unión de perfección de amor, si Dios no la coge de la mano y la purifica en aquel fuego oscuro para ella de la forma que diremos.

CAPÍTULO 4

LA LUJURIA. IMPERFECCIONES DE LOS PRINCIPIANTES

1. Muchos principiantes tienen otras muchas más imperfecciones en cada vicio aparte de las que digo. Omito algunas para no ser prolíjo y sólo toco algunas de las más principales, que vienen a ser origen y causa de las otras.

Y así, en este vicio de la lujuria –dejando aparte las caídas de los espirituales en este pecado, pues lo que intento es estudiar las imperfecciones que se han de purificar en la noche oscura–, muchos tienen muchas imperfecciones que se podrían llamar lujuria espiritual, no porque así lo sea, sino porque procede de cosas espirituales.

Porque muchas veces ocurre que en los mismos ejercicios espirituales, sin que esté en su mano evitarlos, se levantan y acaecen en la sensualidad movimientos y actos torpes, incluso a veces cuando el espíritu está en mucha oración o ejercitando los sacramentos de la Penitencia o Eucaristía.

2. Estos movimientos inevitables proceden de una de estas tres causas. La primera, del gusto que goza la naturaleza en las cosas espirituales. El espíritu y el sentido gozan y en ese recreo cada parte del hombre tiende a deleitarse como puede. Y el espíritu, que es la parte superior, se mueve a recreo y gusto de Dios. Y la sensualidad, que es la parte inferior, se mueve a gusto y deleite sensual, porque ella no puede gozarse de otra manera más que en el gozo sensual y torpe, que es el suyo.

Y así ocurre que el alma está en mucha oración con Dios en el espíritu y, por otra parte, en el sentido siente rebeldías y movimientos y actos sensuales pasivamente, con mucho disgusto suyo.

Esto sucede muchas veces en la comunión. Como el alma recibe alegría y regalo en este acto de amor, que se lo da el Señor, y para eso se lo da, la sensualidad goza también a su manera. Pues cuerpo y alma constituyen una misma persona y de vía ordinaria los dos participan de lo que cada uno recibe a su modo. ¡Porque, como dice Aristóteles, cualquier cosa que se recibe está en el recipiente al modo del mismo recipiente (cf. *Summa* 1 q. 79 a.6 corp.; *Contra Gent.* 1 c.43, y *Quodlibet*. 3 a 9 ad 2), y así en estos principios, y aun cuando ya el alma está aprovechada, como la sensualidad es imperfecta, muchas veces recibe el espíritu de Dios con la misma imperfección.

Pero cuando la sensualidad ya está reformada por la purificación de la *noche oscura* de que hablaremos, ya no tiene estas debilidades, porque ya no es ella la que recibe, porque está espiritualizada, y así lo recibe ya todo al modo del espíritu.

3. La segunda causa de donde proceden a veces estas rebeldías es el demonio, que, para inquietar y turbar el alma cuando está en oración o se dispone a hacerla, procura producir en la naturaleza movimientos torpes, con lo que, si el alma les hace caso, le causa mucho daño.

Porque no sólo por este temor aflojan en la oración, que es lo que él pretende, sino que algunos la dejan del todo. Porque creen que entonces les sobrevienen más estas cosas que fuera de la oración. y es así, porque el demonio tienta más en la oración que en otra actividad para que la dejen.

Y aún hay más. Llega a representarles muy al vivo cosas feas y torpes, muy simultáneas en cualquier cosa espiritual y en las personas que las atienden para atemorizarlas y acobardarlas, y así, los que hacen caso de esto, ni se atreven a mirar nada ni pensar en nada, porque en seguida tropiezan con esas dificultades.

Y esto sucede con tanta eficacia y frecuencia en los neuróticos que causan mucha lástima porque sufren una vida triste.

Porque en algunas personas es tan grande el sufrimiento cuando tienen este mal humor que les parece claro que el demonio tiene acceso a ellas, sin tener libertad para poderlo evitar.

Aunque algunas de estas personas pueden evitar este acceso del demonio con gran fuerza y trabajo.

Cuando la fuente de estas cosas torpes es la neurosis, no se libran de la misma hasta que no se curan, a no ser que el alma entre en la *noche oscura*, que la libra de ambas enfermedades.

4. El tercer origen de donde suelen proceder y dar batalla estos movimientos torpes suele ser el temor a los mismos, porque el mismo miedo les hace padecer estos actos sin culpa suya.

5. Hay también algunas almas de naturaleza tan débil y enfermiza que, apenas les sobreviene cualquier gusto de espíritu o de oración, entra en ellas también el espíritu de la lujuria, que de tal manera les embriaga y regala la sensualidad que se encuentran como engolfadas en el jugo y gusto de ese vicio. Y dura lo uno lo mismo que lo otro pasivamente. Y algunas veces comprueban que les han sucedido actos torpes y rebeldes.

Esto es porque como estas naturalezas son tan débiles y enclenques con cualquier movimiento se les exaltan los humores y la sangre y entonces les sobrevienen los movimientos. Y les ocurre lo mismo cuando se encienden en ira o tienen algún alboroto o pena.

6. Algunas veces también en estos principiantes, cuando hablan o hacen cosas espirituales, se levanta cierto brío y gallardía pensando en las personas que les miran y se dejan llevar de la vanidad. También esto nace de lujuria espiritual, tal como yo la estudio, y va acompañado de complacencia de la voluntad.

7. Algunos principiantes toman afecto a algunas personas en sentido espiritual que muchas veces nace de lujuria y no de espíritu.

Se conoce el desorden cuando con el recuerdo de aquel afecto no crece más el recuerdo y el amor de Dios sin remordimiento de conciencia.

Porque cuando el afecto es puramente espiritual, si crece él crece también el de Dios. Y cuanto más recuerda a la persona a quien ama, más se acuerda de Dios y más le desea, y creciendo en lo uno crece en lo otro.

Porque eso es lo que tiene el espíritu de Dios, que lo bueno aumenta con lo bueno, por lo mismo que hay semejanza y conformidad.

Pero cuando este amor a las personas nace de lujuria espiritual, produce los efectos contrarios, porque cuanto más crece el amor de las personas, disminuye más el amor de Dios y se enfria su recuerdo.

Porque si crece el amor humano, notará que se va enfriando el amor de Dios y olvidándose de él con aquel recuerdo, cosa que le produce cierto remordimiento.

Y, al contrario, si crece el amor de Dios en el alma, se va enfriando el amor de las personas y lo va olvidando.

Porque como son amores contrarios, no sólo el uno no ayuda al otro, sino que el que predomina apaga y destruye al otro y se fortalece en sí mismo, como dicen los filósofos.

Por eso dijo Jesús: «*De la carne nace carne, del Espíritu nace espíritu*» (Jn 3,6). Es decir, el amor que nace de sensualidad termina en sensualidad, y el que nace de espíritu termina en espíritu y lo hace crecer.

Y ésta es la diferencia que existe entre estos dos amores para que se puedan distinguir.

8. Cuando el alma entre en la noche oscura pondrá en su sitio todos estos amores. Fortalece y purifica el que es de Dios. Y destruye y hace desaparecer al que no es de Dios. Y, al comienzo, los hace desaparecer a los dos, como diremos después.

CAPÍTULO 5

EL VICIO DE LA IRA. IMPERFECCIONES DE LOS PRINCIPIANTES

1. Por la concupiscencia" que los principiantes tienen de los gustos espirituales. Padecen normalmente muchas imperfecciones en el vicio de la ira. Porque cuando se les acaba el sabor y el gusto en las cosas espirituales se encuentran naturalmente desabridos. Y con aquella amargura que les domina hacen las cosas de mal humor y con facilidad se enfadan por cosas insignificantes ya veces se hacen insoportables.

Esto les ocurre muchas veces después que han tenido algún recogimiento sensible muy gustoso en la oración, que, cuando se les termina aquel gusto y sabor. La naturaleza queda desabrida y desganada. Les sucede como al niño cuando le apartan del pecho de que gustaba a su sabor.

Si no se dejan llevar de la desgana, en este sentimiento natural no hay culpa, sino imperfección, que se ha de purificar por la sequedad y aprieto de la noche oscura.

2. Otros espirituales caen en otra clase de ira espiritual: se airan contra los vicios ajenos con cierto celo impaciente, señalando a otros con el dedo.

Y a veces les dan arrebatos de corregirles con enojo, y algunas veces lo hacen, como si fueran ellos los amos de la virtud. Todo esto va contra la mansedumbre espiritual.

3. Otros, cuando se ven imperfectos, con impaciencia y soberbia se airan contra sí mismos. Su impaciencia les lleva a querer ser santos en un día.

Muchos de éstos proponen mucho y hacen grandes propósitos, y, como no son humildes ni desconfían de sí mismos, cuantos más propósitos hacen tanto más caen y tanto más se enojan, sin tener paciencia para esperar a que Dios se lo dé cuando El quiera. Esto también es contra la mansedumbre espiritual, que sólo se puede curar con la purificación de la noche oscura.

Aunque algunos tienen tanta paciencia en querer adelantar que Dios no querría ver en ellos tanta.

CAPÍTULO 6

GULA ESPIRITUAL. IMPERFECCIONES

1. De la *gula espiritual* hay mucho de que hablar, ¡porque apenas hay un principiante, por muy recto que vaya, que no caiga en alguna de las muchas imperfecciones por causa del sabor que en los principios encuentran en los ejercicios espirituales.

Son muchos los que, engolosinados con el sabor y gusto que encuentran en los ejercicios, buscan más! el sabor del espíritu que su pureza y prudencia, que es lo que Dios mira y acepta en todo el camino espiritual. Por lo cual, además de las imperfecciones que tienen en pretender estos sabores, la golosina que ya tienen les hace cometer exageraciones, saliendo de los límites del medio donde están y se consiguen las virtudes. Porque, atraídos por el gusto que allí encuentran, algunos se matan a penitencias y otros se debilitan con ayunos, haciendo más de lo que soporta su debilidad, sin mandato ni consejo ajeno. Más bien procurando ocultarlo a quien en esto deben obedecer. Y algunos incluso se atreven a hacerlo, aunque les hayan mandado lo contrario.

2. Estos son imperfectismos, gente sin juicio, que posponen la sumisión y obediencia –que es penitencia de juicio y discreción, y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio que todos los demás (1Re 15,22)– a la penitencia corporal, que, olvidada la otra, no es más que penitencia de bestias, a la cual se mueven como bestias por el apetito y gusto que allí encuentran, y en esto crecen más en vicios que en virtudes, porque, por lo menos, aquí hay gula espiritual y soberbia, pues 10 que hacen no es por obediencia. Porque todos los extremos son, viciosos y, procediendo así, hacen su voluntad.

Y tanto empuja el demonio a muchos de éstos, fomentándoles esta gula con los gustos y apetitos que les acrecienta, que (ya que más no puede), o cambian o añaden o varían lo que les mandan, porque en esto toda obediencia les resulta áspera. y llegan a tanto mal que basta que sea la obediencia la que les imponga estos ejercicios para que se les quiten las ganas y la devoción de hacerlos, porque su gana y gusto sólo está en hacer lo que les nace y no porque se lo mandan. y esto más les valiera no hacerlo.

3. Veréis también a muchos de éstos discutiendo con sus maestros espirituales para que les concedan lo que quieren, hasta que se lo sacan y consiguen medio a presión, y si no, se entristecen como niños y andan de mala gana, y les parece que no sirven a Dios cuando no les dejan hacer lo que querrían, porque, como andan arrimados a su gusto y voluntad propia, y esto es su Dios, cuando se lo quitan y les quieren encajar en la voluntad de Dios se entristecen y aflojan y faltan. Piensan que el gustar ellos y estar satisfechos es servir a Dios y agradarle.

4. Hay también otros que por esta golosina tienen tan poco conocida su bajeza y miseria y tan olvidado el amoroso temor y respeto que deben a la grandeza de Dios, que no dudan en discutir mucho con sus confesores para que les dejen comulgar muchas veces; y lo peor es que muchas veces se atreven a comulgar sin licencia y parecer del ministro y despensero de Cristo, dejándose llevar de su criterio, y procuran encubrirle la verdad.

Y con la mira puesta en ir comulgando, hacen las confesiones de cualquier manera, teniendo más codicia de comer que de comer limpia y perfectamente. Sería más sano y santo inclinarse a lo contrario y rogar a sus confesores que no les dejen comulgar tan frecuentemente. Pero lo mejor es resignarse humildemente. Otras osadías y temeridad suyas son causa de grande mal y castigo¹⁹.

5. y cuando comulgan ponen todo su esfuerzo en buscar algún sentimiento y gusto, en vez de emplearse en adorar y alabar dentro de sí mismos a Dios.

Y es tal el apego que tienen a los sentimientos que, cuando no han sacado algún gusto o sentimiento sensible, creen que no han hecho nada.

Esto es juzgar a Dios muy superficialmente, al no entender que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento lo hace en el sentido. Es mayor el efecto invisible de la gracia que da; por eso Dios quita muchas veces los otros gustos y sabores sensibles para que los ojos de la fe se fijen en el efecto invisible.

Quieren sentir a Dios y gustarle como si fuese comprensible y accesible, no sólo en la eucaristía, sino también en los ejercicios espirituales.

Todo esto es muy grande imperfección y muy contra el estilo de Dios, porque es impureza en la fe.

6. Lo mismo le sucede en la oración que hacen. Creen que toda la importancia está en encontrar gusto y devoción sensible y procuran sacarlo a fuerza de brazos, cansando y fatigando las potencias y la cabeza. Cuando no encuentran gusto se desconsuelan mucho pensando que no han hecho nada.

y por esta pretensión pierden la verdadera devoción y espíritu, que consiste en perseverar allí con paciencia y humildad, desconfiando de sí, sólo por agradar a Dios.

Cuando una vez no han encontrado sabor en uno u otro ejercicio, tienen mucha desgana y repugnancia de volver a él, ya veces lo dejan.

Son como los niños, que no se mueven ni actúan por razón, sino por gusto.

Ponen todo su entusiasmo en buscar gusto y consuelo de espíritu, y para esto nunca se hartan de leer libros, y ahora leen una meditación, ahora otra, andando a la caza de este gusto en las cosas de Dios.

Y Dios se lo niega muy justa, discreta y amorosamente. De no ser así, por esta gula y golosina espiritual, crecerían en sinnúmero de males.

Por lo cual conviene mucho a éstos entrar en la *noche oscura* para que se purifiquen de estas niñerías.

7. Los que están inclinados a estos gustos también tienen otra imperfección muy grande, y es que son muy flojos y remisos en ir por el camino áspero de la cruz, porque el alma que se entrega al sabor, naturalmente le da en rostro todo sinsabor de negación propia.

¹⁹ El santo Doctor de doctrina en este caso para su época, cómo se ve claramente. Lo que es permanente es la sumisión a la obediencia. (*Nota del autor*).

8. Tienen éstos otras muchas imperfecciones que de aquí les nacen, las cuales el Señor lentamente les cura con tentaciones, sequedades y otros trabajos, que es todo lo que constituye la *noche oscura*. Por no alargarme, no quiero decir más de ellas aquí. Sólo quiero decir que la sobriedad y templanza espiritual lleva otro estilo muy diferente de mortificación, temor y sumisión en todas sus cosas. Comprendiendo que la perfección y el valor de las cosas no están en la multitud y gusto de las obras, sino en saberse negar a sí mismo en ellas.

Esto es lo que ellos han de procurar hacer cuanto pudieren de su parte hasta que Dios quiera purificarlos de hecho, metiéndoles en la *noche oscura*; para llegar a la cual me doy prisa en tratar estas imperfecciones.

CAPÍTULO 7

ENVIDIA Y PEREZA ESPIRITUAL. IMPERFECCIONES

1. También en la *envidia* y *pereza espiritual* tienen los principiantes muchas imperfecciones.

La *envidia*. Suelen tener movimientos de saberles mal el bien espiritual de los otros. Les da cierta pena sensible que les lleven ventaja en este camino, y no querrían que los alabaran.

Se entristecen de las virtudes ajenas, ya veces no lo soportan sin que ellos digan lo contrario, deshaciendo aquellas alabanzas como pueden, y les duele que no se haga con ellos igual, porque querrían ser ellos preferidos en todo.

Todo lo cual es muy contrario a la caridad que «*se goza de la verdad*» (1Cor 13,6), y, si alguna envidia tiene, es envidia santa, pesándole de no tener las virtudes del otro, con gozo de que el otro las tenga y alegrándose de que todos le lleven la ventaja para que glorifiquen a Dios, ya que a él tanto le falta.

2. *Pereza espiritual*. Suelen tener tedio y huir de las cosas que son más espirituales, que son las que más contradicen el gusto sensible, porque, como ellos están saboreados en las cosas espirituales, cuando en ellas no encuentran sabor les fastidian, porque si una vez no encontraron en la oración la satisfacción que pedía su gusto (porque, en fin, conviene que Dios se lo quite para probarlos), no querrían volver a ella, o a veces la dejan, o van de mala gana, y así, por esta pereza, posponen el camino de la perfección, que es el de la negación de su voluntad y gusto por Dios, al gusto y sabor de su voluntad, a la que quieren satisfacer más que a la de Dios.

3. Querrían que Dios quisiese lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, sintiendo repugnancia de amoldar su voluntad a la de Dios.

De aquí les nace que muchas veces crean que lo que no es de su voluntad y gusto no es voluntad de Dios. Y, al contrario, cuando satisfacen su voluntad crean que Dios está contento. Miden a Dios consigo, y no a sí mismos con Dios. Cuando lo que El nos enseñó en el Evangelio es todo lo contrario: «*Porque si uno quiere salvar su vida, la perderá; en cambio, el que pierda su vida por mí, la conservará*» (Mateo 16,25).

4. También tienen tedio cuando les mandan lo que no les da gusto. Como van detrás del regalo y sabor del espíritu, son muy flojos para la fortaleza y trabajo de perfección.

Son como los que se crían con regalos, que huyen con *tristeza* de toda cosa áspera y *les molesta la cruz, en la que están los deleites del espíritu.*

En las cosas más espirituales más tedio tienen, porque, como ellos pretenden caminar a sus anchas y al gusto de su voluntad en las cosas espirituales, les da gran tristeza y repugnancia entrar por el *camino estrecho* (que dice Cristo) de la vida (Mt 7,14).

5. Baste la referencia de estas imperfecciones, entre las muchas que tienen los del primer estado de principiantes, para que se vea la necesidad que tienen de que Dios los sitúe en estado de proficientes. Lo que hace introduciéndolos en la *noche oscura*, donde Dios los desteta de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores, y les quita todas estas impertinencias y niñerías y les hace conseguir las virtudes por medios muy diferentes.

Porque, por mucho que el principiante se ejercite en mortificar en sí mismo todas sus acciones y pasiones, nunca lo puede conseguir del todo, ni con mucho, hasta que Dios lo hace en él, mientras él permanece pasivamente, por medio de la purificación de esta *noche*.

Quiera Dios concederme su divina luz para que pueda escribir algo que les sirva de provecho, que en *noche tan oscura* y en materia tan difícil su ayuda es muy necesaria.

Primer verso:

En una noche oscura.

CAPÍTULO 8

DECLARACIÓN DEL PRIMER VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN. COMIENZO DE LA EXPLICACIÓN DE ESTA «NOCHE OSCURA»

1. La *noche oscura*, que es la contemplación, acusa en los espirituales dos clases de tiniebla o purificaciones, coincidentes con las dos partes del hombre: *sensitiva* y *espiritual*.

Una noche o purificación es sensitiva. En ella el alma se purifica en el sentido, amoldándolo al espíritu.

La otra es noche o purificación espiritual. En ella se purifica y se desnuda el alma con el espíritu, amoldándolo y disponiéndolo para la unión de amor con Dios.

La noche sensitiva es común y sucede a muchos estos son los principiantes. De ella vamos a tratar primero.

La noche espiritual es de muy pocos, y éstos son los proficientes. De esta noche trataremos después.

2. La primera purificación o noche es amarga y terrible para el sentido, como vamos a decir. La segunda no tiene comparación, porque es honda y espantosa para el espíritu, como diremos después.

Como la primera noche que ocurre es la sensitiva, primero diremos algo de ella con brevedad, porque, como es más ordinaria, hay más escrito sobre ella, para pasar a

tratar más intencionadamente de la *noche espiritual*, porque de ésta hay poco escrito y se habla poco, sobre todo por experiencia.

3. El estilo de los principiantes en el camino de Dios es vulgar y congenia mucho con su amor y gusto propio. Dios quiere hacerlos progresar y sacarlos este grado vulgar de amor a más alto grado de amor de Dios, y librarlos del ejercicio pobre del sentido y discurso con que tan parsimoniosamente y no tantos inconvenientes van buscando a Dios, y quiere situarlos en el ejercicio de espíritu en que con más abundancia y más libres de imperfecciones puedan comunicarse con Dios.

Cuando ya se han ejercitado algún tiempo en el camino de la virtud, perseverando en meditación oración donde se han desprendido de las cosas del mundo por el sabor y gusto que allí han encontrado, y han recibido algunas fuerzas espirituales de Dios con las que tienen algo frenados los apetitos las criaturas, con lo cual ya puedan sufrir con Dios un poco de carga y sequedad sin volver atrás; mejor tiempo, cuando más a su gusto y sabor practican los ejercicios espirituales y cuando, a su juicio, más claro les luce el sol de los divinos favores, les oscurece Dios toda esta luz y les cierra la puerta y manantial de la dulce agua espiritual que gustaban en Dios todas las veces y todo el tiempo le ellos querían –porque como eran débiles y pequeños no había puerta cerrada para ellos–, como dice el Apocalipsis (3,8).

Y tan a oscuras los deja, que no saben por dónde ir con la imaginación y con el pensamiento, porque no pueden dar un paso en meditar como solían antes (sumergido el sentido interior en estas noches). Tan a secas los deja la *noche*, que no sólo no encuentran jugo y gusto en las cosas espirituales y en los ejercicios de piedad en que antes encontraban sus deleites y gustos, sino que encuentran sinsabor y amargura.

Cuando Dios los ha visto un poco crecidos, a fin de que se hagan fuertes y dejen los pañales, los desarrima del dulce pecho, y los abaja de sus brazos y los acostumbra a andar a pie. Esto les resulta todo nuevo, porque se les ha vuelto todo al revés.

4. Esto a las personas austeras les acaece antes, apenas han comenzado, más pronto que a los demás, porque están más libres de ocasiones de retroceder y más dispuestos a reformar las apetencias del mundo, que es la condición para comenzar a entrar en esta dichosa *noche del sentido*.

No suelen tardar mucho tiempo en entrar en esta *noche del sentido*. En ella entran casi todos porque se les ve caer en estas sequedades.

5. Podríamos aducir muchos textos de la Escritura, sobre todo de los Salmos y los Profetas, para probar la existencia de la purificación sensitiva, que es la normal. Pero no quiero gastar tiempo en esto, porque quien no supiera leerlos allí con la experiencia tendrá bastante.

CAPÍTULO 9

SIGNOS DE QUE EL ESPIRITUAL VA POR EL CAMINO DE LA NOCHE Y PURIFICACIÓN SENSITIVA

I. Estas sequedades pueden proceder también no la noche y purificación del apetito sensitivo, sino pecados e imperfecciones, o de relajación y tibieza. Pueden también proceder de depresión neurótica.

Existen unos signos para discernirlas²⁰.

2. *Primer signo: el alma no encuentra gusto ni consuelo en las cosas de Dios, pero tampoco en las del mundo*²¹. Porque, como Dios sitúa al alma en la noche para extinguir el desorden y purificar el apetito sensitivo, no permite que se engolosine ni encuentre sabor en nada. Y se conoce con mucha probabilidad que esta sequedad y aridez no es efecto de pecados ni de imperfecciones recientes, pues este caso la naturaleza tendría alguna propensión deseó de gozar de otras cosas distintas de las de Dios. Porque cuando la apetencia se desahoga en alguna imperfección, se encuentra atraída más o menos por aquello; atracción que corresponde al apego que experimentó.

Pero como este no encontrar gusto ni consuelo las cosas de Dios ni en las cosas del mundo aun de nacer de neurastenia, para conocerlo, se ha dar el segundo signo.

3. *El segundo signo de que estamos en la noche oscura es que continuamente recuerda a Dios diligencia y preocupación dolorosa, creyendo que no glorifica a Dios, sino que retrocede, por el hecho de verse con aquel sinsabor en las cosas de Dios*⁴.

En esto se distingue que la sequedad y aridez es efecto de relajación y tibieza, porque lo p de la tibieza es no hacer caso ni tener preocupación interior por las cosas de Dios.

Hay una gran diferencia entre la sequedad tibieza. La tibieza tiene mucha relajación y debilidad en la determinación de la voluntad, con despreocupación de servir a Dios.

La sequedad purgativa lleva consigo preocupación constante con atención dolorosa de que no sirve a Dios.

Esta sequedad, aunque a veces vaya junto con algo de neurastenia, como así se puede a veces constatar, no deja de lograr su efecto purificativo del apetito, porque está privado de todo gusto y está atento a Dios.

Cuando sólo hay enfermedad nerviosa todo queda en amargura y destrucción física y psicológica, si se os de entregarse a Dios, cosa que incluye la sequedad purgativa. Cuando se da ésta, aunque la sensibilidad esté muy decaída y hecha harina y para hacer algo por el mal humor que tiene, el espíritu, sin embargo, está pronto y fuerte.

4. La causa de esta sequedad es que Dios cambia los bienes y la fuerza del sentido al espíritu y, como el sentido y las fuerzas naturales no tienen capacidad para recibirlas, se quedan en ayunas, secos y vacíos, porque la parte sensitiva no tiene capacidad para recibir el espíritu puro, y así, gustando el espíritu, se disgusta la carne y se debilita para actuar.

Pero el espíritu que va recibiendo la comida se va robusteciendo y está más alerta y cuidadoso de no ofender a Dios que antes. Y si al principio no siente el sabor y deleite espiritual, sino la sequedad y la aridez, es por la novedad del cambio.

El paladar estaba acostumbrado a otros gustos sensibles, y aún no los ha perdido de vista, e incluso el paladar espiritual no está aún acondicionado ni purificado para gusto tan sutil. Mientras poco a poco no se haya dispuesto en esta seca y *oscura noche*, no puede sentir el gusto y bien espiritual, sino la sequedad y la aridez, al faltarle el gusto que antes gustaba con tanta facilidad.

²⁰ Son 108 mismos signos que analiza en *Subida del Monte Carmelo*, L. 1.0, c. 13.

²¹ El subrayado es nuestro

5. Los que Dios comienza a conducir por estas soledades del desierto son como los israelitas que, cuando Dios comenzó a darles en el desierto *manjar del cielo*, que de suyo tenía todos los sabores, «*pues servía al deseo de quien lo tomaba y se convertía en lo que uno quería*» (Sab 16,21), sin embargo, sentían más la falta de los gustos y sabores de las carnes y cebollas que antes comían en Egipto –porque tenían el paladar hecho y engolosinado con la carne–, que de la que la delicada dulzura del maná angélico, y lloraban y gemían por las carnes entre los manjares del cielo (Núm 11,4-6).

A tanto llega la ordinariez de nuestro apetito, que nos hace desear nuestras miserias y aborrecer el bien incomunicable del cielo.

6. Cuando estas sequedades provienen de la noche che purgativa del apetito sensible, aunque al principio el espíritu no sienta el sabor, sí que siente la fortaleza y brío para trabajar por la fuerza que le da el manjar interior, que es principio de oscura y seca contemplación para el sentido.

Esta contemplación, que es oscura y secreta para el mismo que la tiene, a la vez que da sequedad y hace vacío en el sentido, siempre produce en el alma inclinación y deseo de estarse a solas y en quietud, sin poder pensar en cosa concreta ni tener gana de pensarla.

*Si los que experimentan esto se saben pacificar, despreocupándose de cualquier trabajo interior y exterior, sin inquietud de hacer entonces nada, pronto en aquel descuido y ocio sentirán delicadamente aquella nutrición interior, que es tan delicada que si tiene deseo de sentirla, no la siente, porque trabaja en el mayor ocio y descuido del alma*²². Es como el aire que, si quieres cerrar el puño, se sale.

7. Así debemos entender las palabras de la Esposa al Esposo en los Cantares: «*Aparta tus ojos de mi, porque ellos me hacen volar*» (6,4), porque de tal modo pone Dios al alma en este estado y la conduce por camino tan diferente, que, si quiere ella trabajar con sus potencias, en lugar de colaborar al trabajo que Dios está haciendo en ella, lo estorba. Y todo esto antes era al revés.

La razón es la siguiente: en este estado de contemplación en que se sale del discurrir y se entra el estado de proficientes, es ya Dios quien obra el alma, pues para eso le ata las potencias interiores, sin dejarle apoyo en la inteligencia, ni sabor la voluntad, ni recuerdo en la memoria.

Y lo que en este tiempo hace el alma de su parte, sólo sirve para estorbar la paz interior y el trabajo que Dios está realizando en el espíritu en aquella sequedad del sentido, que, como es espiritual y delicada, hace obra quieta, delicada, solitaria, satisfactoria y pacífica, muy distante de todos los otros gustos primeros, que eran muy palpables y sensibles. Esta es la paz que *Dios*, como dice el Salmo, *habla en el alma para hacerla espiritual* (84,9).

8. *El tercer signo para conocer la purificación sentido es no poder ya meditar ni discurrir con la imaginación como antes, por muchos esfuerzos haga*²³. Como Dios ya no se comunica por el sentido *como* antes por el raciocinio, que construía y dividía las noticias, sino por el espíritu puro, en no cae discurso sucesivo, en acto de sencilla contemplación, que no es conseguida por los sentidos a parte inferior exteriores ni

²² El subrayado es del autor.

²³ El subrayado es del autor.

interiores, por eso la imaginación y la fantasía no se pueden apoyar en alguna consideración ni encontrar en ella apoyo en adelante²⁴.

9. Aquí hay que comprobar que esta inapetencia de las potencias y de su gusto no proviene de ningún mal humor, y esto se sabe porque si el hastío nace de aquí, cuando pasa el mal humor, porque no es permanente, entonces, con un poco de esfuerzo del alma, vuelve a poder discurrir otra vez, encontrando las potencias sujeto de acción.

En cambio en la purificación del apetito no sucede así, porque, una vez que ha empezado, siempre avanza la imposibilidad de discurrir con las potencias.

Es verdad que a los principios en algunas personas no entra la purificación de manera tan seguida, hasta el punto de que no puedan nunca gozar sus gustos y discursos sensibles –quizá por su debilidad no sería Oportuno destetarlos de golpe–; sin embargo, si han de ir avanzando, van siempre penetrando más en ella y terminando con el trabajo sensitivo.

Porque los que no llevan camino de contemplación son conducidos de modo muy diferente, pues en ellos no suele ser tan seguida esta noche de sequedades en el sentido. Sufren las sequedades algunas veces; pero otras, no. Algunas veces no pueden discurrir, pero otras sí que pueden. Porque como Dios los mete en esta noche sólo para probarlos, humillarlos y purificarles el apetito, para que no se vayan engolosinando viciosamente en las cosas espirituales, y no para conducirles a la vida del espíritu, que es la contemplación, a éstos prácticamente nunca les termina de desprender del todo de los pechos de las reflexiones y meditación, sino sólo ratos temporalmente.

Porque no todos, ni siquiera la mitad de los que se siguen con empeño el camino del espíritu, lleva Dios a contemplación; el porqué, El se lo sabe²⁵.

CAPÍTULO 10

CÓMO PROCEDER EN LA NOCHE OSCURA

Durante las sequedades de esta *noche sensitiva* cuando Dios saca al alma de la vida del sentido del espíritu, de meditación a contemplación y no puede discurrir con sus potencias, sufren los espirituales grandes penas, no tanto por las sequedades que padecen como por la duda que tienen de van equivocados, llegando a creer que se les ha terminado el bien espiritual y que Dios los ha abandonado, pues ningún apoyo ni gusto encuentran en ninguna cosa buena.

Entonces se cansan y se esfuerzan por apoyar las potencias con algún gusto en alguna reflexión, creyendo que, si no hacen esto y se dan cuenta de que trabajan, pierden el tiempo.

Y este trabajo lo hacen con mucha desgana y repugnancia interior, pues el alma deseaba quedarse en aquella quietud y ocio sin trabajar con las potencias.

²⁴ Es el inicio de 18 oración mística. Se corresponde con V Moradas de santa Teresa. (*Nota del autor.*)

²⁵ *Nota del autor:* Parece que este párrafo niega la o. da universal a la mística. La realidad es que «hay tan pocos místicos, "son tan raros los verdaderos contemplativos", porque escasean también los verdaderos ascetas» (Fr. F. García a, OP, en el Prólogo a *La evolución mística*, del Itero, Edica, Madrid 19682, 59).

Santa Teresa también afirma la llamada universal a la mística: «Porque aunque es verdad que son cosas que las Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como Él nos quiere, a todas las daría» (6 Mor 4,12). «Que es muy cierto que, en vaciando nosotros todo lo que es criatura y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo la ha de hinchar de sí... Y no dejaremos de entrar aquí todos... más como faltamos en no disponemos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra está esculpida» (7 Mor 2,9-10). P. Efrén de la Madre Dios, *Obras completas*, Edica, Madrid 1979.

Y entonces estropean una cosa y nada adelantan en la otra, porque, buscando espíritu, pierden el espíritu de tranquilidad y paz que tenían.

Son como los que dejan lo que ya está terminado para volverlo a empezar, O como los que salen de la ciudad para volver a entrar en ella. O como el que deja la caza que cazó para volver a cazar.

Ya todo es inútil, porque ya nada va a encontrar de lo que hacía cuando comenzó.

2. Si en este momento no encuentran quien les comprenda, vuelven atrás, dejando el camino o desanimándose. O al menos dejan de avanzar por el gran esfuerzo que hacen para continuar por el camino de la meditación y reflexión, fatigando y cansando mucho la mente, creyendo que por su negligencia o pecados ocurre lo que están viendo.

No ven que ya todo es inútil, porque Dios los lleva por otro camino, el de la contemplación, differentísimo del primero, que es de meditación y reflexión. Camino nuevo que sobrepasa la capacidad de la imaginación y el discurso.

3. Quienes así se vean les conviene que se consuelen perseverando con paciencia, no teniendo pena; confien en Dios, que no deja a quienes le buscan con sencillo y recto corazón (Sab 1,1), ni dejará de darles lo necesario para el camino, hasta llevarlos a la clara y pura luz de amor que les dará por medio de la otra *noche oscura del espíritu*, si merecieren que Dios los ponga en ella.

4. Lo que han de hacer en la *noche del sentido* es no entregarse al discurso ni a la meditación, porque ya pasó el tiempo de eso. Dejen estar al alma en sosiego y quietud, aunque les parezca claro que no hacen nada y que pierden el tiempo, y aunque crean que no pueden pensar en nada por su tibieza. Sin hacer nada harán mucho teniendo paciencia y perseverando en la oración.

Lo que deben hacer es dejar el alma libre y despojada y descansada de todas las noticias y pensamientos, sin preocuparse en qué pensarán y meditarán.

Conténtense sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios y en estar sin preocupación ni esfuerzo, y sin deseo de gustar o de sentir a Dios; porque todas estas pretensiones inquietan y distraen al alma de la sosegada quietud y ocio suave de contemplación que aquí se da.

5. Aunque tenga escrúpulos de que pierde el tiempo y que sería mejor hacer otra cosa, ya que en la oración no puede hacer ni pensar nada, tenga paciencia y quede sosegado, como quien no va a la oración más que a abandonarse a su satisfacción y amplitud de espíritu.

Porque si de suyo quiere trabajar algo con las potencias interiores, estorbará y perderá los bienes que Dios está depositando e imprimiendo en el alma mediante aquella paz y ocio.

Como si un pintor estuviera pintando o difuminando un rostro y el rostro se moviese queriendo hacer algo, no dejaría hacer nada al pintor y estropearía lo que estaba haciendo.

Y así, cuando el alma quiere estar en paz y ocio interior, cualquier acto, afecto o advertencia que quiera tener o aceptar la distraerá y hará sentir la sequedad y vacío del sentido, porque cuanto más pretenda apoyarse en algún afecto o noticia, tanto más le fallará, porque en el camino por el que va ya no existe aquello.

6. No hay que hacer caso de que se pierdan los actos de las potencias. Al contrario, ha de estar contenta de que se pierdan pronto, para que, al no estorbar la

operación de la contemplación infusa que Dios va dando, la reciba con más abundancia pacífica, y dé ocasión de que arda y se encienda en el espíritu el amor que esta oscura y secreta contemplación trae consigo y prende en el alma. Porque la contemplación es infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios y, si le dan oportunidad, inflama al alma en espíritu de amor, que es lo que da a entender en el verso siguiente:

con ansias, en amores inflamada.

CAPÍTULO 11

DECLARACIÓN DE LOS TRES VERSOS DE LA CANCIÓN

1. Esta inflamación de amor, por regla general, no se siente al principio por no haber comenzado a iniciarse debido a la impureza de la naturaleza, o a que el alma no le ha dejado lugar pacífico por no haberla advertido.

Es verdad que a veces, dándole lugar o sin darle, comienza pronto a sentirse cierta ansia de Dios. Pero cuanto más avanza más se va viendo el alma aficionada e inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo y de dónde le nace este fino amor y afición.

Ve crecer tanto dentro de sí misma esta llama e inflamación, que con ansias de amor desea a Dios, como el salmista cuando estaba en esta noche lo expresa: «*Porque se inflamó mi corazón* –en amor de contemplación–, *también mis riñones se transformaron* (mis apetencias de afectos sensibles se trocaron de vida sensitiva en espiritual, esto es, la sequedad y el cesar todo) y yo –sigue– *fui resumido a nada y aniquilado, y no supe*» (Sal 72,21-22).–

No sabiendo el alma por dónde anda, se ve aniquilada en todo lo del cielo y lo del mundo, que antes gustaba, y ahora sólo se ve enamorada sin saber cómo.

Crece a veces muchísimo el ardor del amor en el espíritu y entonces las ansias de Dios son tan enormes en el alma que parece que se le secan los huesos en esta sed y se marchita el ser, e incluso cree que le falta el calor y la fuerza por la viveza de la sed de amor.

Experimenta el alma esta vivísima sed de amor como lo experimentó el salmista: «*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*» (Sal 41,3). ¡Qué ardorosa fue la sed de mi alma! y por serlo tanto podemos decir que mata de sed. Pero no es constante esta impetuositud de sed, sino sólo algunas veces llega a tanto, aunque, por lo general, siempre se siente algo de sed.

2. Téngase presente que al principio no se suele sentir este amor y sí sólo sequedad y vacío.

En vez de sentir el amor, que después se irá encendiendo, siente el alma, en medio de aquellas sequedades y vacíos de las potencias, una constante preocupación e interés por Dios, con pena y temor de que no le ama.

Y ¡cuán grato es a Dios el sacrificio de este espíritu quebrantado (Sal 50,19) y preocupado por su amor!

La contemplación secreta es la que deposita en el alma esta preocupación y atención, hasta que después de una temporada, cuando las sequedades ya han purificado algo el sentido del vigor y afecto natural, va encendiéndo en ella el amor divino.

Mientras, como quien está sometido a curación, es la hora de padecer en la oscura y seca purificación del apetito, con lo que se va curando de muchas imperfecciones y se va robusteciendo en muchas virtudes para hacerse capaz del amor divino, que dirá en el siguiente verso:

¡Oh dichosa ventura!

3. *Dichosa ventura* considera el alma que Dios la haya situado en esta noche sensitiva para purificar el sentido de la parte inferior, a fin de acondicionarlo al espíritu y someterlo a él y unirlo con él, porque consigue muchos provechos. Para eso la oscurece y le hace cesar todos los discursos y la sitúa en la noche espiritual, y aunque al alma no le parece que gana al haber salido de la red y estrechez del sentido de la parte inferior por la noche pasada dice: *¡Oh dichosa ventura!*

Es interesante considerar cuáles son estos provechos que encuentra el alma en esta noche, por lo que el alma tiene por buena ventura haber pasado por ella. En el verso siguiente están incluidos todos los provechos:

Salí sin ser notada.

4. En esta salida queda el alma liberada de la parte sensitiva en su búsqueda de Dios con actos tan débiles, tan limitados y tan peligrosos como son los de la parte inferior. Porque tropezaba constantemente con mil imperfecciones e ignorancias, como ya hemos visto en los siete pecados capitales. Al apagarle esta noche todos los gustos del cielo y de la tierra y al oscurecerle todas las reflexiones, queda liberada de todas esas imperfecciones y le concede otros innumerables bienes con el progreso de las virtudes.

Muy dulce y consolador será para el que va por este camino saber que produce tantos bienes lo que al alma parece cosa tan áspera y adversa y tan contraria al gusto espiritual. Bienes que se consiguen saliendo el alma, con el afecto y la obra –por medio de esta noche–, de todas las cosas mundanas para ir hacia las eternas, que es gran dicha y ventura. Tanto por el bien que resulta de extinguir la apetencia y afecto de todas las cosas como porque son muy pocos los que soportan y perseveran en entrar por la *puerta angosta* y por el *camino estrecho que guía a la vida* (Mt 7,14).

La *puerta angosta* es esta noche del sentido, del que el alma se despoja y desnuda para entrar en esa noche, uniéndose en fe, que supera todo sentido, para después caminar por el *camino estrecho*, que es la otra noche del espíritu, que es donde después entra el alma para ir a Dios en pura fe, medio por el que el alma se une con Dios.

Este camino es tan estrecho, oscuro y terrible (que no se puede comparar la oscuridad de la noche del sentido con la oscuridad y sufrimientos de la del espíritu), que son muchos menos los que van por él que los que van por la noche del sentido. Pero las ganancias tampoco se pueden comparar con las de esta noche del sentido. De ellas vamos a hablar con brevedad.

CAPÍTULO 12

PROVECHOS QUE PRODUCE LA NOCHE DEL SENTIDO EN EL ALMA

1. Esta noche y purificación dichosa para el alma le causa tantos bienes y provechos (aunque el alma cree que es todo lo contrario), que así como Abraham dio un

gran banquete el día que destetaron a Isaac (Gén 21,8), se gozan en el cielo de que ya saque Dios a esta alma de pañales, de que la baje de los brazos y de que la haga andar por su pie.

También se gozan de que Dios le haya quitado el pecho de la leche y el blando y dulce 'manjar de niños y que le haga comer pan con corteza y que empiece a comer alimento sólido propio de adultos (Heb 5,12-14), el de la *contemplación infusa*²⁶ 9, que es el que en estas sequedades y tinieblas se comienza a dar al espíritu vacío y seco de sentimientos.

2. y éste es el principal provecho que ahora consigue el alma y del que casi todos los otros proceden.

Esta seca y *oscura noche de contemplación*²⁷ produce el conocimiento de sí misma y de su miseria.

Porque, aparte de que todas las mercedes que Dios hace al alma siempre van mezcladas con este conocimiento, estas sequedades y vacío de las potencias, en contraste con la abundancia que antes sentía y la dificultad que encuentra ahora el alma en las cosas buenas, le hacen conocer su pequeñez y miseria que en el tiempo de su prosperidad no veía.

Este procedimiento lo aclara una figura del, Éxodo: Queriendo Dios humillar a los israelitas y que se conociesen, les mandó quitarse el traje y las joyas de fiesta, que siempre llevaban puestos en el desierto, y les dijo: «*Ahora ya, de aquí en adelante, despojaos del ornato festival y poneos vestidos comunes y de trabajo, para que sepáis el tratamiento que merecéis*» (Ex 33,5).

Que equivale a decirles: Quitaos ese traje que vestís, porque, como es de fiesta y alegría, es ocasión de que os veáis tan miserables como sois, para que viéndoos desde ahora vestidos de andrajos, conozcáis que no merecéis más y os deis cuenta de lo que sois.

Antes no veía el alma la verdad de su miseria. Porque andaba como de fiesta encontrando en Dios mucho gusto y consuelo y apoyo, y por eso estaba más satisfecha y contenta creyendo que en algo servía a Dios —porque aunque esto no lo tenga expresamente en sí, al menos algo se le pega de la satisfacción que encuentra en el gusto—; pero ahora, vestida con este otro traje de trabajo, de sequedad y desamparo, oscurecidas sus primeras luces, las aprecia más en esta tan excelente y necesaria virtud del conocimiento propio, no teniéndose ya en nada ni teniendo ninguna satisfacción de sí, porque ve que de suyo nada hace y nada puede.

Y Dios aprecia y estima más esta poca satisfacción que tiene de sí el alma y el desconsuelo que tiene de que no ama a Dios, que todas las obras y gustos primeros que el alma hacía y gustaba, por importantes que fuesen, porque eran ocasiones de muchas imperfecciones e ignorancias.

En cambio, de esta sequedad nace lo que hemos dicho, más los provechos que vamos a decir, y muchos otros que se quedarán por decir, pues proceden del conocimiento propio, como de su fuente y origen.

3. Ahora le nace al alma tratar con Dios con más respeto y reverencia, que así ha de ser siempre el trato con el Altísimo.

No le sucedía así en la prosperidad de su gusto y consuelo, porque el sabor y gusto que sentía daba alas al apetito para tratar a Dios con más atrevimiento y poca reverencia y respeto.

²⁶ El subrayado es del autor.

²⁷ El subrayado es del autor.

Así sucedió a Moisés cuando sintió que Dios le hablaba: cegado por aquel gusto y apetito, se atrevía a acercarse sin más respeto, hasta que Dios le mandó que no se acercara y que se quitara las sandalias. Y éste es el respeto y discreción en desnudez de apetitos con que hay que tratar con Dios.

Y cuando Moisés obedeció, quedó tan en su sitio y tan escarmentado que no sólo no se atrevió a llegar, sino que se tapó la cara, temeroso de mirar a Dios (Ex 3,6), porque, cuando se quitó las sandalias de los apetitos y gustos, conoció clarísimoamente su miseria delante de Dios, que es lo que le convenía para oír la palabra de Dios.

Tampoco fueron los deleites y glorias que Job tenía en su Dios disposición para hablar con El (1,1-8), sino el tenerle desnudo en el estercolero, desamparado y aun perseguido de sus amigos, lleno de angustia y amargura y sembrado de gusanos el suelo (29-30).

Y entonces el que *levanta del polvo al desvalido* (Sal 112,7), el altísimo Dios, descendió a hablar cara a cara con él, y le descubrió las profundas inmensidades, grandes, de su Sabiduría, cual nunca antes había hecho en el tiempo de la prosperidad (38-42).

4. Hay otro excelente provecho en esta noche y sequedad del apetito sensitivo – para que se realice lo que dice Isaías: «*Brillará tu luz en las tinieblas*» (Is 58,10)–: iluminará Dios al alma no sólo dándole conocimiento de su pequeñez y miseria, sino también de la grandeza y excelencia de Dios. y es que, aparte de que esta *noche* extingue los apetitos y gustos y arrimos sensibles, deja limpia y libre la inteligencia para entender la verdad, porque el gusto sensible y apetito, aunque sea de cosas espirituales, ofusca y embaraza al espíritu.

Y además también aquella prueba y sequedad del sentido ilumina y *aviva la inteligencia* (Is 28,19), pues con la prueba hace entender Dios cómo en el alma vacía y desembarazada (que es lo que se requiere para su divina influencia) en esta *noche oscura* y seca de *contemplación* sobrenaturalmente lava, instruyendo en su divina Sabiduría, cosa que no hacía en los jugos y gustos primeros.

5. Es lo que dice Isaías: «*¿A quién viene a adoctrinar, a quién viene a enseñar la lección? A recién destetados, a niños apartados del pecho?*» (28,9).

y es que la disposición para esta divina influencia no es la leche primera de la suavidad espiritual ni el apoyo del pecho de las sabrosas reflexiones de las potencias sensitivas que el alma gustaba, sino el carecer de una y otra cosa, pues para oír a Dios ha de estar el alma muy alerta y desprendida del afecto y sentido, como de sí mismo lo dice el profeta: «*Me pondré de centinela* (despegado el apetito), *haré la guardia oteando* (no discurriré con los sentidos) *a ver qué me dice*» (Hab 2,1).

De esta noche seca nace primero conocimiento propio, y de ahí, como de fundamento, nace el conocimiento de Dios. Que por eso decía san Agustín: *Conózcame yo, Señor, a mí y te conoceré a ti*²⁸; porque, como dicen los filósofos, un extremo se conoce bien por otro.

6. y para probar más cabalmente la eficacia que tiene esta noche sensitiva, en su sequedad y abandono, para que Dios conceda la luz que el alma aquí recibe, citaremos el Salmo 62,3, que deja bien claro la gran fuerza que tiene esta noche para este alto conocimiento de Dios: «*En la tierra desierta, sin agua, seca y sin camino, me presenté delante de ti para poder contemplar tu fuerza y tu gloria.*»

²⁸ Versión atribuida del *Deum et animam scire cupio*. Cf. *Obras de San Agustín*, I, Soliloquios 1 C. 2 p. 484, Edica, Madrid.

No fueron los deleites espirituales y los muchos gustos que ha gozado el salmista los que le hicieron conocer la gloria de Dios, sino las sequedades y desamparos de la sensibilidad, que es la *tierra seca y desierta*.

Ni los conceptos y reflexiones divinas de que mucho se había servido fueron camino para sentir y ver la fuerza de Dios, sino el no poder fijar el concepto en Dios ni caminar por la reflexión imaginaria, que es la *tierra sin camino*.

Esta *noche oscura* es, pues, con sus sequedades y vacíos, el medio para conocer a Dios ya sí mismo, aunque no con la plenitud y abundancia que en la noche del espíritu, porque este conocimiento es el principio de la otra.

7. Saca también el alma de las sequedades y vacíos de esta noche del apetito humildad espiritual, que es la virtud contraria a la soberbia, primer vicio capital.

Por esta humildad que adquiere por el conocimiento propio se purifica de todas las imperfecciones de la soberbia, que cometía durante su prosperidad. Porque al verse tan seca y miserable, ni se le ocurre pensar que va mejor que los otros, ni que los aventaja, que es lo que antes le sucedía. Al contrario, cree que los otros van mejor.

8. y de aquí nace el amor a los hermanos; porque los estima y no los juzga como antes solía cuando se veía a sí misma con mucho fervor ya los otros sin él.

Sólo su miseria conoce y la tiene delante de los ojos; tanto, que no la deja ni le da ocasión de fijarse en nadie. Esto es lo que dice el salmista estando en esta noche: «*Enmudecí y fui humillado, y tuve silencio en los bienes, y se renovó mi dolor*» (Sal 38,3). Dice esto porque creía que los bienes de su alma se habían terminado; por eso no podía hablar de ellos y, con el dolor del conocimiento de su miseria, enmudeció sobre los ajenos.

9. Ahora se hacen sumisos y obedientes en el camino espiritual, pues al verse tan miserables no sólo escuchan lo que les enseñan, sino que desean que alguien los dirija y les diga lo que deben hacer. Se les quita la presunción afectiva que tenían en la prosperidad y les desaparecen todas las imperfecciones de soberbia espiritual.

CAPÍTULO 13

OTROS BIENES QUE PRODUCE EN EL ALMA LA NOCHE DEL SENTIDO

1. Mucho se ha reformado el alma en esta *noche seca y Oscura* en las imperfecciones de *avaricia espiritual*, porque antes ambicionaba unas y otras cosas espirituales y nunca se hartaba de unos ejercicios y otros por la codicia del apetito y gusto que en ellos encontraba.

Como ahora no encuentra el gusto y sabor que antes, sino que, al contrario, encuentra sinsabor y trabajo, practica los ejercicios con tanta templanza que quizá ahora pequeño por carta de menos, como antes por carta de más. Aunque a los que Dios mete en esta noche siempre les da humildad y diligencia (aunque con amargura) para que hagan lo que se les manda sólo por Dios. Pero se desaprovechan de muchas cosas porque no encuentran gusto en ellas.

2. En la *lujuria espiritual* también se ve claro que por esta sequedad y sinsabor se libra el alma de sus impurezas, ya que procedían del gusto que del espíritu redundaba en el sentido.

3. Las imperfecciones de la *gula espiritual* de que el alma se ve libre en esta *noche* pueden leerse en el capítulo que de ellas tratamos, aunque no las dijimos todas porque son innumerables. y yo no las voy a enumerar ahora, porque quiero terminar con esta noche para pasar a la otra, de la cual tenemos palabras y doctrina importante.

Para hacerse una idea de los innumerables provechos que, además de los enumerados, consigue el alma en esta *noche* sobre la gula espiritual, baste decir que se libra de todas las imperfecciones de la gula ya conocidas y de otros muchos y mayores males y cosas odiosas y feas. La experiencia nos ha hecho ver que muchos cayeron en estas calamidades por no haber tenido reformado el apetito en esta golosina espiritual.

Porque, como Dios, en esta seca y *oscura noche* en que mete al alma, tiene reprimida la concupiscencia y frenado el apetito hasta el punto que no se puede alimentar de ningún gusto ni sabor sensible de nada del cielo ni de la tierra –y esto lo hace por largo tiempo hasta que el alma queda educada, reformada y estrujada en la concupiscencia y apetencia–, pierde las fuerzas de las pasiones y concupiscencia y se hace estéril al no usarse el gusto (como cuando no se saca leche de la ubre se seca la leche), y extinguidas las apetencias del alma, de esta sobriedad espiritual, se siguen admirables ventajas.

Porque, extinguidas las apetencias y concupiscencias, vive el alma en paz y tranquilidad espiritual, pues donde no reina apetencia ni concupiscencia no hay perturbaciones, sino paz y consuelo de Dios.

4. Otro provecho sale de aquí: un recuerdo constante de Dios, con temor y recelo de volver atrás en el camino espiritual. y éste es gran provecho, y no de los más pequeños, en esta sequedad y purificación del apetito, porque se purifica el alma y se limpia de las imperfecciones que se le adherían de las apetencias y afectos, que de suyo embotan y ofuscan al alma.

5. Aún se da otro provecho muy grande en esta noche: el alma practica todas las virtudes a la vez; en estos vacíos y sequedades es necesario ejercitarse la paciencia y longanimitud, soportando el perseverar en las prácticas espirituales sin consuelo y sin gusto.

Se practica la caridad de Dios, pues no se mueve atraída y saboreada por el gusto que encuentra en el trabajo, sino sólo por Dios.

También tiene que ejercitarse la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que encuentra en el obrar saca fuerzas de flaqueza, y así se hace fuerte.

Y, por último, tiene que practicar todas las virtudes, tanto las teologales como las cardinales y morales. En estas sequedades se ejerce el alma corporal y espiritualmente.

6. Es el salmista quien habla de los cuatro provechos que consigue el alma: deleite de paz, recuerdo y preocupación de Dios incansables, limpieza y pureza de alma y el ejercicio de las virtudes; y lo dice porque él lo experimentó: «*Mi alma desechó las consolaciones, tuve memoria de Dios, encontré consuelo y me ejercitó y desfalleció mi espíritu*» (Sal 76,4). y después dice: «*y medité de noche en mi corazón y me ejercitaba y limpiaba y purificaba mi espíritu*» (de todos los afectos).

7. Sobre las imperfecciones de los otros tres vicios capitales, *ira, envidia y pereza*, también se purifica el alma en esta sequedad del apetito y adquiere las virtudes contrarias, porque, ablandada y humillada por estas sequedades y dificultades y otras tentaciones y trabajos en que Dios la ejerce mientras dura esta noche, se hace mansa

con Dios y consigo misma, y también con el prójimo. Ya no se enoja impetuosamente contra sí misma en las faltas propias. Ni se enfada por las faltas del prójimo. Ni se disgusta ni se queja a Dios irrespetuosamente, porque no le hace bueno con rapidez.

8. En cuanto a la *envidía*, también tiene caridad con los demás, porque, si alguna envidia tiene, no es viciosa, como antes, que le apenaba ver que otros fuesen preferidos a él y que le aventajasen. Ahora ya les concede ventaja, viéndose tan miserable como se ve. Y la envidia que tiene, si la tiene, es emulación virtuosa, porque desea imitar a los mejores, y esto es mucha virtud.

9. Las *acidias* y *tedios* que ahora tiene de las cosas espirituales tampoco son viciosas como antes, porque entonces procedían de pretender y no encontrar los gustos espirituales que antes gozaba.

Mas ahora los tudos no proceden de la debilidad del gusto, porque Dios se los ha quitado todos en esta purificación del apetito.

10. Por medio de esta seca contemplación consigue otros innumerables provechos además de los enumerados. Porque en medio de estas sequedades y aprietos, muchas veces, cuando menos piensa, comunica Dios al alma suavidad espiritual y amor muy puro y noticias espirituales a veces muy delicadas, cada una de mayor provecho y precio que todo lo que gustaba antes. Al principio, en cambio, el alma no lo cree así, porque el sentido no percibe la muy delicada influencia espiritual que aquí recibe.

11. Por último, como aquí el alma se purifica de los afectos y apetitos sensitivos, consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo.

También aquí de manera admirable se libra de las manos de los tres enemigos, demonio, mundo y carne, porque al extinguirse el sabor y gusto de las cosas no tiene el demonio, ni el mundo, ni la sensualidad armas ni fuerzas contra el espíritu.

12. Estas sequedades hacen, pues, al alma andar con pureza en el amor de Dios, pues ya no se mueve a obrar por el gusto y sabor del trabajo, como tal vez lo hacía cuando sentía gusto, sino sólo por dar gusto a Dios.

No es presumida ni pagada de sí misma, como quizá lo era en el tiempo de la prosperidad, sino desconfiada y temerosa de sí, sin que le quede ninguna satisfacción propia; en lo cual está el santo temor, que conserva y aumenta las virtudes.

Apaga también esta sequedad las concupiscencias y bríos naturales, porque aquí, si no es el gusto que de suyo Dios le infunde algunas veces, rara vez encuentra gusto y consuelo sensible por su diligencia en alguna obra y ejercicio espiritual.

13. Se le aumenta en esta *noche* seca el pensamiento de Dios y las ansias de servirle, porque se le van extinguendo los pechos de la sensualidad con que alimentaba y criaba los apetitos que perseguía. Sólo queda el ansia de servir a Dios en seco y en desnudo, cosa que a Dios agrada mucho, pues, como dice el salmista, «*sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado*» (Sal 50,19).

14. Al conocer el alma que esta purificación seca por donde ha pasado ha sacado y conseguido tantos y tan preciosos provechos, no es de extrañar que diga:

¡Oh dichosa ventura!, salí sin ser notada.

Es decir, salí de los lazos y esclavitudes de mis apetitos sensitivos y afectos *sin ser notada*, o sea sin que los tres enemigos me lo pudiesen impedir. Pues estos enemigos atan al alma y la detienen con los apetitos y gustos para que no salga de sí misma a la libertad del amor de Dios. Y sin estos gustos y apetitos los enemigos no la pueden combatir.

CAPÍTULO 14

DECLARACIÓN DEL ÚLTIMO VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN

1. Cuando por una constante mortificación se han sosegado las cuatro pasiones del alma, gozo, dolor, esperanza y temor, y cuando se han dominado los apetitos naturales por constantes sequedades, dejando de actuar la armonía de los sentidos y potencias interiores, cesando en sus operaciones discursivas los que integran toda la gente y morada de la parte inferior del alma que llama *su casa*, dice

estando ya mi casa sosegada;

estando ya esta casa de la sensualidad sosegada, es decir, mortificada, apagadas sus pasiones y sosegados y adormecidos sus apetitos en esta dichosa *noche* de la purificación sensitiva, salió el alma a emprender el camino y vía del espíritu, que es el de los proficientes y perfectos. Se llama también *vía iluminativa* o de *contemplación in/usa*, con que Dios de suyo alimenta y reanima al alma, sin que ella discurra ni trabaje.

2. Esta es la noche y purificación *del sentido* en el alma.

Esta *noche* suele ir acompañada, en los que han de pasar a la otra más fuerte del espíritu para llegar a la divina unión de amor (porque de vía ordinaria no son todos, sino los menos los que la pasan)²⁹, de grandes sufrimientos y tentaciones sensitivas que duran mucho tiempo, aunque en unos más que en otros.

A algunos se les envía el *ángel de Satanás* (que es el espíritu de fornicación) para que les azote los sentidos con abominables y fuertes tentaciones y les atribule el espíritu con pensamientos feos y representaciones más visibles en la imaginación, que a veces les causa mayor dolor que la muerte (2 Cor 12,7).

3. Otras veces se les añade en esta noche el espíritu de blasfemia que les resulta realmente torturador. Porque se les ocurren entre sus ideas y pensamientos blasfemias intolerables, sugeridas a veces en la imaginación con tanta fuerza que casi están a punto de pronunciarlas.

Otras veces se les da otro abominable espíritu, que Isaías llama *soplo de vértigo* (19,14), no para que caigan, sino para que los pruebe. De tal manera les oscurece éste el sentido, que los llega de mil escrúpulos y perplejidades tan intrincadas a su parecer que nunca se satisfacen con nada, ni pueden someter su juicio a ningún consejo ni razón. Esta es una de las más agudas espinas y horrores de esta *noche*, rruy aproximado a lo que sucede en la otra *noche* espiritual.

4. Por lo general, envía Dios estas tempestades y trabajos en esta *noche* y purificación sensitiva a los que después ha de pasar a la otra (aunque no todos pasan a ella), para que, así castigados y abofeteados, se vayan ejercitando y disponiendo y

²⁹ Porque no se disponen (*Nota del autor*)

curtiendo los sentidos y potencias para la unión con la Sabiduría que allí les han de dar. Porque, si el alma no es tentada, ejercitada y probada con trabajos y tentaciones, no puede avivar su sentido para la Sabiduría: «*El que no es tentado, ¿qué sabe?; y el que no es probado, ¿cuáles son las cosas que conoce?*» (Eclo 34,9-10). «*Me has corregido y he escarmentado*» (Jer 31,18).

Y el modo más adecuado de la corrección para entrar en la Sabiduría son los trabajos interiores que hemos descrito, porque son los que purifican más eficazmente el sentido de todos los gustos y consuelos que por debilidad natural tanto apetecía, y en lo que es humillada el alma de veras para merecer la exaltación que ha de tener .

5. No se puede determinar el tiempo que el alma ha de estar sometida a este ayuno y penitencia del sentido, porque ni en todos es igual ni sufren todos las mismas tentaciones, pues esto lo mide la voluntad de Dios.

Dios la humilla más o menos intensamente, más o menos tiempo, en proporción a las imperfecciones que tiene que purificar y al grado de amor de unión a que la quiere levantar.

A los que tienen capacidad y más fuerza para sufrir con más intensidad los purifica más pronto.

Pero a los más débiles los tiene en esta noche más tiempo con mucha lentitud y tentaciones suaves, dándoles frecuentes compensaciones en el sentido para que no vuelvan atrás. Estos tarde llegan en esta vida a la pureza de perfección (y algunos, nunca), pues ni están dentro de la *noche* ni fuera; porque, aunque no pasan adelante, para que se conserven en la humildad y conocimiento propio, Dios los ejercita algunos ratos y días en aquellas tentaciones y sequedades, y otras veces y temporadas les consuela, para que no desmayen y vuelvan a buscar el consuelo del mundo.

Con otras almas más débiles actúa Dios como haciéndose presente y escondiéndose para ejercitarlas en su amor, porque, sin desvíos, no aprenderían a acercarse a Dios.

6. Mas las almas que han de llegar a tan dichoso y elevado estado de la unión de amor, por muy deprisa que Dios las conduzca, enseña la experiencia que, por lo general, permanecen en estas tentaciones y sequedades mucho tiempo.

Y ya es hora de empezar a estudiar la segunda *noche*.

Libro segundo



DE LA NOCHE OSCURA. ESTUDIA LA PURIFICACION MAS INTIMA QUE ES LA SEGUNDA NOCHE PASIVA DEL ESPÍRITU

CAPÍTULO 1

SE COMIENZA A ESTUDIAR LA NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU. CUÁNDO COMIENZA

1. Cuando Dios quiere que un alma progrese no la pone en esta *noche del espíritu* en seguida que sale de las sequedades y trabajos de la primera purificación y *noche del sentido*. Suele pasar mucho tiempo, e incluso años, en que, una vez salida el alma del estado de principiantes, se ejercita en el de proficientes.

En este estado, como si hubiera escapado de una estrecha cárcel, camina en las cosas de Dios con mucha mayor amplitud y satisfacción del alma y con deleite más abundante e interior que al principio antes de entrar en la *noche*, no teniendo ya atada la imaginación y las potencias al discurrir ya la preocupación espiritual como antes. Porque ahora encuentra con gran facilidad en su espíritu muy serena y amorosa contemplación y sabor espiritual, sin el esfuerzo de discurrir.

Aunque, como el alma aún no está bien purificada, no le faltan a veces algunas necesidades, sequedades, tinieblas y sufrimientos, a veces mucho más intensos que los pasados, que son como presagios y mensajeros de la futura *noche del espíritu*.

Es verdad que éstos no duran, como los de la *noche* que viene, porque, habiendo pasado un rato, o ratos, o días de esta *noche* y tempestad; retorna después su acostumbrada serenidad.

Pero la purificación del sentido no deja bien purificada al alma, porque falta la purificación del espíritu, sin la cual (por la comunicación que existe entre el sentido y el espíritu, porque son una sola persona), ni siquiera la purificación sensitiva, por muy fuerte que haya sido, queda terminada y perfecta.

Dios va purificando a algunas almas que no han de llegar a tan alto grado de amor como las otras, metiéndolas a ratos e intermitentemente en esta *noche de contemplación* y purificación espiritual, haciendo que anochezca y amanezca con frecuencia.

Aquí se cumple lo que dice el salmista, que *envía su cristal*, es decir, su contemplación, *como a bocados* (Sal 147,17). Aunque estos bocados de oscura contemplación nunca son tan intensos como los de aquella horrenda noche de contemplación que hemos de estudiar, en que Dios coloca al alma expresamente para conducirla a la divina unión.

2. El sabor y gusto interior que los proficientes encuentran y gustan en su espíritu con abundancia y facilidad se les comunica con más abundancia que antes de la purificación sensible. Y del espíritu redonda en el sentido. La razón es que al estar más purificado el sentido, puede sentir con mayor facilidad los gustos del espíritu al modo del espíritu.

Y, por último, como la parte sensitiva del alma es frágil e incapaz de soportar los fuertes efectos del espíritu; ocurre que los proficientes sufren debilidad y quebrantos y fragilidades de estómago, que repercuten en el espíritu, «*porque el cuerpo mortal es lastre del alma*» (Sab 9,15).

Por eso las comunicaciones que reciben no pueden ser tan fuertes, ni tan intensas, ni tan espirituales como se requieren para la divina unión con Dios, por exigencias de la fragilidad e inconsistencia de la sensualidad que de ellos participa.

Este es el origen de los arrobamientos, éxtasis y desencajamiento de huesos que ocurren siempre que las comunicaciones no son puramente espirituales, es decir, dirigidas al espíritu solo. Así son las de los perfectos ya purificados por la segunda noche del espíritu; en ellas cesan ya estos arrobamientos y tormentos de cuerpos, gozando ellos de la libertad del espíritu, sin que el espíritu se nuble ni se extasie.

3. Y para que se comprenda la necesidad que éstos tienen de entrar en la noche del espíritu, señalaremos algunas imperfecciones y peligros que tienen los proficientes.

CAPÍTULO 2

OTRAS IMPERFECCIONES DE LOS PROFICIENTES

1. Dos clases de imperfecciones tienen los proficientes: habituales y actuales. Las habituales son los afectos y hábitos imperfectos que han quedado aún, como raíces, en el espíritu, pues allí no pudo llegar la purificación del sentido. Entre la purificación del sentido y la del espíritu existe la diferencia que hay entre la raíz y la rama, o entré quitar una mancha fresca y otra muy permanente y vieja.

Porque la purificación del sentido sólo es puerta y principio de contemplación para la del espíritu, que sirve más para acondicionar el sentido al espíritu que para unir el espíritu con Dios.

Mas todavía quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque él no lo cree ni las ve. Pero si estas manchas no salen por el jabón y fuerte lejía de la purificación de esta noche, el espíritu no podrá llegar a la pureza de la unión divina.

2. Tienen también los proficientes la torpeza de la mente y la rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado y la mala calidad y superficialidad del espíritu, que es necesario que sea iluminado, clarificado y concentrado por la maceración y tortura de la noche del espíritu.

Todos los que no han pasado del estado de proficientes tienen estas imperfecciones habituales; que no pueden coincidir con el estado perfecto de unión de amor.

3. En las imperfecciones actuales no todos caen de la misma manera. Más algunos, como tienen estos bienes espirituales tan en lo exterior y tan a la mano en el sentido, caen en inconvenientes y peligros, mayores que los del principio.

Al tener tan a manos llenas tantas comunicaciones e iluminaciones espirituales en el sentido y espíritu donde muchas veces ven visiones imaginarias y espirituales – porque muchos proficientes tienen éstos y otros sentimientos sabrosos, en lo cual el demonio y la propia fantasía no pocas veces ilusionan al alma–, y como el demonio suele imprimir y sugerir al alma con tanto gusto las iluminaciones y los sentimientos, la

embelesa y engaña con gran facilidad, al no tener ella cautela para resignarse y defenderse fuertemente en la fe de todas estas visiones y sentimientos.

Aquí el demonio hace creer a muchos visiones vanas y profecías falsas. Aquí intenta que presuman que Dios y los santos hablan con ellos y ellos muchas veces creen a su fantasía.

Aquí los suele llenar el demonio de presunción y soberbia y, llevados por la vanidad y arrogancia, dejan que los vean en actos exteriores que parezcan santidad, como éxtasis y otras representaciones. Faltan al respeto debido a Dios, perdiendo el santo temor, que es llave y guarda de todas las virtudes.

Se suelen acumular tantas falsoedades y engaños en algunos y se endurecen en ellas tanto, que es muy dudoso su retomo al camino puro de la virtud y verdadero espíritu. y llegan a tantas miserias por haber comenzado a entregarse Con excesiva seguridad a las luces y sentimientos espirituales cuando comenzaban a aprovechar en el camino.

4. Es tanto lo que se podría decir de las imperfecciones de 105 proficientes y 10 incurables que resultan porque ellos las consideran más espirituales que las primeras, que lo quiero dejar. Sólo digo, para justificar la necesidad de la *noche espiritual* –que es la purificación para el que ha de progresar–, que ningún proficiente, por bien que le hayan ido las cosas, deja de tener muchos defectos naturales y hábitos imperfectos, que es necesario que sean purificados para llegar a la divina unión.

5. Aparte de que al participar la parte inferior de estas comunicaciones espirituales, no pueden ser tan intensas, puras y fuertes como se requieren para la divina unión.

Por eso, para llegar a ella, es necesario que el alma entre en la segunda *noche del espíritu*, donde, despojando al sentido y al espíritu perfectamente de todas estas luces y sabores, le harán caminar en oscura y pura fe, que es el camino propio y el medio adecuado por el que el alma se une con Dios, Como lo dice Óseas: «yo te desposaré –es decir, te uniré conmigo– *por fe*» (2,20).

CAPÍTULO 3

NOTA PARA LO QUE SIGUE

1. Por el tiempo que han estado los proficientes nutriendo los sentidos con dulces comunicaciones, a fin de que la parte sensitiva, atraída y engolosinada por el gusto espiritual que le manaba del espíritu, se identificase y acomodase con el espíritu, están ya comiendo, el sentido y el espíritu, cada uno a su modo, un mismo manjar espiritual en un mismo plato.

Una sola persona es la que así se alimenta, para que, unidos y concordes parte sensitiva y espíritu, estén dispuestos a sufrir la áspera y dura purificación del espíritu que les espera.

Porque en ella se han de purificar cumplidamente las dos partes del alma, espiritual y sensitiva, pues una sin otra no se purifica bien; porque la purificación válida del sentido se hace cuando intencionadamente comienza la del espíritu.

Por eso la *noche del sentido*, mejor que purificación, se puede y se debe llamar cierta reforma y freno del apetito. Y esto porque todas las imperfecciones y desórdenes

de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu, que es donde se contienen todos los hábitos buenos y malos. Y mientras éstos no se purifican, no se pueden purificar bien las rebeliones y malas costumbres del sentido.

2. En la *noche del espíritu* se purifican las dos partes del hombre. y éste es el fin, porque convino haber sufrido la reforma de la *noche sensitiva* y el bien que de allí resultó, para que unificado el sentido con el espíritu en cierto modo, sentido y espíritu se purifiquen aquí y padezcan con más fortaleza, porque es necesaria para tan fuerte y dura purificación.

Purificación tan imponente que la naturaleza no la podría soportar si no se hubiera reformado ya la debilidad de la parte inferior y no hubiera recibido fortaleza de Dios por el dulce y sabroso trato que después tuvo con El.

3. El trato y las operaciones que tienen con Dios los proficientes son muy vulgares y muy naturales, porque aún no tienen purificado e iluminado el oro del espíritu, y por eso *hablan de Dios como un niño, la mentalidad que tienen de Dios es mentalidad de niño, discurren de Dios como un niño* (1 Cor 13,11), porque aún no han negado a la perfección de la unión del alma con Dios. En esta unión como adultos obran ya grandezas en su espíritu, pues sus obras y potencias son más divinas que humanas.

Quiere Dios despojarlos de pecho del «*hombre viejo y vestirlos del hombre nuevo que por el conocimiento se va renovando a imagen de su Creador*» (Col 3,10), y les despoja las potencias y afectos y sentidos, espirituales como sensitivos, exteriores e interiores, dejando la inteligencia a oscuras, y la voluntad a secas, y vacía la memoria, y los afectos del alma en suma aflicción, amargura y desolación, quitándoles el sentimiento y el gusto que antes sentían de los bienes espirituales. y este despojo es la puerta necesaria abierta en el espíritu para que se introduzca y se una a él la forma espiritual del espíritu, que es la unión de amor.

Y esto lo hace Dios en el alma por medio de una pura y oscura contemplación, como el alma dice en la primera canción. Esta canción ya está declarada en la primera *noche del sentido*. Pero el alma la entiende prioritariamente de la segunda *noche del espíritu*, ya que es la parte principal de la purificación. Por esto vamos a declarar otra vez la misma canción.

CAPÍTULO 4

REPETICIÓN DE LA PRIMERA CANCIÓN Y SU DECLARACIÓN

*En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!, salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

Declaración

1. Entendiendo esta canción referida a purificación contemplativa o desnudez y pobreza del espíritu, que viene a ser todo lo mismo, la podemos declarar como que el alma dice así: En pobreza, desamparo y desarrimo de todos los pensamientos, recuerdos

y sentimientos de mi alma, es decir, en oscuridad de mi inteligencia, y sufrimiento de mi voluntad en aflicción y angustia de la memoria, dejándome a oscuras en pura fe, que es *noche oscura* para las potencias naturales, sólo tocada la voluntad por el dolor y aflicciones y *ansias de amor* de Dios, salí de mí misma, es decir, de mi rudimentario modo de entender y de mi frágil estilo de amor, y de mi pobre y limitada manera de gustar a Dios, sin que ni la sensualidad ni el demonio me lo hayan estorbado.

2. Esto fue gran *dicha y feliz ventura* para mí, porque cuando se han terminado de aniquilar y sosegar las potencias, pasiones, apetitos y afectos de mi alma con que de manera ordinaria sentía y gustaba de Dios, salí del trato y operación humana mía a operación y trato de Dios: mi inteligencia salió de sí, volviéndose de natural y humana en divina, porque, habiéndose unido con Dios en esta purificación, ya no entiende por su vigor y luz natural, sino por la divina Sabiduría con la que se ha unido.

Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina, porque, unida con el amor divino, ya no ama ordinariamente con la fuerza natural, sino con *fuerza y pureza del Espíritu Santo*, y así la voluntad no obra humanamente.

Y la memoria igualmente se ha trocado en fulgores eternos de gloria.

Y, por último, *todas las fuerzas* y afectos del alma se renuevan en energía y deleites divinos tras esta *noche* y purificación del hombre viejo.

En una noche oscura

CAPÍTULO 5

PRIMER VERSO. LA CONTEMPLACIÓN OSCURA NO SÓLO ES NOCHE PARA EL ALMA. SINO TAMBIÉN PENA Y TORMENTO

1. Esta *noche oscura* es una invasión de Dios en el alma que la purifica de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales. Los contemplativos la llaman *contemplación infusa*, o *mística teología*, en la que Dios misteriosamente enseña al alma y, sin que ella haga nada ni entienda el cómo, la instruye en perfección de amor.

Esta *contemplación infusa*, por ser Sabiduría de Dios amorosa, produce dos efectos principales en el alma: la dispone para la unión de amor de Dios, purificándola e iluminándola. La misma Sabiduría amorosa que purifica los espíritus bienaventurados, iluminándolos, es la que aquí purifica al alma y la ilumina.

2. Pero si es luz divina que ilumina purifica al alma de sus ignorancias, ¿por qué el alma llama *noche oscura*?

Por dos razones esta divina Sabiduría es no sólo *noche* y tiniebla para el alma, sino también pena y tormento: por la alteza de la Sabiduría divina, que excede el talento del alma, y por eso es tiniebla para ella; y por la pequeñez e impureza del alma le es penosa y afflictiva y también oscura.

3. Para probar la primera razón hay que tener en cuenta la doctrina de Aristóteles, que dice que cuanto más claras y manifiestas son en sí las cosas divinas, tanto más oscuras y ocultas naturalmente son para el alma. De la misma manera que la luz, cuanto

más clara es, tanto más ciega y oscurece la pupila de la lechuza. Y cuanto más se mira el sol de lleno tantas más tinieblas produce en la vista, desbordando su limitación³⁰.

Así también cuando la divina luz de la contemplación embiste en el alma que no está del todo clarificada le produce tinieblas espirituales, porque no sólo la sobrepasa, sino que también le priva y oscurece el acto de su inteligencia natural.

Por esta razón san Dionisio y otros teólogos místicos llaman a la contemplación infusa *rayo de tiniebla*³¹ para el alma no iluminada y purificada, porque su enorme luz sobrenatural vence la fuerza intelectiva natural y limitada.

Por eso el salmista dice: «*Tiniebla y nube lo rodean*» (al Señor) (Sal 96,2); no porque así sea en realidad en Dios mismo, sino por su relación con nuestras pobres inteligencias, que quedan oscurecidas y ofuscadas en luz tan inmensa sin poder alcanzarla. Y también dijo el salmista: «*Por el gran resplandor de su presencia se atravesaron nubes*» (Sal 17,13), es decir, entre Dios y nuestra inteligencia.

¡Qué raro es y cuánta pena da que el alma sienta la mano de Dios, que es tan blanda y suave, tan dura y enemiga, yeso que no la descarga ni la deja caer, sino que solamente toca con misericordia, pues lo hace para conceder mercedes al alma y no para castigarla!

CAPÍTULO 6

OTRAS PENAS QUE EL ALMA SUFRE EN ESTA NOCHE

1. También sufre el alma porque aquí se unen dos elementos, divino y humano: el divino es la contemplación purgativa y el humano es el alma.

Y como el elemento divino embiste para cocerla y renovarla a fin de hacerla divina, desnudándola de los afectos naturales y cualidades del hombre viejo en que está muy metida, pegada e identificada, aprieta y destroza el espíritu. Absorbiéndolo en profunda y honda tiniebla tan agudamente que el alma se siente como si se deshiciera y se derritiera viendo y experimentando sus miserias con muerte cruel de espíritu.

Consumida está el alma como si se la hubiera tragado un animal y experimentase que la está digiriendo, padeciendo las angustias de Jonás en el vientre de la ballena (Jon 2,1). Porque para obtener la resurrección espiritual que espera es necesario que la entierren en este sepulcro de oscura muerte.

2. La manera de esta pasión y pena, aunque la verdad es que es sobremanera, la describe el salmista: «*Me cercaban los lazos de la muerte, torrentes destructores me aterraban, me envolvían los lazos del abismo, me alcanzaban las redes de la muerte; en el peligro invoqué al Señor*» (Sal 17,5-7).

Pero lo que más le duele al alma y lo que más siente es que le parece claro que Dios la ha desecharido y que la ha aborrecido y la ha arrojado a las tinieblas, pues para ella es enorme y lastimera pena creer que Dios la ha abandonado. También el Salmo lo

³⁰ ARISTÓTELES, *II Meta!*, c. 1.

³¹ SEUDO-DIONISIO, *De mystica Theologia*, c. 1.

manifiesta así: «*Tengo mi cama entre los muertos como las víctimas que yacen en el sepulcro, de los cuales ya no te acuerdas más, porque fueron arrancados de tu mano. Me has colocado en lo hondo de la fosa, en las tinieblas del fondo. Tu cólera pesa sobre mí, me echas encima todas tus olas*» (8716-8).

Porque, en verdad, cuando la contemplación purgativa arrecia, siente el alma muy a lo vivo sombra de muerte y gemidos de muerte y dolores de infierno, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada e indigna de El, y que El está enojado. Todo esto se siente en este estado, y más, porque le parece al alma que es para siempre.

3. y el mismo desamparo y desprecio siente de todas las criaturas, sobre todo de los amigos, como lo dice el salmista: «*Has alejado de mí a mis conocidos y amigos, me has hecho repugnante para ellos*» (Sal 87, 9).

Todo esto lo testifica Jonás, porque lo experimentó en su carne y en su espíritu en el vientre de la ballena: «*Me habías arrojado al fondo, en alta mar, me rodeaba la corriente, tus torrentes y tus olas me arrollaban. Pensé: Me has arrojado de tu presencia; ¡quién pudiera ver otra vez tu santo templo!* (porque Dios está purificando al alma para verlo). *A la garganta me llegaba el agua. Me rodeaba el océano, las algas se enredaban a mi cabeza; bajaba hasta las raíces de los montes, los cerrojos de la tierra me encerraron para siempre*» (2,4-7), Estos cerrojos son las imperfecciones del alma que le impiden que goce esta sabrosa contemplación.

4. Otra pena se engendra en el alma por la majestad y grandeza de la excelencia de esta oscura contemplación, que hace sentir en el alma una extremada e íntima pobreza y miseria.

Esta es una de las principales penas que padece en esta purificación, porque siente un profundo vacío y pobreza de los bienes que dan al alma gusto temporal, natural y espiritual, y se ve situada en los males contrarios: miserias de imperfecciones, sequedades y vacíos del trabajo de las potencias y desamparo del espíritu en tiniebla.

Pues, como Dios purifica al alma en la sustancia sensitiva y espiritual y en las potencias interiores y exteriores, es necesario que el alma quede en vacío y pobreza y desamparo de todo, y que la deje seca, vacía y en tinieblas. La parte sensitiva se purifica en sequedad; las potencias, en vacío de sus producciones, y el espíritu, en tiniebla oscura.

5. Todo esto lo hace Dios en esta oscura contemplación, en la que no sólo padece el alma el vacío y la supresión de estas apoyaturas naturales y sentimientos, lo cual es un padecer muy congojoso, como si a uno le quitasen el aire para que no respirase; sino que también está purificando al alma, aniquilando y vaciando y consumiendo como el fuego el orín y moho del metal, todos los afectos y hábitos imperfectos que contrajo durante toda la vida; que, porque están muy arraigados en la sustancia del alma, padece total destrucción y tormento interior, además de la pobreza y vacío natural y espiritual.

Para que sea real el testimonio de Ezequiel: «*Arrimo más la leña, enciendo la hoguera, consumo la carne, saco el caldo y los huesos se queman*» (24,10). Esto explica la pena que padece el vacío y pobreza de la sustancia del alma sensitiva y espiritual.

Y aún dice más: «*La coloco vacía sobre las brasas para que el cobre se recalienta, se ponga al rojo y se le derrita la roña, se le consuma la herrumbre*» (lb, v. 11). En esto se comprende el inmenso padecimiento del alma en la purificación del fuego de esta contemplación; pues (dice el profeta} para que se purifique y desaparezca

la herrumbre de los afectos que viven dentro del alma, es menester que ella se aniquile y sea triturada por lo enraizadas que están en ella las pasiones e imperfecciones.

6. y como el alma se purifica en esta fragua como el oro en el crisol, como dice la Sabiduría (3,6), experimenta en la misma sustancia del alma esta destrucción tan dolorosa con inmensa pobreza en que está como muriendo. Este sentido tienen las palabras del Salmo: «*Dios mío, sálvame que me llega el agua al cuello: me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie; me he adentrado en aguas hondas, me arrastra la corriente. Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta, se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios*» (68,2-4).

Mucho humilla Dios al alma para mucho ensalzarla después, y, si El no determinara que estos sentimientos que 'se avivan en el alma se amortiguasen pronto, en pocos días moriría.

Pero menos mal que se interrumpen los ratos en que se siente esta íntima vivencia, que es a veces tan intensa que el alma cree que ve el infierno y la perdición abiertos. Estos son los que de veras *descienden al infierno viviendo* (Sal 54,16), pues aquí se purifican como allí, porque esta purificación es la que allí se debía de hacer. Y, así, el alma que por aquí pasa, o no va al purgatorio o está muy poco, porque aprovecha más una hora aquí que muchas allí.

CAPÍTULO 7

OTRAS AFLICCIONES Y SUFRIMIENTOS DE LA VOLUNTAD

1. Inmensos son también los sufrimientos y las aflicciones de la voluntad, de manera que, algunas veces, traspasan el alma con el recuerdo repentino de los males en que se ve sumergida y con la incertidumbre de su remedio.

A esto hay que añadir el recuerdo de las prosperidades pasadas, pues los que entran en esta noche han gozado muchos gustos de Dios y le han servido largamente. Esto les produce más dolor viendo lo lejos que están de aquel bien y que ya no pueden entrar en él.

Esto dice Job, porque lo experimentó: «*Vivía yo tranquilo cuando me trituró, me agarró por la nuca y me descuartizó, hizo de mí su blanco; cercándome con sus saeteros, me atravesó los riñones sin piedad y derramó por tierra mi hiel, me abrió la carne brecha a brecha y me asaltó como un guerrero. Me he cosido un sayal sobre el pellejo y he hundido en el polvo mi hombría; tengo la cara enrojecida de llorar y la sombra vela los párpados*» (16,12-16).

2. Tantas y tan graves son las penas de esta noche y podríamos citar tantos textos de la Escritura que nos faltaría tiempo y fuerza, porque todo cuanto se puede decir es inferior a la realidad. Por lo que hemos citado se puede ya rastrear algo.

Sólo para terminar citaré lo que de esta noche dice y llora Jeremías: «*Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo la vara de su cólera, porque me ha llevado y conducido a las tinieblas y no a la luz; está volviendo su mano todo el día contra mí. Me ha consumido la piel y la carne y me ha roto los huesos; en torno mío ha levantado un cerco de veneno y amargura y me ha confinado en las tinieblas, como a los muertos de antaño. Me ha tapiado sin salida, cargándome de cadenas, por más que grito: 'Socorro', se hace sordo a mi súplica; me ha cerrado el paso con sillares, y ha*

retorcido mis sendas. Me está acechando como un oso o como un león escondido; me ha cerrado el camino para despedazarme y me ha dejado inerte; tensa el arco y me hace blanco de sus flechas. Me ha clavado en las entrañas las flechas de su aljaba: la gente se burla de mí, me saca coplas todo el día; me ha saciado de hieles, abrevándome con ajenjo. Mis dientes rechinan mordiendo guijas, y me revuelco en el polvo; me ha arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha; me digo: ‘Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor.’ Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena; no hago más que pensar en ello, y estoy abatido» (Lam 3,1-20).

3. Así llora Jeremías sobre este dolor, pintando muy al vivo los padecimientos del alma en esta purificación y noche espiritual.

Se le debe tener gran compasión al alma que Dios mete en esta tempestuosa y horrenda noche, porque, aunque es muy dichosa por los bienes que de ella le han de nacer cuando «levante Dios en el alma de las tinieblas profundos bienes y conduzca a la luz la sombra de muerte» (Job 12,22) y «venga a ser su luz como fueron sus tinieblas» (Sal 138,12); sin embargo, con la inmensa pena con que está penando y por la gran incertidumbre que tiene de su remedio –*pues cree que no ha de acabarse su mal y le parece que la ha confinado Dios a las tinieblas, como a los muertos de antaño*, y que por eso su «*aliento desfallece, su corazón está yerto*» (Sal 142,3)–, por eso hay que tenerle mucha compasión y lástima.

A todo esto hay que añadir que, como consecuencia de la soledad y desamparo que le produce esta noche oscura, no encuentra consuelo ni apoyo en ninguna doctrina ni en ningún director espiritual, porque, aunque le razona con muchos argumentos los motivos de consuelo que debe tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer.

Porque como el alma está tan embebida e inmersa en el sentimiento de males en que ve clarísima su misería, le parece que, como los directores no ven lo que ella ve y siente, lo que le dicen es porque no la comprenden. Con esto recibe nuevo dolor, en vez de recibir consuelo, porque le parece que aquello no es el remedio de su mal.

Y así es en verdad, porque mientras el Señor no la haya terminado de purificar como Ello quiere hacer, ningún medio ni remedio le sirve ni aprovecha para aliviar su dolor.

Y padece el alma tan poco en esta situación como quien está atado de pies y manos en una oscura mazmorra sin poderse mover ni ver, ni sentir algún consuelo del cielo ni de la tierra, hasta que se humille, se suavice y se purifique el espíritu y se haga tan sutil, sencillo y fino que pueda identificarse con el espíritu de Dios, en proporción al grado que su misericordia le quiere conceder de unión de amor; pues esto es lo que da la pauta de la purificación para que sea más o menos intensa y duradera.

4. Más, si ha de ser de alguna entidad, aunque la purificación sea muy fuerte, dura algunos años. Pero durante ellos hay interrupciones de alivios en que, por gracia de Dios, deja la contemplación oscura de embestir de modo purgativo y embiste iluminativa y amorosamente.

En estos descansos el alma, como salida de esa mazmorra y de esas prisiones y llevada a este recreo de libertad y desahogo, siente y gusta gran suavidad de paz e intimidad amistosa y amorosa con Dios con abundancia fácil de comunicación espiritual.

En esto ve el alma indicios de la salud que en ella va obrando la purificación y presagio de la abundancia que espera.

Ya veces son tan grandes los consuelos que le parece que ya se han terminado sus trabajos. Porque esta característica tienen las cosas espirituales cuando más puramente espirituales son; cuando son sufrimientos le parece al alma que nunca saldrá de ellos y que se le acabaron ya los bienes, como demuestran los textos citados. y cuando son gozos espirituales también le parece que ya se acabaron sus males y que no se terminarán los bienes, como dice el salmista: «*Yo dije en mi abundancia: 'No vacilaré jamás'*» (Sal 29,7).

5. Esto acaece porque la posesión actual de un contrario en el espíritu' de suyo impide la posesión y sentimiento actual del otro contrario. Y sucede así en la parte sensitiva del alma porque es limitada en su posesión.

Pero como resulta que el espíritu aún no está bien purificado y limpio de los afectos que tiene contraídos en la parte inferior, aunque no se cambie como espíritu, sí que se puede cambiar en pena cuando se siente afectado por esos afectos contrarios.

Así se cambió después el salmista y sintió muchos males y penas, aunque durante su abundancia le había parecido y había dicho que no se movería jamás. Del mismo modo el alma, como se ve gozando tanta abundancia de bienes espirituales, sin tener en cuenta la raíz de imperfección e impureza que aún le queda, cree que sus sufrimientos se han terminado.

6. Mas este pensamiento ocurre pocas veces, porque mientras no se termina la purificación espiritual, raras veces es tan abundante la comunicación suave que le oculte la raíz que queda, de manera que deje el alma de sentir en el interior un no sé qué que le falta o que está por hacer, que no la deja gozar del todo aquel alivio.

Siente allá dentro como un enemigo suyo que, aunque está sosegado y dormido, sospecha que volverá a renacer ya hacer de las suyas. y así sucede, porque, cuando más segura está y menos cuenta se da, vuelve a tragarse ya absorber al alma en otra situación peor y más dura, oscura y lastimera que la anterior, que dura otra temporada quizá más larga que la primera.

Entonces el alma vuelve a creer que todos los bienes se han terminado para siempre. No le basta la experiencia del bien anterior que gozó después de la primera etapa de sufrir, cuando creía que ya no pasaría más penas, para dejar de pensar ahora que está todo terminado y que no volverá el consuelo. Esta seguridad tiene por causa la actual posesión del espíritu que destruye cuanto es contrario a ella.

7. Por esta razón, los que están en el purgatorio sufren grandes dudas de si saldrán de allí alguna vez y de si se terminarán sus penas. Porque, aunque habitualmente tienen las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, el actual sentimiento de pena y privación de Dios no les deja gozar del bien actual y consuelo de estas virtudes, pues, aunque ellos ven que aman a Dios, no les consuela esto, porque les parece que no les quiere Dios a ellos, ni que son dignos de que los quiera. Al revés, al verse privados de Dios, a la vista de sus miserias, les parece que merecen ser aborrecidos y desechados por Dios con mucha razón para siempre.

Y así el alma en esta purificación, aunque ve que ama a Dios y que daría mil vidas por Él —y ésta es la verdad, porque en estos sufrimientos aman muy de veras a Dios—, con todo, esto no les alivia, sino que les amarga más; porque al quererle el alma tanto que no tiene nada que más le preocupe, y verse tan miserable que no puede creer que Dios la quiere y que nunca la querrá, porque merece ser aborrecida por El y por todas

las criaturas para siempre, sufre de ver en sí causas por las que merece ser desechada de quien ella tanto quiere y desea.

CAPÍTULO 8

OTRAS PENAS QUE AFLIGEN AL ALMA EN ESTE ESTADO

1. Otra cosa aqueja y desconsuela mucho al alma en este estado: no poder dirigir a Dios ni el afecto ni la mente, ni poder orar, porque la noche oscura le tiene maniatadas las potencias y afectos.

Como Jeremías le dice a Dios: «*Te has envuelto en nubes para que no te alcancen las plegarias*» (Lam 3,44). Y en el verso 9: «*Me ha cerrado el paso con sillares.*» y si ora algunas veces, lo hace con tanta dejadez y sin fervor que le parece que ni le oye Dios ni le hace caso, como dice el mismo Jeremías: «*Por más que grito: 'Socorro', se hace sordo a mi súplica*» (Ib 3,8).

No es éste, en efecto, tiempo de hablar con Dios, sino de que «*pegue la boca en el polvo, quizá quede esperanza*» (Ib 3,29) y de sufrir con paciencia la purificación. Es Dios el que está haciendo ahora pasivamente la obra en el alma; por eso ella no puede hacer nada. Ni puede rezar, ni participar con atención en las cosas divinas, y mucho menos en las cosas y asuntos temporales.

Y además sufre tales distracciones y tan profundos olvidos en la memoria, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que ha hecho, o qué ha pensado, ni lo que hace, ni lo que va a hacer; y no puede atender, aunque quiera, a lo que está haciendo.

2. Como ahora no sólo se está purificando la inteligencia de su luz y la voluntad de sus afectos, sino también la memoria sufre la purificación de sus recuerdos, es necesario que se le borren. A fin de que se cumpla lo que dice el Salmo: «*Yo era un necio y un ignorante*» (72,22), ignorancia que se refiere aquí al no saber ya los olvidos de la memoria cuya causa está en el recogimiento interior en que absorbe al alma la contemplación.

Pues para que el alma quede dispuesta y templada a lo divino en sus potencias para la divina unión, es necesario que antes quede absorta con sus potencias en esta divina y oscura luz espiritual de contemplación, hasta que queden destruidos todos los afectos y pensamientos de criatura. Destrucción que dura en proporción a la intensidad.

Y así, cuando esta divina luz golpea más sencilla y pura en el alma, la deja más oscura y vacía y aniquila más la pasión en sus pensamientos y afectos particulares, tanto del cielo como del mundo.

Y cuando embiste con menos sencillez y pureza, menos priva de luz al alma y la oscurece menos.

Y esto sí que parece increíble, que la luz sobrenatural y divina oscurezca más al alma cuando es más clara y pura; y que la oscurezca menos cuando menos clara y pura es.

Doctrina que coincide con la de Aristóteles, que dice que las cosas sobrenaturales son más oscuras para nuestra inteligencia cuando son más claras y manifiestas.

3. Para hacerlo entender con más claridad lo compararemos a la luz natural. El rayo del sol que entra por la ventana, cuanto más limpio y puro está de partículas menos claramente se ve, y cuando más partículas y motas tiene el aire parece que es más claro.

Y esto ocurre porque la luz no se ve, sino que es el medio por el cual se ven las cosas que ilumina. Lo que ocurre es que entonces también se ve la luz porque reverberan en ellas, y si no las afectase ni ella ni las cosas se verían. De tal manera que si el rayo de sol entrase por la ventana de una habitación y pasase por otra y no encontrase nada, ni en el aire hubiese partículas en que reverberar, no habría en la habitación más luz que antes ni se vería el rayo. Al contrario, si se mirase bien, se vería más oscuridad donde está el rayo, porque priva y oscurece algo de la otra luz y él no se ve, porque no hay objetos visibles en que pueda reverberar.

4. Esto hace este divino rayo de contemplación en el alma, que, al embestir en ella con su luz divina, desborda la luz natural del alma, con lo cual la oscurece y priva de todos los pensamientos y afectos naturales que tenía antes con la luz natural.

Y así, no sólo la deja oscura; la deja también vacía en sus potencias y appetencias, tanto espirituales como naturales.

Y al dejarla vacía ya oscuras, la purifica e ilumina con divina luz espiritual, sin que el alma se dé cuenta de que la tiene, sino creyendo que está en tinieblas, como hemos dicho del rayo, que aunque esté en medio de la habitación, si es puro y no tiene donde tocar, no se ve.

Pero con esta luz espiritual en que el alma está sumergida, cuando tiene en qué reverberar, es decir cuando hay algo espiritual de perfección o de imperfección que entender, aunque sea muy poca cosa, o tiene que emitir juicio de lo que es falso o verdadero, lo ve rápidamente y lo entiende con más claridad que antes de estar en estas oscuridades, también conoce la luz espiritual que tiene para conocer con facilidad la imperfección que se le presenta.

Sucede lo mismo que si el rayo de sol está en la habitación, aunque él no se ve, si se pasa una mano o cualquier cosa por él, se ve en seguida la mano y se conoce que estaba allí aquella luz del sol.

5. Al ser esta luz espiritual tan sencilla, pura y general, no afectada ni determinada en ningún inteligible particular ni natural ni divino –pues tiene las potencias del alma vacías y aniquiladas de todos los pensamientos, conceptos e ideas–, por eso mismo de un modo muy general y con gran facilidad conoce y penetra el alma cualquier cosa que se presente del cielo y de la tierra.

Por esta razón dice san Pablo que el espiritual «*penetra todas las cosas, hasta las profundas de Dios*» (1 Cor 2,10); porque de esta sabiduría general y sencilla se entiende lo que dice la Sabiduría: «*en virtud de su pureza lo atraviesa todo y lo penetra todo*» (7,24); es decir, porque no se concreta en ningún particular inteligible ni en ningún afecto.

Y ésta es la característica del espíritu purificado y aniquilado en todos los afectos particulares e ideas, que en este no gustar nada ni entender nada en particular, viviendo en su vacío y tiniebla, todo lo abraza en su gran autoentrega, para que se realice en él lo de san Pablo: «*los que no tienen nada y lo poseen todo*»; porque tal bienaventuranza se debe a tal pobreza de espíritu (Mt 5,3).

CAPÍTULO 9

ESTA NOCHE OSCURECE EL ESPÍRITU, PERO PARA ILUSTRARLE Y DARLE LUZ

1. Sólo resta decir que esta dichosa *noche*, aunque oscurece el espíritu, no lo hace sino para darle luz para todas las cosas. Aunque la humilla y la deja en miserable estado, no es sino para ensalzarla y elevarla. Y aunque la empobrece y la vacía de toda posesión y afecto natural, no es sino para que divinamente se pueda dilatar para gozar y gustar todas las cosas del cielo y de la tierra, viviendo en todo con libertad general de espíritu.

Así como para que los elementos se mezclen en todos los seres compuestos naturales, es necesario que no estén marcados con particularidad de color, olor, ni sabor, para poder unirse a todos los sabores, olores y colores, así es necesario que el espíritu esté sencillo, puro y desnudo de todos los afectos naturales, tanto actuales como habituales, para poderse unir con libertad y amplitud de espíritu con la divina Sabiduría, en cuya unión, por su limpieza, gusta todos los sabores de todas las cosas con calidad eminente.

Y sin esta purificación no podrá sentir ni gustar la satisfacción de toda esta abundancia de sabores espirituales, porque sólo un afecto que tenga o que pegado a alguna cosa concreta de manera actual o habitual es suficiente para que no sienta, ni guste ni se le comunique la delicadeza y el íntimo sabor del espíritu de amor, que contiene en sí todos los sabores con gran eminencia.

2. Porque así como los israelitas, sólo porque les taba una sola afición y recuerdo de las carnes y das de Egipto (Ex 16,3), no podían gustar el delicado pan de ángeles en el desierto, que era el maná –que tenía mil sabores, a gusto de todos, y llevaba el deseo de quien lo tomaba y se convertía en el gusto que cada uno quería (Sab 16,21)–, así no puede llegar a gustar los deleites del espíritu de libertad –como lo desea la voluntad– el espíritu pegado aún a algún afecto actual o habitual o con concretas o con otros pensamientos.

Y esto ocurre porque los afectos, sentimientos y pensamientos del espíritu perfecto, como son divinos, son tan solo distintos de lo natural y eminentes, que para tener estos hay que despojarse de los otros, porque dos contrarios no pueden permanecer en un sujeto.

Por esto es muy conveniente y necesario, para que el alma llegue a estas grandezas, que esta *noche oscura* le contemplación le quemre y deshaga antes sus miserias, dejándola a oscuras, seca y agotada y vacía. Porque la luz que se le ha de dar es una altísima luz divina que excede toda luz natural, que con las fuerzas naturales no cabe en la inteligencia.

3. Y por eso es necesario que, para que la inteligencia pueda llegar a unirse con esta altísima luz y convertirse en divina en el estado de perfección sea antes purificada y aniquilada en su luz natural, dejándola a oscura por la oscura contemplación.

Y es también necesario que esta tiniebla dure todo lo que haga falta para extirpar y quemar el hábito inveterado que tiene y ocupe su lugar la ilustración y luz divina.

Y como la fuerza de entender que antes tenía era de la misma naturaleza humana, las tinieblas que ahora padece son profundas y horribles y muy penosas, porque, como se sienten en la profunda sustancia del espíritu, parecen tinieblas sustanciales.

Lo mismo ocurre con la voluntad, porque el afecto de amor que se le ha de dar en la divina unión de amor es divino y por eso muy espiritual y sutil y delicado y muy interior, que excede a todo afecto y sentimiento de la voluntad ya todo apetito natural, es necesario que, para que la voluntad pueda llegar a sentir y gustar por unión de amor este divino afecto y deleite, tan subido que no cae en la voluntad humana naturalmente, sea antes purificada y quemada en todos sus afectos y sentimientos, dejándola seca y en estado doloroso todo lo que sea necesario en proporción al hábito que tuviera de afectos naturales desordenados, tanto de lo divino como de lo humano.

Hasta que extenuada, enjuta y bien purificada de toda clase de demonio en el fuego de la divina contemplación –como el corazón del pez de Tobías en las brasas (6,19)–, tenga preparación pura y sencilla y el paladar purificado y sano para sentir los subidos y extraordinarios golpes del amor divino en que divinamente se verá transformada.

4. y porque en esta unión a la cual la está disponiendo y encaminando esta *noche oscura* el alma se encontrará llena y enriquecida de gloriosa magnificencia en la comunicación con Dios, que encierra innumerables bienes de deleites que desbordan toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer, porque, según Isaías, *ni ojo lo vio, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón humano lo que preparó...* (64,3), es necesario que antes el alma quede vacía y en pobreza de espíritu, purificándola de todo apoyo, consuelo y pensamientos naturales del cielo y de la tierra, para que así, vacía, esté bien pobre de espíritu y desnuda del hombre viejo, para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que se consigue por medio de esta *noche*, que es el estado de unión con Dios.

5. y como el alma ha de conseguir un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa de todas las cosas divinas y humanas, que no cabe en el común sentir y saber natural –porque los verá de tan distinta manera que antes, como lo divino de lo humano–, es necesario que el espíritu se afine y el sentimiento común y natural se robustezca con grandes angustias y aflicciones provenientes de la contemplación purgativa.

Y también debe dejar a la memoria lejos de toda amigable y pacífica noticia, con sentido interior y temple de peregrinación y lejano de todas las cosas. Todas le parecen ahora extrañas y distantes de como antes las veía.

Así es como esta *noche* va sacando al espíritu de su ordinario y común sentido de las cosas, para llevarlo al sentido divino, que es extraño y diferente de todo modo humano.

Ahora le parece al alma que está loca de dolor.

Otras veces duda de si está alucinada o embelesada y está extrañada de las cosas que ve y oye Las juzga muy raras y extrañas, cuando son las mis mas que antes veía.

La razón está en que el alma se va distanciando del sentido y conocimiento común de las cosas, a fin de que, aniquilada en éste, quede informada en lo divino, que es más de la otra vida que de la presente

6. Todas estas purificaciones aflictivas del espíritu las padece el alma para reengendrarlo a la vida del espíritu por este influjo divino, y con estos dolores llega a dar a luz el espíritu de salvación. Con lo que se cumple la sentencia de Isaías: «*De tu rostro Señor, concebimos, nos retorcimos como con dolores de parto y dimos a luz el espíritu de salvación*» (26,17-18). Además de esto, como por esta *noche* contemplativa el alma se prepara para conseguir la tranquilidad y paz interior, que es tan inmensa y gozosa que excede todo sentido, es necesario que el alma abandone toda la paz anterior.

Era ésta una paz mezclada con imperfecciones. Ni era en verdad paz. El alma se creía que estaba en paz y, por partida doble, porque se veía con paz el sentido y en el espíritu, de tal manera desbordada de abundancias espirituales.

Pero el alma ha de ver purificada, destituida conturbada su falsa paz, como le sucedió a Jeremías en el ya citado texto aducido para probar las calamidades de esta noche pesada: «*Me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha*» (Lam 3,17)³².

7. Es ésta una penosa turbación de muchos recelos, imaginaciones y combates que tiene el alma dentro de sí, en que, con los pensamientos y sentimientos de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y que sus bienes se terminaron para siempre.

Por eso trae en el espíritu un dolor y gemido tan profundo, que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, que a veces expresa con palabras y se deshace en lágrimas, si puede; que a veces ni siquiera tiene este alivio. Después de haberlo experimentado, lo dice así el salmista: «*Estoy agotado y deshecho, me ruge y me brama el corazón*» (Sal 37,9).

Este rugido es muy doloroso, porque algunas veces, en el recuerdo súbito y agudo de estas miserias en que el alma se ve sumergida, le duelen tanto y la rodean de tal modo los afectos del alma que sólo por las palabras de Job cuando pasaba este trance se podría entender: «*Mi rugido es como las avenidas de las aguas*» (Job 3,24). Porque así como las aguas a veces hacen tales avenidas que todo lo inundan y llenan, este rugido y sentimiento del alma crece tanto a veces que, inundándola toda y traspasándola toda, llena de angustias y dolores espirituales todos sus afectos profundos y todas sus fuerzas por encima de todo encarecimiento.

8. Esta es la obra que hace en el alma esta *noche* que oculta las esperanzas de la luz del día. Por eso dice también Job: «*La noche me taladra hasta los huesos, pues no duermen las llagas que me roen*» (30,17). La voluntad es la que se ve taladrada con estos dolores, que no duermen ni cesan en despedazarla, porque las dudas y recelos que traspasan el alma nunca duermen tampoco.

9. Profunda es esta guerra y combate, porque ha de ser muy profunda la paz que espera. y el dolor espiritual es íntimo y muy sutil, porque el amor que ha de conseguir ha de ser también muy íntimo y puro, porque a más íntima y primorosa y pura labor y fuerte, más firme ha de estar el edificio; por eso, como dice Job: «*de día me atenaza la aflicción, me hierven las entrañas y no se acallan*» (30,16 y 27), sin esperanza ninguna.

Y es que es necesario que el alma que ha de conseguir poseer y gozar en el estado de perfección, al que se dirige por esta *noche* purgativa, innumerables bienes de dones y virtudes, se vea y se sienta en la sustancia del alma y en sus potencias alejada y privada y vacía y pobre de todos los bienes, y crea que está tan lejos de ellos, que no se pueda convencer de que nunca los ha de conseguir, sino que esté persuadida de que se le terminó todo bien, como también lo dice Jeremías: «*Me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha*» (Lam 3,17).

10. Pero expliquemos ahora la razón por la que, si la luz de la contemplación es tan suave y afable con el alma, que no se puede desear más –pues es la misma con la que el alma se ha de unir y en la que ha de encontrar todos los bienes en el estado de perfección que desea–, cómo le causa con su cogida tan penosos y esquivos efectos.

³² Texto ampliado por el autor.

11. En parte ya está dicho que no es la contemplación e infusión divina la que causa pena, sino mucha suavidad y deleite. La causa es la debilidad e imperfección del alma y las disposiciones y enemigo que tiene para recibir esos efectos. Cuando la luz divina ataca estas disposiciones yesos enemigos hace padecer el alma, como ya hemos visto.

CAPÍTULO 10

UNA COMPARACIÓN QUE EXPLICA DE RAÍZ ESTA PURIFICACIÓN

1. El procedimiento que sigue la purgativa y amorosa noticia o luz divina en el alma para purificarla y disponerla a la unión consigo de una manera perfecta, es el mismo que sigue el fuego con la madera para transformarla consigo.

El fuego material lo primero que hace es comenzar a secar la madera, exprimiéndole la humedad y haciéndole llorar el agua que tiene. Después la va volviendo negra, oscura y fea, e incluso de mal olor, y, secándola poco a poco, le va quitando todo lo que tiene feo y oscuro contrario al fuego. Por último, comienza a inflamarla por fuera ya calentarla, hasta que consigue transformarla en sí y dejarla hermosa como el mismo fuego.

En este momento no queda ya ninguna pasión ni acción propia de la madera, excepto el peso y la cantidad, que son más densos que los del fuego, habiendo adquirido las propiedades y acciones del fuego. Seca está ya la madera como el fuego, y como él caliente y luminosa como él. Es más ligera que antes, y el ruego es el autor de este cambio.

2. Lo mismo podemos decir del divino fuego de amor de la contemplación, que antes de unir y transformar al alma, la purifica de todas sus características contrarias, le quita sus fealdades y la deja negra y oscura, peor y más fea y abominable que antes.

Esta divina purificación remueve todos los malos y viciosos instintos que el alma no veía, porque los tenía muy arraigados. Por eso no se daba cuenta de que tenía tanta malicia. Y ahora, para quitárselos y quemarlos, se los pone delante de los ojos y los ve con gran claridad, iluminada por esta oscura luz de la divina contemplación. Pero no por eso es peor que antes ni en sí ni con Dios.

Cuando ve en sí misma lo que antes no veía, le parece claro que no sólo no está preparada para que Dios la vea, sino que lo está para que la aborreza y que ya la tiene aborrecida.

Con esta comparación se deja entender lo que estamos diciendo y lo que pensamos decir.

3. La misma luz y sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar en el alma es la misma que al principio la purifica y prepara. Igual que el fuego, que transforma la madera, es el que antes la dispuso para la transformación incorporándose a ella.

4. No siente el alma estos sufrimientos de parte de la Sabiduría, pues como dice el libro de la Sabiduría: «*Con ella me vinieron todos los bienes juntos*» (7,11), sino de parte de la debilidad e imperfección que tiene el alma, que la hacen incapaz de recibir su luz divina, suavidad y deleite, sin esta purificación. Igual que la madera no puede ser

transformada inmediatamente que se le prende fuego antes de estar preparada. y por eso sufre tanto.

Que es lo que dice el Eclesiástico que sufrió agonías por conseguir la Sabiduría, unirse con ella y gozarla: «*Mis entrañas se conmovían al mirarla, por eso la adquirí como posesión gloriosa*» (Eclo 51,29) (san Juan cita 51,29, pero el versículo que Corresponde a su cita en la Nueva Biblia es el 21)³³.

5. De esta pena se puede deducir cómo serán las penas de los del purgatorio. El fuego no tendría poder sobre ellos, si careciesen de imperfecciones en que padecer, pues éstas son la materia que el fuego puede quemar. Cuando la materia se ha terminado ya no hay otra cosa que pueda arder. También en la tierra, cuando se terminan las imperfecciones, se acaba el penar del alma y queda el gozar.

6. A medida que el fuego de amor la va depurando y purificando se va inflamando más en amor, igual que la madera cuando se va disponiendo más, más se va calentando.

No obstante, el alma no siempre siente esta inflamación de amor, sino sólo algunas veces, cuando la contemplación deja de embestir con tanta fuerza. Entonces puede el alma ver y también gozar la labor que se está haciendo, porque se la descubren. Porque parece que alzan la mano de las brasas y sacan el hierro del homo para que se vea algo de la labor que se está realizando y entonces puede el alma ver lo que no veía cuando estaba en el horno.

Así también cuando la llama deja de herir en la madera se puede ver lo inflamada que está.

7. Tras estos alivios vuelve el alma a padecer con más intensidad y agudeza que antes, porque después de lo que ha visto, cuando ya se han purificado las imperfecciones más externas, vuelve el fuego de amor a herir en lo más interior que está por consumir y purificar. y en esto el sufrimiento del alma es más íntimo y sutil y espiritual porque le va puliendo las más íntimas y finas y espirituales imperfecciones, que están arraigadas más adentro.

Y esto sucede como en la madera: cuando el fuego va penetrando más adentro va preparando lo interior con más fuerza y furor para dominarlo.

8. Y al alma le parece que se le acabó todo bien y que está llena de malicia, porque a esta sazón sólo le llegan amarguras. Como ocurre con la madera ardiendo, que no la toca ni aire ni nada, sino sólo fuego consumidor.

Pero después, cuando vea lo realizado, como antes lo vio, gozará más de adentro, porque ya se ha hecho la purificación más adentro.

9. Pero aunque el alma en estos intervalos de consuelo se goza muy a sus anchas (tanto que le parece que no van a volver más las amarguras), sin embargo, cuando han de volver pronto, no deja de sentir una raíz que queda, que no la deja tener el gozo cumplido, porque parece que está amenazando para volver a embestir. y cuando es así pronto vuelve.

En fin, lo que queda por purificar e iluminar más adentro no se puede esconder bien al alma en contraste con lo que ya está purificado, así como en la madera, en lo

³³ Nota del autor.

más interior que aún no está encendido, se nota la diferencia que hay con lo que ya está purificado.

Y cuando esta purificación vuelve a embestir más adentro no es extraño que el alma crea otra vez que se le acabó todo el bien, y que no piense volver más a los bienes, porque, situada en padecimientos más íntimos, todo el bien exterior se le cegó.

10. Teniendo presente esta comparación de la madera embestida por el fuego con el conocimiento del primer verso de la primera canción de esta *noche Oscura* y de sus terribles características, ya es hora de que dejemos estas cosas tristes del alma y que comencemos a explicar el fruto de sus lágrimas y de sus cualidades dichosas, que se comienzan a cantar desde este segundo verso:

con ansias en amores inflamada.

CAPÍTULO 11

SE COMIENZA A EXPLICAR EL SEGUNDO VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN. EL ALMA HA ALCANZADO VEHEMENTE PASIÓN DE AMOR DIVINO, COMO FRUTO DE ESTOS INTENSOS SUFRIMIENTOS

1. En este verso expresa el alma el fuego de amor, que se va encendiendo en el alma en esta *noche* de contemplación dolorosa, de manera semejante a lo que ocurre con el fuego material en la madera.

Esta inflamación es de algún modo semejante a la que hemos descrito en la parte sensitiva del alma y a la vez es tan diferente como lo es el alma y el, cuerpo, o la parte espiritual de la sensitiva.

Es ésta una inflamación de amor en el espíritu, en la que en estos oscuros dolores se siente el alma herida viva y agudamente en fuerte amor divino, en cierto sentimiento o noticia de Dios, aunque sin entender nada en concreto, porque la inteligencia está a oscuras.

2. Se siente aquí el espíritu apasionado en mucho amor, porque esta inflamación espiritual engendra pasión de amor. Amor que, por ser infuso, es más pasivo que activo, y por eso engendra en el alma fuerte pasión de amor.

Este amor va teniendo ya algo de unión con Dios, y así participa de sus propiedades, que son más acciones de Dios que de la misma alma y en ella se obran pasivamente, aunque el alma da el consentimiento, pero el calor y fuerza y energía y pasión de amor, o inflamación, como aquí le llama el alma, sólo se lo comunica el amor de Dios que se va uniendo al alma.

Este amor encuentra más disponibilidad y preparación en el alma para unirse con ella y herirla, cuando los apetitos están más encerrados, y el alma desposeída de ellos, y están incapacitados para poder gustar algo del cielo ni de la tierra.

3. Todo esto acaece al más alto nivel en esta *oscura noche*, pues Dios tiene tan destetados los gustos y tan mortificados que no pueden gustar nada de lo que quieran.

Y todo esto lo hace Dios para que, apartando y concentrando todos los gustos en El, tenga el alma más fortaleza y capacidad para recibir esta fuerte unión de amor de Dios, que ya le comienza a dar por esta limpieza.

Con esta fuerza de amor el alma ha de amar con la gran fuerza de todas las fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos concentrados. Cosa *que* no podría hacer si ellos se dispersasen para gustar otra cosa.

Que por eso, para poder el salmista recibir la fortaleza de amor de esta unión con Dios, dice a Dios: «*(Mi fortaleza guardaré para ti*» (Sal 58,10), es decir, toda la capacidad y apetitos y fuerzas de mis potencias, no queriendo emplear su operación ni gusto en otra cosa distinta de ti.

4. Qué fuerte será esta inflamación en el espíritu donde Dios tiene concentradas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, espirituales y sensitivas, para que toda esta armonía concentre sus fuerzas y eficacia en este amor y pueda cumplir plenamente el primer mandamiento que, no despreciando nada del hombre³⁴, ni excluyendo nada de su naturaleza en este amor, dice: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda tu mente, con toda el alma, con todas las fuerzas*» (Dt 6,5).

5. Concentrados en esta inflamación de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, herida y tocada y apasionada en todos ellos, ¿cómo serán sus movimientos y su empuje, estando todos inflamados y heridos de fuerte amor y sin poseerlo ni satisfacerse en él en la duda y oscuridad?

Sin duda, *como los perros*, que 'dice el salmista, *merodean por la ciudad* (Sal 58,7-15), y, no viéndose hartos de este amor, quedan aullando y gimiendo.

Porque el toque de este amor y fuego divino de tal manera seca el espíritu y le enciende tanto el apetito de satisfacer su sed de este divino amor, que da mil vueltas en sí mismo, y se dirige de mil modos y maneras a Dios, con el hambre y sed de su deseo. El salmista lo expresa con gran tensión en este salmo: «*Mi garganta tiene sed de ti, mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua*» (62,2).

6. Por eso dice el alma en el verso *con ansias en amores*, y no dice «con ansia en amor» *inflamada*, porque en todo lo que hace y en todo lo que piensa y en todas las tareas que desempeña, ama de muchas maneras, y desea y padece con el deseo también de muchas maneras, en todo tiempo y lugar, no sosegando en nada, sintiendo esta ansia en la inflamada herida como lo dice Job: «*Como el esclavo suspira por la sombra, como el jornalero aguarda el salario. Mi herencia son meses baldíos, me tocan en suerte noches de fatiga; al acostarme pienso: ¿cuándo me levantaré? , se hace larga la noche y me harto de dar vueltas hasta el alba y estaré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche*» (7,2-4).

Todo se le hace estrecho a esta alma. No cabe en sí. No cabe en el cielo ni en la tierra y se nena de dolores hasta las tinieblas que dice Job, entendido espiritualmente.

Es esta pena y padecer sin consuelo de alguna esperanza de luz y bien espiritual.

Y el ansia y la pena de esta alma en esta inflamación de amor es mayor, porque le viene de dos fuentes: de las tinieblas espirituales que la afligen con sus dudas y recelos. y del amor de Dios que la inflama y la estimula y con su herida amorosa maravillosamente la nena de temor santo.

³⁴ Concepto muy familiar a Juan Pablo II: «Al hombre, a todo hombre, a cada hombre» (*Nota del autor*)

7. Estas dos maneras de padecer señala Isaías: «*Mi alma te ansía de noche*» (26,9), es decir, en la tribulación. Es una fuente de sufrimiento. y «*Mi espíritu en mi interior madruga por ti*» (Ib), que es otra fuente de padecer con deseo y ansia de amor en las entrañas del espíritu, que son los afectos espirituales.

Pero en medio de estas penas oscuras y amorosas siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que la acompaña y le da tanto coraje que, si se le acaba este peso de dolorosa tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y débil. La razón es que como la fuerza y energía del alma era causada y comunicada pasivamente por el fuego tenebroso de amor que en ella embestía, cuando no embiste cesa la tiniebla y la fuerza y calor de amor en el alma.

CAPÍTULO 12

ESTA HORRIBLE NOCHE ES PURGATIVA. EN ELLA ILUMINA LA DIVINA
SABIDURÍA A LOS HOMBRES EN LA TIERRA CON LA MISMA ILUMINACIÓN QUE
PURIFICA E ILUMINA A LOS ÁNGELES EN EL CIELO

1. Esta noche oscura de fuego amoroso, así como a oscuras va purificando, así a oscuras va el alma inflamando.

Y de la misma manera que se purifican los espíritus en la otra vida con fuego tenebroso material, en esta vida se purifican y se limpian con fuego amoroso, tenebroso, espiritual, y aquí está la diferencia: en que allá se limpian con fuego y aquí se limpian e iluminan sólo con amor.

Este es el amor que pide David, diciendo: «*Oh Dios, crea en mí un corazón puro*» (Sal 50,12), porque la limpieza de corazón no es otra cosa que el amor y gracia de Dios, porque *los limpios de corazón* son llamados por nuestro Salvador *bienaventurados* (Mt 5,8), que es como decir *enamorados*, pues la bienaventuranza sólo se da por amor.

2. El alma se purifica siendo iluminada por este fuego de sabiduría amorosa –que nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde–. Lo demuestra Jeremías cuando dice: «*Envió fuego a mis huesos y me enseñó*» (Lam 1,13).

Y el salmista dice que *la sabiduría de Dios es plata examinada en fuego* (11,7), es decir, en fuego purgativo de amor; porque esta oscura contemplación infunde en el alma simultáneamente amor y sabiduría, a cada una según su capacidad y necesidad, iluminando al alma y purificándola de sus ignorancias, como dice el Eclesiástico que lo hizo con él (Eclo 51,25-26).

3. La misma sabiduría de Dios purifica a los ángeles de sus ignorancias, dándoles ciencia, iluminándoles en lo que desconocen. y desde Dios desciende la sabiduría a las jerarquías primeras hasta las últimas y hasta los hombres.

Esta es la razón de por qué en la Sagrada Escritura se dice que todas las obras que hacen los ángeles y sus inspiraciones las hace Dios y las hacen ellos. Porque normalmente las hace por ellos y ellos también las hacen al instante unos por otros.

Aquí ocurre como en la comunicación del rayo de sol por muchas vidrieras situadas una detrás de otra, que, aunque es verdad que el rayo pasa por todas, sin embargo cada una lo envía a la otra modificado –según la forma de aquella vidriera– algo más rápida o remisamente, según esté ella más o menos cerca del sol.

4. Esto nos hace pensar que los espíritus superiores y los inferiores, cuanto más cerca están de Dios, están más purificados e iluminados con más plena purificación, y que los últimos recibirán esta iluminación mucho más atenuada y lejana.

Luego esta contemplación amorosa de Dios la recibe el hombre que está en el último lugar muy limitada y penosamente, porque la luz de Dios que ilumina al ángel, iluminándolo y afinándolo en amor, por ser puro espíritu preparado para esa infusión, al hombre, por ser impuro y flaco, le ilumina oscureciéndole, causándole pena y dolor – como hace el sol alojo legañoso y enfermo– y le enamora con sufrimiento y aflicción, hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole hasta que, ya purificado, pueda, como los ángeles, recibir con suavidad la unión de este amoroso influjo.

Mientras tanto, recibe la contemplación y noticia amorosa con dolor y ansia de amor.

5. No está siempre el alma sintiendo esta inflamación y ansia de amor, porque cuando comienza esta purificación espiritual se ocupa más este divino fuego en secar y preparar la madera del alma, que en calentarla.

Al paso del tiempo, cuando ya este fuego va calentando al alma, siente esta inflamación y calor de amor muy a menudo.

Como la inteligencia está ya más purificada por esta tiniebla, ocurre que algunas veces esta mística y amorosa teología, a la vez que inflama la voluntad, hiera también iluminando la inteligencia con alguna noticia y luz divina tan sabrosa y sutilmente que, con su colaboración, la voluntad se enfervoriza maravillosamente. Se enciende entonces en ella el divino fuego de amor en vivas llamas. El alma ya lo cree fuego vivo a consecuencia de la viva inteligencia que se le concede. Así pudo decir el salmista: «*El corazón me ardía por dentro; pensándolo me requemaba, hasta que solté la lengua*» (38,4).

6. y esta llamarada de amor con unión de la inteligencia y de la voluntad –que ahora se unen– es motivo de gran riqueza y deleite para el alma, porque es como un contacto con la Divinidad y comienzo ya de la perfección de la unión de amor que espera.

Pero a este contacto de tan sublime experiencia y amor de Dios no se llega sino después de muchos trabajos y de gran parte de la purificación. Mas para otros contactos menos elevados y más frecuentes no es necesaria tanta purificación.

7. En estos bienes espirituales que pasivamente infunde Dios en el alma puede muy bien amar la voluntad sin que entienda la inteligencia.

También la inteligencia puede entender sin que la voluntad ame. Porque esta noche oscura de contemplación con esta luz divina y amor tiene, como el fuego, luz y calor.

No hay ningún inconveniente en que al comunicarse la luz amorosa hiera a veces más la voluntad, inflamándola con el amor, dejando la inteligencia a oscuras sin herirla con la luz.

Y que otras, iluminando la inteligencia con la luz, pueda dejar seca la voluntad.

Es lo mismo que puede ocurrir en lo material: recibir el calor del fuego sin ver su luz. O ver la luz sin recibir el calor.

Cuánto más lo podrá hacer el Señor, que infunde como quiere.

CAPÍTULO 13

OTROS SABROSOS EFECTOS QUE OBRA EN EL ALMA ESTA OSCURA NOCHE DE CONTEMPLACIÓN

1. Algunos de los sabrosos efectos que obra en el alma esta *oscura noche* de contemplación: algunas veces en medio de estas oscuridades es iluminada el alma, y brilla la luz en las tinieblas (Jn 1,5), llegando a la inteligencia esta sabiduría mística, mientras la voluntad se queda seca, es decir, sin unión actual de amor, con una serenidad y sencillez tan sutil y deleitable al sentido del alma, que resulta incalificable, experimentando a Dios de diversas maneras.

2. Algunas veces hiere simultáneamente la voluntad, y la enamora intensamente, tiernamente, poderosamente. Ya hemos dicho que a veces cuando la inteligencia está más purificada se unen las dos potencias. La perfección y calidad de esta unión está en proporción a la purificación.

Pero antes de esta simultaneidad es más normal que sienta la voluntad el golpe de la inflamación más pronto que la inteligencia el golpe de la luz.

3. ¿Por qué es primero la voluntad la que recibe el golpe antes que la inteligencia, siendo que ambas están sufriendo la purificación?

Este amor pasivo no hiere directamente en la voluntad, porque la voluntad es libre y esta inflamación de amor es más pasión de amor que acto libre de la voluntad. Hiere este calor de amor en la sustancia del alma y es así como mueve pasivamente los afectos.

Y así, esta herida mejor se llama pasión de amor que acto libre de la voluntad, que en tanto se llama acto de la voluntad en cuanto es libre.

Pero porque estas pasiones y afectos se resumen en la voluntad, por eso se dice que, si el alma está apasionada con algún afecto, lo está la voluntad.

Y esto porque así queda cautiva la voluntad y pierde su libertad, de manera que podemos decir que el ímpetu y la fuerza de la pasión arrastran la voluntad. y por eso podemos decir que esta inflamación de amor está en la voluntad, es decir, inflama el apetito de la voluntad. y así ésta mejor se llama pasión de amor que obra libre de la voluntad.

Y porque la pasión receptiva de la inteligencia sólo puede recibir la luz desnuda y pasivamente, y esto no lo puede hacer antes de estar purificada, por eso, antes de que lo esté, el alma siente menos veces el toque de inteligencia que el de la pasión de amor; porque para esto no es necesario que la voluntad esté tan purificada de las pasiones, que aun las pasiones la ayudan a sentir amor apasionado.

4. Esta llamarada y sed de amor, por ser ya ahora del espíritu, es muy diferente de la otra que dijimos en la *noche del sentido*, porque, aunque aquí el sentido también tiene su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y la fuerza de la sed de amor se experimenta en la parte superior del alma, es decir, en el espíritu.

En el espíritu siente y entiende de tal manera lo que siente y la falta que le hace lo que desea, que todo el penar del sentido –aunque es mayor sin comparación que en la *noche sensitiva*– no le parece nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que ve que con nada se puede medir.

5. Al principio, cuando comienza esta *noche espiritual*, no se siente esta llamarada de amor, porque aún no ha comenzado a encenderse este fuego de amor.

Pero en lugar de esto concede Dios al alma un enorme amor apreciativo de Dios. Esto es causa de que el mayor sufrimiento de todos los que padece en esta *noche* es el ansia de pensar si ha perdido a Dios o si Ella ha abandonado.

En resumen, que desde que comienza esta *noche* está el alma tocada con ansias de amor, o apreciativo o de llamarada.

Y el padecimiento mayor que siente en estos trabajos es el recelo de si ha perdido a Dios, porque si entonces pudiese estar segura de que no está todo perdido o acabado, sino que lo que padece es mejor (como lo es) y que Dios no está enojado, no le importaría todas aquellas penas; más bien se gozaría sabiendo que en aquello se glorifica Dios.

Porque es tan grande el amor apreciativo que tiene a Dios, aunque a oscuras, sin sentirlo el alma, que no sólo se gozaría en todo ese padecer, sino que se alegraría de morir muchas veces por darle gusto.

Pero cuando ya la llama ha inflamado al alma, además de la estima que ya tiene de Dios, cobra tal fuerza y brío y ansia de Dios al comunicársele el calor, que con grande osadía, sin miramientos ni respetos humanos, llevada por la fuerza y embriaguez de amor y deseo, sin mirar lo que hace, haría cosas extrañas y fuera de lo normal por poder conseguir al que ama su alma.

6. Como a María Magdalena, a pesar del amor propio que tenía, no le importó la muchedumbre de hombres notables y plebeyos del banquete, ni reparó en que no estaba bien, ni le juzgarían bien, para ir a llorar y derramar lágrimas ante los convidados (Lc 7,37-38), a cambio de poder llegar a Aquel de quien su alma ya estaba herida y en llama viva, sin demorar una hora, ni esperar otro tiempo u otra oportunidad.

Y ésta es la embriaguez y osadía de amor que, aun sabiendo que su Amado estaba encerrado en el sepulcro con una gran piedra sellada y que lo custodiaban rodeado de soldados para que no lo robasen sus discípulos (Mt 27,60-66), nada de esto la detuvo en ir a ungirle antes de amanecer (Jn 20,1).

7. Y, por último, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar, al que creyó que era el hortelano y lo había robado del sepulcro, que si él se lo había llevado le dijese dónde lo había puesto para recogerlo ella (Ib 20,15).

No reparó en que esa pregunta era un disparate, pues si él lo había robado, no se lo iba a decir ni menos se lo iba a dejar coger.

Pero es lo propio de la fuerza y vehemencia del amor, que todo lo cree posible y piensa que todos piensan como él, porque cree que no hay otra cosa en que nadie se deba ocupar ni buscar, sino en quien ella busca ya quien ella ama.

Cree que no existe otra cosa que querer ni en qué ocuparse más que en aquello, y que todos piensan en aquello.

Por eso cuando la Esposa salió a buscar a su Amado por las calles y las plazas, pensando que los demás iban a lo mismo, les dijo que si lo encontraban ellos le dijesen que ella estaba enferma de amor (Cant 5,8).

Tal era la fuerza del amor de esta María, que creyó que si el hortelano le hubiera dicho dónde lo había escondido hubiera ido ella y lo hubiera cogido, por mucho que se lo hubieran impedido.

8. Así son, pues, las ansias de amor que va sintiendo esta alma, cuando ya ha progresado en esta purificación espiritual.

Empujada por el afecto se levanta de noche y, herida, va buscando a Dios con las ansias y las fuerzas con que la leona o la osa va a buscar sus cachorros cuando se los han quitado y no los encuentra. Porque como está en tinieblas, se siente sin El, cuando está muriendo de amor por El.

Y éste es el amor impaciente, tanto, que el hombre no puede vivir en esta situación mucho tiempo sin recibir lo que desea o sin morir. Es el amor de Raquel por los hijos que forzó a decirle a Jacob: «*O me das hijos o me muero*» (Gén 30,1).

9. Causa admiración que, sintiéndose el alma tan miserable y tan indigna de Dios como se ve en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para desear unirse a Dios.

Y es que el amor le va dando fuerzas para amar de veras y lo propio del amor es querer unirse y juntarse, igualarse y asemejarse, a la cosa amada para perfeccionarse en el bien del amor. Como el alma no ha alcanzado la perfección del amor por no haber conseguido la unión, el hambre y sed que tiene de lo que le falta –que es la unión y las fuerzas con que el amor le hace desear apasionadamente–, le hacen ser osada y atrevida por la inflamación de su voluntad. Aunque con la inteligencia, porque está a oscuras y no iluminada, se siente indigna y se conoce miserable.

10. Si esta luz divina siempre es luz para el alma, ¿por qué no causa luz en seguida que la embiste, como lo hace después, sino que produce tinieblas y dolor?

Las tinieblas y amarguras que el alma siente cuando la divina luz embiste no provienen de la luz, sino de la misma alma. y la luz la ilumina para que las vea.

Por tanto, sí que ilumina en seguida esta divina luz, pero con ella el alma sólo puede ver lo que hay en su interior, que son sus tinieblas y miserias, que por la misericordia de Dios ahora ve. y antes no veía porque no daba en ella esta luz sobrenatural.

Y ésta es la razón por la que al principio no siente más que tinieblas y sufrimiento. Pero después de purificada por el conocimiento y experiencia de sus tinieblas y miserias tendrá ojos para que esta luz le enseñe los bienes de la luz divina.

Cuando estas tinieblas e imperfecciones han desaparecido del alma. parece que ya van asomando los grandes provechos y bienes que el alma va consiguiendo en esta dichosa noche de contemplación.

11. Ved qué regalo hace Dios al alma, limpiándola y curándola con esta fuerte lejía y amarga purga, en la parte sensitiva y en la espiritual, de todos sus afectos desordenados y hábitos imperfectos mundanos, naturales, sensitivos, especulativos y espirituales, oscureciéndole las potencias interiores y vaciándolas, y depurando y extinguiendo los afectos sensitivos y espirituales y disminuyendo y atenuando las fuerzas naturales del alma.

Tanto mayor regalo cuanto que el alma jamás hubiera podido conseguir por sí misma desfallecer y desnudarse de todo lo que no es Dios, para vestirse de nuevo, desnudada y desollada de su antiguo pellejo, *como un águila que renueva su juventud* (Sal 102,5) y quedando revestida del hombre nuevo creado a imagen de Dios (Ef 4,24).

Esto es iluminarle la inteligencia con la luz Sobrenatural, hasta el punto de que la inteligencia humana se haga divina unida con la divina.

Y lo mismo con la voluntad. Transformarla en amor divino, para que llegue a ser voluntad divina, que ama divinamente, hecha una misma unidad con la divina voluntad y amor.

Y lo mismo con la memoria, y los afectos y apetitos todos transformados y cambiados divinamente en Dios.

Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial y más divina que humana.

Y esto lo hace Dios y lo logra por medio de esta *noche* iluminando al alma e inflamándola divinamente con ansias de sólo Dios, y de nada más.

Por esto muy justa y lógicamente añade el alma el tercer verso de la canción:

¡Oh dichosa ventura!

CAPÍTULO 14

EXPLICACIÓN DE LOS TRES ÚLTIMOS VERSOS DE LA PRIMERA CANCIÓN

*¡Oh dichosa ventura!
sali sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.*

1. La *dichosa ventura* hace referencia a *sali sin ser notada, estando ya mi casa sosegada*. y lo dice del que, para liberarse con menos dificultad, sale de su casa de noche a oscuras, sosegados ya los de su casa, para que nadie se lo impida.

El Amado está solo y fuera en la soledad; por eso la esposa deseaba encontrarlo solo: «*¿Quién me diese, hermano mío, que te encontrase yo solo afuera y se comunicase contigo mi amor?*» (Cant 8,1).

Para poder el alma realizar una empresa tan heroica y singular como es unirse con su Amado divino afuera, era necesario que el alma saliese de noche, dormidos y sosegados todos los criados de su casa, es decir, todas las operaciones inferiores y pasiones y apetitos de su alma, que son la gente de su casa, dormidos y extinguidos por medio de esta *noche*, pues si estuvieran despiertos, impedirían que el alma gozase de estos bienes, porque son enemigos de que el alma los goce con libertad.

Porque éstos son los *domésticos* que Jesús dice que son los *enemigos del hombre* (Mt 10,36).

Y por eso era necesario que los actos de los apetitos y sus movimientos estuviesen dormidos en esta *noche*, para no impedir al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, lo cual no puede suceder mientras están vivos y actuando, pues su acción y movimiento natural, más que ayudar, dificultan recibir los bienes espirituales de la unión de amor, porque la posibilidad natural de recibir los bienes sobrenaturales se queda corta para poderlos recibir.

Pues sólo la acción de Dios puede infundir estos bienes en el alma pasiva y secretamente y en silencio.

Es, por tanto, necesario que todas las potencias guarden silencio y estén pasivas para recibir este bien, sin atreverse a meter su acción baja e inclinación vil.

2. *Dichosa ventura* fue para el alma que Dios en esta *noche* le durmiese toda la gente doméstica de su casa, es decir, potencias, pasiones, afectos y apetitos que viven en el alma sensitiva y espiritualmente, para que ella, *sin ser notada*, es decir, sin que lo impidieran estos afectos desordenados, llegase a la unión espiritual de perfecto amor de

Dios. Para esto los dejaron dormidos y mortificados en esta *noche*, cuando los dejaron a oscuras para que no pudiesen notar ni sentir a su bajo estilo natural e impidiesen con ello al alma salir de sí y de la casa de su sensualidad.

3. ¡Oh qué dichosa ventura es poder el alma liberarse de la casa de la sensualidad! Esto sólo lo puede comprender bien el alma que lo ha saboreado.

Ella es la que puede darse cuenta de la esclavitud a que estaba sometida. Ella ha experimentado lo sujeta que estaba a tantas miserias cuando lo estaba a la acción de sus potencias y apetitos.

Ella es la que puede comprender que la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza. Que trae consigo bienes inestimables. De ellos iremos hablando en las siguientes canciones, en que se verá más claro cuánta razón tiene el alma de cantar como dichosa ventura el paso de esta horrenda *noche*.

CAPÍTULO 15

CANCIÓN SEGUNDA

*A oscuras y segura
por la secreta escala, disfrazada.
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada.
estando ya mi casa sosegada.*

Declaración

I. Aún va el alma cantando en esta canción algunas características de la oscuridad de esta *noche*, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas.

Y las canta para que no se crea que, por haber pasado en esta *noche* y oscuridad por tanta tormenta de angustias, dudas, recelos y horrores, corría por eso más peligro de perderse, antes al contrario, en la oscuridad de esta *noche* se ganó; porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que siempre le interceptaban el paso, porque en la oscuridad de la *noche* llevaba el traje cambiado, y *disfrazada* con tres trajes y colores que después voy a explicar.

También iba por una *escala* muy *secreta*, que nadie de casa conocía, que es la viva fe. Por ella subió tan encubierta y *en celada*, para poder realizar su fuga, que no podía dejar de ir muy *segura*. sobre todo estando ya en esta' *noche* purgativa los apetitos, afectos desordenados y pasiones, etc., de su alma dormidos, mortificados y extinguidos. Son los mismos que, cuando estaban despiertos y vivos, no le consintieron salir.

Sigue el verso y dice:

A oscuras y segura.

CAPÍTULO 16

AL IR EL ALMA A OSCURAS VA SEGURA

1. Esta *oscuridad* es de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, porque en esta *noche* se oscurecen todos en su luz natural, para que purificándose en ella puedan ser iluminados con la luz sobrenatural. Porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados, sin que puedan gustar de nada divino ni humano.

Tiene el alma los afectos oprimidos y apretados sin poderlos poner en nada y sin encontrar consuelo en nada. Atada la imaginación sin poder tener ni un pensamiento bueno. Perdida la memoria. Oscurecida la inteligencia, sin poder comprender nada, y la voluntad seca y afligida y todas las potencias vacías e inútiles. Y, aparte de esto, una espesa y pesada nube sobre el alma que la tiene angustiada y alejada de Dios. y así, *a oscuras*, es como el alma dice que iba *segura*.

2. y la razón está bien clara. Porque el alma nunca se equivoca más que por sus apetencias, sus gustos, sus razonamientos o en lo que ella entiende 0 en lo que pone su afecto. Porque unas veces se excede; otras, falta, o cambia o desatina, o se da y se inclina a lo que no le conviene.

Por eso, impidiadas todas estas acciones y movimientos, está segura el alma de no equivocarse, pues no solamente se libera de sí misma, sino también de los otros enemigos, mundo y demonio, que no la pueden hostigar por otra parte ni de otra forma, una vez extinguidos los afectos del alma.

3. De esto se deduce que el alma camina más segura cuando va más a oscuras y vacía de sus operaciones naturales, porque, como dice Oseas, «*al alma le viene la perdición sólo de sí misma* –es decir, de sus sentidos y apetitos interiores y sensitivos–, y el bien, dice Dios, *solamente de mí*» (Os 13,9).

Por tanto, extinguida la fuente de los males del alma en esta situación en que se encuentra, sólo debe esperar ya que le lleguen los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y potencias, que las convertirán en divinas y celestiales.

Por eso cuando ciegan estas tinieblas, si el alma observa, se dará cuenta de lo poco que se le distrae el apetito y las potencias a cosas inútiles y dañosas, y lo libre que está de vanagloria, soberbia y presunción vana y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego no sólo no va descaminada por ir a oscuras, sino que va muy directa, porque ésta es la hora de ganar virtudes.

4. Pero si las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y la preservan del mal, ¿por qué en esta *noche* le oscurece Dios los apetitos y potencias incluso en las cosas buenas, hasta el punto de que no pueda gozar de ellas, ni siquiera ocuparse de ellas, como si fueran mundanas, e incluso más que si lo fueran? Porque es necesario que no quede ni operación ni gusto de las cosas espirituales, pues, al tener las potencias y apetitos impuros, superficiales y muy naturales, aunque reciban el sabor y la comunicación de las cosas sobrenaturales y divinas, sólo lo podrían recibir a su manera, que sería muy superficial y natural. Porque, según Aristóteles, lo que se recibe está en el recipiente al modo del mismo.

Por eso, como estas potencias naturales no tienen pureza, ni fuerza, ni consistencia para poder recibir y gustar las cosas sobrenaturales, al modo de ellas, que es divino, sino sólo al suyo, que es humano e inferior, es necesario que queden a oscuras

también en lo divino, para que, destetadas y purificadas y aniquiladas en ello, pierdan su pobre y humano modo de recibir y obrar y queden de esta manera dispuestas ya punto para poder recibir, sentir y gustar lo divino y sobrenatural elevada y excelsamente. y esto no puede suceder si antes no muere el hombre 'viejo' (Col 3,9).

5. Lo espiritual si no viene de arriba comunicado por el *Padre de los astros* (Sant 1,17) a la voluntad y al apetito humano, por mucho que se emplee el gusto y potencias del hombre en Dios y por mucho que crean que gustan los bienes de Dios, no los gustan divina y espiritualmente, sino humana y naturalmente, igual que gustan las otras cosas, porque los bienes no van del hombre a Dios, sino de Dios al hombre.

Si ahora fuera oportuno, podríamos decir que hay muchas personas que tienen muchos gustos y afectos y operaciones de sus potencias en Dios o en cosas espirituales que quizás piensan que aquello es sobrenatural y espiritual, y tal vez no son más que actos y apetitos naturales y humanos que, igual que los tienen de las otras cosas, los tienen, también naturales, de las cosas espirituales, por cierta facilidad natural que tienen para motivar el apetito y potencias y cualquier cosa.

6. Si tenemos ocasión más adelante, estudiaremos esto, y diremos los signos por los que se puede conocer cuándo los movimientos y actos interiores del alma en el trato con Dios sólo son naturales, y cuándo son sólo espirituales y cuándo son a la vez espirituales y naturales.

Baste ahora decir que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan llegar a ser movidos divinamente por Dios, antes han de ser oscurecidos y adormecidos y sosegados naturalmente en toda su posibilidad y operación para que mueran.

7. ¡Oh, pues, alma espiritual! , cuando veas que tu apetito se oscurece y que tus afectos quedan secos y angustiados, y que tus potencias se incapacitan para cualquier ejercicio interior, no te aflijas por eso; al revés, felicitate por ello, pues Dios te va librando de ti misma, quitándote de las manos las potencias. Porque por mucho y muy bien que éstas trabajasen no llegarían a obrar tan cabal, perfecta y seguramente, a consecuencia de su impureza y torpeza, como ahora, que, tomando Dios tu mano, te guía a oscuras como ciego a donde y por donde tú no sabes, ni jamás acertarías a caminar con tus ojos y pies, por acertados que estuvieran.

8. El alma no sólo va *segura* caminando así *a oscuras*, sino que va ganando más y progresando más, porque el alma mejora y aprovecha por donde ella menos entiende.

Ella, por el contrario, cree que se está perdiendo, porque, como ella no ha experimentado esta nueva situación que la saca y desorienta y desatina de su anterior modo de actuar, no cree que acierta y gana, sino al contrario, que va perdiendo, porque pierde lo que ya sabía y gustaba y ahora se ve sumida en lo que no sabe ni gusta.

Es como el explorador que, para ir a tierras desconocidas, va por caminos desconocidos y no experimentados, y no se orienta por lo que ya conocía, sino que duda y pregunta. y no podría llegar a nuevas tierras ni llegar a conocer más de lo que sabía, si no caminara por caminos nuevos y desconocidos, habiendo dejado los que ya conocía.

Lo mismo sucede al que va conociendo más pormenores de un oficio, que siempre va a oscuras, no guiado por su saber primero, porque si no deja ése, nunca aprendería más ni progresaría.

Lo mismo el alma cuando más va progresando, va a oscuras y no sabiendo.

y como es Dios el maestro y el guía del ciego del alma, con toda verdad, cuando ella lo ha comprendido así, puede alegrarse y decir: *a oscuras y segura*.

9. Además, el alma va segura en estas tinieblas porque en ellas padece y el camino del padecer es más seguro y más provechoso que el de gozar y hacer, porque en el padecer recibe fuerzas de Dios y en hacer y gozar pone en marcha el alma su debilidad e imperfección. y cuando se sufre se ejercitan y se ganan las virtudes y se purifica el alma y se hace más sabia y cauta.

10. Pero, por sobre todo, va el alma segura a oscuras, porque esta luz o sabiduría oscura de contemplación la absorbe y la embebe y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y la libra de todo lo que no es Dios.

Aquí pone Dios al alma en cura para que consiga su salud, que es el mismo Dios, y por eso la tiene a dieta y en abstinencia de todas las cosas, que llegan a darle verdaderas náuseas. Dios cuida al alma como al enfermo amado le guardan dentro de casa y no dejan que le toque ni el aire ni que vea la luz ni que sienta los pasos ni el rumor de los de casa y le dan comida muy delicada y muy tasada y de sustancia más que de sabor.

11. La contemplación oscura produce en el alma todas estas cualidades que la fortifican y defienden porque la conduce más cerca de Dios.

Porque cuanto el alma más se acerca a Dios, siente, por su debilidad, más oscuras tinieblas y más profunda oscuridad. El gran resplandor del sol causará más tinieblas y dolor a quien esté más cerca del sol por la debilidad e impureza de sus ojos.

Tan inmensa es la luz espiritual de Dios y tanto desborda la inteligencia natural, que cuando se aproxima a El más, le ciega y oscurece. Por esto dice el Salmo 17,12 que Dios «*volaba envuelto en un manto de oscuridad; como un toldo lo rodeaban oscuro aguacero y nubes espesas*». Este oscuro aguacero y nubes espesas es la oscura contemplación y Sabiduría divina en las almas. y cuando Dios va uniendo más a sí a las almas van sintiendo esta oscuridad como algo que está cerca de El y como *tabernáculo* donde El mora.

Y así, lo que en Dios es luz y más excelsa claridad es para el hombre más oscura tiniebla, como dice san Pablo (1 Cor 2,14) y el mismo Salmo 17,13: «*al fulgor de su presencia, las nubes se deshicieron en granizo y centellas*», para la inteligencia natural, cuya luz se trueca «*en espesas tinieblas, nubarrones oscurecen la luz*» (Is 5,30).

12. ¡Oh vida miserable, ésta que se vive con tanto peligro y en la que con tanta dificultad se conoce la verdad! , pues lo más claro y verdadero nos resulta más oscuro y dudoso, y por eso huimos de ello, siendo que es lo que más nos conviene; y lo que más brilla y encanta nuestros ojos lo abrazamos y vamos detrás de ello, siendo que es lo que nos acarrea peores consecuencias y lo que nos hace caer de bruces a cada paso.

¡En cuánto peligro y temor vive el hombre, pues . la misma luz natural de sus ojos que le ha de guiar es la primera que le encandila y engaña para ir a Dios y que, para atinar el camino, es necesario que lleve los ojos cerrados e ir a oscuras para ir seguro de los enemigos domésticos de su casa (Mt 10,36), que son sus sentidos y potencias!

13. Bien está, pues, el alma aquí *escondida*, y amparada aquí, en esta agua tenebrosa, que está cerca de Dios, porque así como al mismo Dios le sirve de tabernáculo y morada, le servirá también al alma y de amparo perfecto y seguridad

(aunque en tinieblas) en que está escondida y amparada de sí misma y de todos los daños de criaturas.

De quienes así están escondidos dice el Salmo: «*En tu asilo personal los escondes de las conjuras humanas, los ocultas en tu tienda frente a las lenguas pendencieras*» (30,21). Es todo género de amparo el que aquí se significa, porque *esconderlos en tu asilo personal de las conjuras humanas* es fortalecerlos en esta oscura contemplación contra todos los peligros que les pueden sobrevenir de los hombres.

Y ocultarlos en tu tienda frente a las lenguas pendencieras es estar el alma engolfada en el *oscuro aguacero*, que es el *tabernáculo* de David, *donde* el alma está libre de todas las imperfecciones que atentan contra el espíritu, de su carne y de las otras criaturas, porque ya tiene los apetitos y afectos destetados y oscurecidas las potencias. Por eso esta alma puede decir con toda razón que va *a oscuras y segura*.

14. Que esta alma va *segura a oscuras* se nota también por la fortaleza que este oscuro, doloroso y tenebroso aguacero de Dios imprime en el alma, y es que, aunque es tenebroso, es agua que no deja de nutrir y fortalecer al alma en lo que más le conviene, aunque a oscuras y dolorosamente. En realidad, el alma comprueba que tiene una verdadera determinación y eficacia de no ofender a Dios y de cumplir su voluntad. Aquel amor oscuro le infunde una muy diligente preocupación e inquietud interior por ver qué hará para darle gusto y examinando mil veces si en algo le ha ofendido.

Y con mayor cuidado y preocupación que antes, por las ansias de amor, pues aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma están alejadas de las otras cosas y concentran toda su energía en la entrega a su Dios.

Así es como sale el alma de sí misma y de todo lo criado a la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, *a oscuras y segura*.

por la secreta escala," disfrazada.

CAPÍTULO 17

SEGUNDO VERSO. CÓMO LA OSCURA CONTEMPLACIÓN ES SECRETA.

I. Tanto la palabra *secreta* como *escala* se refieren a la *noche oscura* de contemplación. La palabra *disfrazada* nos habla de la forma en que el alma pasa *esta noche*, y las llama *secreta* y *escala* porque esta contemplación que la va conduciendo a la unión de amor es *secreta* y es *escala*. .

2. Llama *secreta* a esta contemplación tenebrosa porque ésta es la teología mística, que los teólogos llaman sabiduría secreta, que, como dice santo Tomás, se comunica y se infunde en el alma por amor. y esto ocurre secretamente a oscuras de la acción de la inteligencia y de las otras potencias.

Se llama secreta porque estas potencias no la ven, pues es el Espíritu Santo quien la infunde y ordena en el alma –como dice la Esposa en los Cantares (2,4)– sin que ella lo sepa ni lo entienda.

Ni el alma la entiende, ni nadie, ni el mismo demonio, porque el Maestro que la enseña está dentro del alma sustancialmente, y ahí no puede llegar el demonio, ni los sentidos, ni la inteligencia.

3. También se llama *secreta* por los efectos que produce en el alma. El alma no puede decir nada de esta sabiduría de amor cuando la purifica en las tinieblas y sufrimientos de la purificación. Pero también después, en la iluminación, cuando ya se le Comunica esta Sabiduría con toda claridad, sigue siendo secreta para el alma y no la puede decir. Ni tiene ganas de decirla, ni encuentra manera ni símbolo parecido y apropiado que pueda significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado.

Y por muchas ganas que tuviera de decirlo y por muchas comparaciones que encontrara, siempre se quedaría secreto y por decir. Porque esta sabiduría interior es tan sencilla y general y espiritual, que no entró en la inteligencia vestida con alguna imagen o pensamiento sensible al sentido. Por eso los sentidos y la imaginación, como no vieron su traje y color porque no entró por ellos, no saben decir cómo es ni pueden imaginarla para poder describirla.

El alma ve con toda claridad que entiende y gusta aquella sabrosa y extraña sabiduría, pero, como el que ve una cosa que nunca vio y que no se parece a nada, aunque la entienda y la guste, no la sabe definir ni sabe decir lo que es, por mucho que se esfuerce, y esto después de haberlo visto por los sentidos, ¡cuánto menos se podrá definir lo que no entró por ellos!

Porque esto tiene el lenguaje de Dios, que, por ser muy íntimo al alma y espiritual, en que desborda todo sentido, hace enmudecer toda la armonía y locuacidad de los sentidos exteriores e interiores.

4. De todo esto tenemos testimonios en la Escritura. Jeremías manifestó la imposibilidad de hablar después de que Dios habló con él: «*Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar*» (1,6).

Moisés expresó su encogimiento delante de Dios en la zarza (Ex 4,10), cuando le dijo a Dios que después que hablaba con El no sabía ni acertaba a hablar. y aún más: en los Hechos se dice que ni con la imaginación se atrevía a considerar, pues le parecía que la imaginación estaba muy lejos y muda, no sólo para imaginar algo de lo que veía de Dios, pero ni siquiera para poder recibir algo de lo que estaba viendo.

Como la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu a espíritu puro, todo lo que es inferior al espíritu, como lo son los sentidos, no lo perciben, y por eso para ellos es secreto y no lo saben ni lo pueden decir, ni tienen gana de decirlo porque no ven cómo lo dirán.

5. Así se comprende que algunas personas que van por este camino que, porque son buenas y sumisas, quisieran dar cuenta al director de lo que les pasa y ni saben ni pueden. Y por eso tienen gran repugnancia en manifestarlo. Ocurre esto sobre todo cuando la contemplación es muy sencilla, que casi ni el alma la siente, y entonces sólo saben decir que el alma está satisfecha y quieta y contenta, o decir que sienten a Dios y que les parece que les va bien. Pero no puede decir lo que tiene, ni la sacarán más que palabras generales semejantes a éstas.

Caso distinto es cuando las cosas que al alma le ocurren son extraordinarias, como visiones, sentimientos' etc., porque como en éstos participa el sentido, se pueden decir.

Pero este poderlo decir ya no es en función de pura contemplación, porque ésta es indecible, y por eso se llama secreta.

6. y no sólo por eso se llama y es secreta, sino también porque esta sabiduría mística esconde al alma en sí. Algunas veces de tal manera absorbe al alma y la hunde en su abismo secreto, que el alma se da cuenta de que está como muy lejos y remotísima

de toda criatura. Le parece que la colocan en una profundísima y anchísima soledad a donde no puede llegar ningún hombre. Se ve como en un inmenso desierto interminable, tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuando se ve elevada por encima de toda criatura temporal.

Y tanto eleva entonces y engrandece al alma este abismo de sabiduría, metiéndola en las venas de la ciencia del amor, que le hace conocer lo pobres que quedan todas las criaturas comparadas con este supremo saber y sentir divino. y comprueba también qué insulsas y cortas e inadecuadas resultan todas las palabras y expresiones con que se expresan en esta vida las cosas divinas.

Comprende que es imposible de manera natural, por muy alta y sabiamente que se hable de ellas, poder conocer ni sentir lo que ellas son, sin la iluminación de esta mística teología. Y por eso el alma, intuyendo en su iluminación la verdad de que no se puede conseguir ni mucho menos expresar esta sabiduría de amor con palabras vulgares y humanas, con toda propiedad la llama *secreta*.

7. Esta divina contemplación es además *secreta*, y por encima de la capacidad natural, no sólo porque es cosa sobrenatural, sino también porque es camino que conduce al alma a las perfecciones de la unión con Dios, que, como son cosas no conocidas humanamente, hay que caminar hacia ellas humanamente no sabiendo y divinamente ignorando; porque en lenguaje místico las cosas y perfecciones divinas no se conocen ni se entienden como son cuando se van buscando y ejercitando, sino cuando se han encontrado y ejercitado. Lo dice el Profeta Baruc: «*Nadie conoce su camino ni puede rastrear sus sendas*» (3,31).

También el profeta real, hablando con Dios, dice de este camino del alma: «*Los relámpagos deslumbran el orbe, la tierra retembló estremecida: tú te abriste camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas, y no quedaba rastro de tus huellas*» (Sal 76,19-20).

8. En sentido espiritual los *relámpagos que deslumbran el orbe* son la iluminación que hace la divina contemplación en las potencias del alma. *Retemblar estremecida la tierra* es la purificación dolorosa del alma. *Abrirse camino por las aguas, un vado por las aguas caudalosas y no quedar rastro de las huellas* es la imagen del camino por donde el alma va a Dios, que es tan secreto y oculto para el sentido del alma, como lo es para el del cuerpo el camino del mar de cuyas huellas no queda rastro.

No dejar rastro es la característica de los pasos y pisadas que Dios da en las almas a las que quiere unir consigo, engrandeciéndolas en la unión de su Sabiduría.

Y Job lo confirma con estas palabras: «*¿Sabes del equilibrio de las nubes, maravilla de sabiduría consumada?*» (37,16), refiriéndose al equilibrado camino por donde Dios va engrandeciendo y perfeccionando a las almas en su Sabiduría. Las almas están figuradas en las nubes. Luego la contemplación que conduce al alma a Dios es sabiduría *secreta*.

CAPÍTULO 18

ESTA SABIDURÍA SECRETA ES TAMBIÉN ESCALA

1. Existen muchas razones para llamar *escala* a esta secreta contemplación. Porque igual que con la escala se sube y se escalan los bienes y tesoros y cosas que hay en los palacios, así también por esta secreta contemplación, sin saberse cómo, sube el alma a escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo. Así lo expresa el

salmista: «*Dichosos los que encuentran en ti su fuerza y la esperanza de su corazón. Cuando atraviesan el Valle Árido, beben de manantiales; la lluvia temprana lo cubre de albercas. Caminan de refugio en refugio hasta ver a Dios en Sión*» (83,6-8), que es el palacio de Sión, o sea la bienaventuranza.

2. Se llama también *escala* porque, como la escala los mismos pasos que tiene para subir los tiene para bajar, igual esta secreta contemplación. Las mismas comunicaciones que infunde en el alma que la elevan a Dios, la humillan a ella.

Porque las comunicaciones que de verdad son de Dios tienen esta señal que a la vez elevan al alma y la humillan. Porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar, pues el «*que se humilla es ensalzado, y el que se ensalza es humillado*» (Lc 14,11).

Y además de que la humildad es grandeza para ejercitar al alma en ella, Dios suele hacerla subir por esta *escala* para que baje, y hacerla bajar para que suba; para que así se realice lo que dice el Sabio: «*Antes que el alma sea ensalzada es humillada, y antes que sea humillada es ensalzada*» (Prov 18,12).

3. Si el alma toma conciencia comprobará que en este camino –aparte de lo espiritual que no se entiende– se sufren altibajos, y que después de la prosperidad que goza, llega alguna tempestad y trabajo –de tal manera que parece que le dieron aquella bonanza para prevenirla e infundirle ánimo para la siguiente penuria–, y que después de la miseria y tormenta llega la abundancia y la bonanza. Hasta cree el alma que para hacerle aquella fiesta la pusieron antes en aquella vigilia.

Y éste es el estilo y suerte normal del estado de contemplación hasta que llegue la quietud. Nunca permanece en una situación, sino que todo es subir y bajar.

4. y esto es así porque el estado de contemplación, que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí solo, se da en la conjunción de ambos conocimientos: de Dios y de sí mismo, y es necesario que el alma reciba el uno y sufra el otro. Le dan a gustar el conocimiento de Dios y la engrandecen. Le hacen saborear su miseria y la humillan.

Hasta que, adquirido el hábito perfecto y acabado ya el subir y el bajar, llegue a la unión con Dios, que está en lo último de esta escala en que el alma está apoyada y estribada.

Porque esta escala de contemplación que tiene su origen en Dios está figurada en aquella escala que vio Jacob durmiendo, por la que subían y descendían ángeles de Dios al hombre y del hombre a Dios, que estaba en pie en lo alto (Gén 28,12).

Todo esto sucedió *de noche* y estando Jacob *durmiendo* para significar cuán secreto y diferente del saber del hombre es este camino y subida hacia Dios.

Y así ocurre que el hombre cree que lo más provechoso, que es ir perdiéndose y aniquilándose a sí mismo, es lo peor, y cree que es mejor lo que menos vale, que es encontrar su consuelo y gusto, en que por lo general más pierde que gana si a ello se acostumbra.

5. Pero hablando ahora más a fondo de esta escala de contemplación secreta, diremos que la característica especial por la que se llama escala es porque la contemplación es ciencia de amor, que es noticia infusa de Dios amorosa, que ilumina y enamora a la vez al alma, elevándola de grado en grado hasta Dios, su Creador; porque sólo el amor es el que une al alma con Dios.

Para que esto quede más claro, analizaremos los grados de esta escala divina, señalando sucintamente los signos y efectos de cada uno, para que el alma pueda tener una idea de dónde se encuentra.

Los distinguiremos por sus efectos, siguiendo a san Bernardo ya santo Tomás. Porque la inteligencia humana no los puede conocer en sí, pues esta *escala* de amor es tan secreta que sólo Dios es quien la mide y conoce.

CAPÍTULO 19

ANÁLISIS DE LOS CINCO PRIMEROS GRADOS DE LA ESCALA MÍSTICA DE AMOR DIVINO, SEGÚN SAN BERNARDO Y SANTO TOMÁS

1. Diez son los grados de esta escala de amor por la que el alma va subiendo a Dios.

El primero hace *enfermar* al alma *provechosamente*. De éste habla la Esposa: «*Muchachas de Jerusalén, os conjuro que si encontráis a mi Amado le digáis... ¿qué le diréis? que estoy enferma de amor*» (Cant 5,8).

Pero esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios (Jn 11,44), porque en ella muere el alma al pecado ya todas las cosas que no son de Dios por el mismo Dios. como lo afirma el salmista: «*Desfalleció mi alma*», es decir, a todas las cosas por tu gloria (142,7).

Igual que el enfermo pierde el apetito y el gusto de todos los manjares y cambia el color del rostro, el alma en este grado de amor pierde el gusto y apetito de todas las cosas, y cambia, como amante, el color y. circunstancias de la vida pasada.

Pero el alma no cae en esta enfermedad si no le envían de arriba el exceso de calor: «*Derramaste en tu heredad una lluvia generosa, oh Dios, y enfermó*» (Sal 67,10).

Ya hemos hablado de esta enfermedad y desfallecimiento a todas las cosas, que es el principio y primer grado para ir a Dios, al tratar de la aniquilación en que se ve sumida el alma cuando comienza a entrar en esta escala de purificación contemplativa, y no encuentra gusto en nada, ni descanso, ni consuelo.

2. El segundo grado hace al alma *buscar sin cesar*. Por eso cuando la Esposa dice que, *buscándole de noche en su lecho* (donde estaba enferma de amor) y no le encontró, sigue diciendo: «*Me levanté y recorri la ciudad por las calles y las plazas, buscando al amor de mi alma*» (Cant 3,2).

Esto hace el alma sin cesar, como lo manda el salmista: «*Buscad continuamente el rostro del Señor*» (Sal 104,4). y le busca en todas las cosas, sin detenerse en ninguna hasta hallarle. Como la Esposa, que habiendo preguntado por él a los guardias, los pasó y los dejó (Cant 3,4).

María Magdalena ni aun en los ángeles del Señor se detuvo (Jn 20,14).

En este grado anda el alma tan solícita, que en todas las cosas busca al Amado. En todo lo que piensa, piensa en el Amado. En lo que habla, en las tareas que desarrolla, habla y conversa del Amado. Cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquier cosa, toda su preocupación está en el Amado.

Cuando el alma ya va convaleciendo y cobrando fuerzas en el amor de este segundo grado, en seguida comienza a subir al tercero a través de algún grado de nueva purificación en la *noche*, de que después hablaremos.

3. El tercer grado de la escala amorosa es el que hace *actuar* al alma y le da calor para no pecar. Sobre esto dice el salmista: «*Dicho so quién teme al Señor y es entusiasta de sus mandatos*» (111,1). y si el temor, por ser hijo del amor, le siembra este entusiasmo, ¿qué hará el mismo amor? Considera pequeñas las grandes obras que hace por el Amado, las muchas le parecen pocas; el largo tiempo en que le sirve, corto, por el incendio de amor en que ya va ardiendo.

A Jacob se le hicieron pocos días los siete años que sirvió de criado a Labán más otros siete. Tan enamorado estaba de Raquel (Gén 29,20).

Pues si el amor de Jacob, siendo de criatura, era tan poderoso, ¿qué podrá el amor del Creador cuando se apodera del alma en este tercer grado?

El enorme amor que tiene a Dios le produce gran disgusto y pena de lo poco que hace por Dios y, si fuera lícito, le consolaría deshacerse mil veces por El; por eso se ve inútil en todo lo que hace y le parece estéril su vida.

Y otro efecto admirable: se tiene por la peor de todas.

Porque el amor le enseña lo que Dios merece y porque las muchas obras que hace por El todas las ve viciadas e imperfectas. De todas saca vergüenza y pena, conociendo tan desastrosa manera de obrar por un tan alto Señor.

Está muy lejos de tener vanagloria o presunción y de condenar a los otros.

Estos y otros parecidos son los efectos de este grado que dan al alma ánimo y fuerzas para subir al cuarto.

CAPÍTULO 21

DECLARACIÓN DE LA PALABRA «DISFRAZADA». COLORES DEL DISFRAZ DEL ALMA EN ESTA NOCHE

1. Visto ya por qué el alma llama a esta contemplación *secreta escala*, veamos por qué salió *disfrazada*, por esta *escala secreta disfrazada*.

2. Disfrazarse es disimularse y esconderse bajo otro traje y figura que el que tiene de suyo. O para manifestar al exterior, bajo aquella forma o traje, la voluntad y deseo que guarda en el corazón para ganar la gracia y voluntad de aquel a quien ama. O también para esconderse de sus enemigos, y así poder conseguir mejor lo que pretende. y por eso se viste aquellos trajes y vestidos que más digan y signifiquen su afecto y con que mejor pueda disimularse ante los enemigos.

3. El alma herida del amor del Esposo Cristo, pretendiendo caerle en gracia y ganarle la voluntad, sale disfrazada con el disfraz que más al vivo significa el afecto de su espíritu, y con el que más segura vaya de sus adversarios y enemigos, que son demonio, mundo y carne.

Así, el vestido que lleva es de tres colores principales: blanco, verde y rojo, que simbolizan las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Con ellas ganará la gracia y voluntad de su Amado e irá muy amparada y segura de sus tres enemigos.

Porque la fe es una túnica interior de una blancura tan inmaculada que aparta la vista de toda inteligencia. y así, yendo el alma vestida de fe, no ve ni acierta el demonio a ponerle obstáculos, porque con la fe va muy amparada –más que con todas las demás virtudes– contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo.

4. Que por eso san Pedro no halló otro mayor amparo que ella para librarse de él cuando dijo: «*Hacedle frente firmes en la fe*» (1 Pe 5,9). y 'para conseguir la gracia y unión del Amado, no puede el alma tener mejor túnica y camisa interior, para fundamento y principio de las demás vestiduras de virtudes, que esta blancura de fe, porque sin ella es imposible agradar a Dios (Heb 11,6); y con ella es imposible también no agradarle, pues El mismo dice por Oseas: «*Me casaré contigo en fe*» (2,20), es decir: Si te quieres, alma, unir y desposar conmigo, has de venir interiormente vestida de fe.

5. Esta blancura de fe llevaba el alma en la salida de esta noche oscura, caminando en tinieblas y sufrimientos interiores.

Ni su inteligencia le daba alivio de luz del cielo, pues le parecía cerrado y Dios escondido, ni de la tierra, pues los que la dirigían no la satisfacían. Pero ella sufrió con constancia y perseveró, pasando aquellos sufrimientos sin desfallecer ni ofender al Amado.

Es El quien prueba en los sufrimientos y tribulaciones la fe de su esposa, para que después pueda decir con verdad las palabras del salmista: «*Por las palabras de tus labios, yo guardaré caminos duros*» (16,4).

6. Sobre esta túnica blanca de fe se sobrepone el alma el segundo color, que es un suéter verde, que simboliza la virtud de la esperanza. Con esta virtud el alma se libra del segundo enemigo, que es el mundo, porque esta verdura de esperanza viva en Dios da al alma una tal viveza y valentía y elevación a las cosas de la vida eterna, que, en comparación de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece –como es en realidad– seco, marchito y muerto y de ningún valor .

Y aquí se despoja y desnuda de todos los vestidos y trajes del mundo, no poniendo su corazón en nada, ni esperando nada de lo que hay o habrá en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna. y teniendo el corazón tan lejos del mundo, no sólo no le puede tocar y prender el corazón, pero ni siquiera apercibirlo con la vista.

7. Con este traje y disfraz verde camina el alma muy segura del enemigo del mundo, porque san Pablo llama a la esperanza *casco de salvación* (1Tes 5,8), que es un arma que ampara toda la cabeza y la cubre por entero, dejando sólo al descubierto una visera para ver.

Eso es lo propio de la esperanza, cubrir todos los sentidos de la cabeza del alma, para que no se engolfen en nada del mundo, ni quede sitio para que les pueda herir ningún tiro del mundo.

Sólo le deja una visera para que los ojos puedan mirar al cielo, que es lo propio de la esperanza: elevar los ojos sólo para mirar a Dios, como el salmista que dice: «*Tengo los ojos puestos en el Señor*» (24,15), sin esperar ningún bien de otra parte, como también nos dice otro Salmo: «*Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus amos, como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su ama, así están nuestros ojos fijos en el Señor, Dios nuestro, esperando su misericordia*» (122,2). (Cita ampliada por el autor).

8. y aquí está la complacencia del Amado, en este traje verde, que siempre está mirando a Dios sin poner los ojos en otra cosa, ni dejarse fascinar más que por El. y así tanto alcanza de El cuanto de El espera. Que por eso el Esposo en los Cantares le dice a la Esposa: «*Me has enamorado con una sola de tus miradas*» (4,9).

Sin este traje verde de esperanza sólo en Dios no le conviene al alma decidirse a amar, porque nada conseguiría, pues la que mueve y vence es la esperanza tenaz.

9. De este traje de esperanza va disfrazada el alma en esta *oscura* y secreta *noche*, pues camina tan vacía de todo apego y posesión que no tiene los ojos en otra cosa, ni la preocupación más que en Dios: «*Pegada la boca al polvo, quizá quede esperanza*» (Lam 3,29).

10. Sobre el blanco y verde, para remate y perfección de este traje y disfraz, viste el alma al tercer color, que es una magnífica toga roja, que simboliza la caridad.

Con ella, además de llenar de gracia a los otros dos colores, eleva tanto al alma que la pone cerca de Dios tan hermosa y agradable que ella se atreve a la caridad, exactamente igual, vacía y aniquila los afectos y apetitos de la voluntad de todo lo que no es Dios y sólo los pone en El. Así es como la caridad prepara la potencia de la voluntad para unirla a Dios por amor.

Y como estas virtudes tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos que Dios, necesariamente la han de unir con Dios.

12. y sin caminar de veras con el traje de estas tres virtudes, es imposible llegar a la perfección de unión con Dios por amor.

Por esto para alcanzar el alma lo que pretende, que es esta amorosa y deleitosa unión con su Amado, es muy necesario y conveniente este traje y disfraz que el alma se ha vestido. Por eso es gran ventura atinar a vestirse este traje y perseverar vestida con él hasta conseguir lo que pretende y el fin que tanto desea, que es la unión de amor. Esto es lo que nos dice en el siguiente verso:

¡Oh dichosa ventura!

CAPÍTULO 22

TERCER VERSO DE LA SEGUNDA CANCIÓN

1. y cierto que es *dichosa ventura* alcanzar este éxito en esta empresa tan importante de la salida del alma en la que se libra del demonio, del mundo y de su propia sensualidad. Porque ha conseguido la libertad dichosa del espíritu, por todos deseada.

Ha salido de lo inferior a lo superior. De terrestre se ha hecho celestial, llegando a tener su conversación en los cielos (Flp 3,20), que es lo que le ocurre al alma en este estado de perfección, como lo vamos a ir diciendo en lo que queda, pero con mayor brevedad.

2. Porque lo más importante y lo que motivó que yo empezara a escribir este libro, que era iluminar esta *noche* a muchas almas, que sufriéndola, ignoraban lo que les pasaba –como se dice en el prólogo–, está ya bastante explicado (aunque muchísimo menos de lo que es). Algo he dicho de los bienes que reporta al alma y, por tanto, qué *dichosa ventura* tiene quien camina por la *noche*.

Que cuando experimenten el espanto ante el horror de tantos sufrimientos se animen con lo dicho con la esperanza cierta de tantos y tan ventajosos bienes de Dios que se consiguen en la *noche*.

Además fue *dichosa ventura* para el alma! por lo que dice en el verso siguiente:

a oscuras y en celada.

CAPÍTULO 23

DECLARACIÓN DEL CUARTO VERSO, PONDERA EL ADMIRABLE
ESCONDITE QUE EL ALMA ESTÁ SITUADA EN ESTA NOCHE Y DICE
QUE EL DEMONIO, QUE PUEDE ENTRAR EN OTROS MUY ALTOS, NO
PUEDE ENTRAR EN ÉSTE

1. Decir *en celada* es decir en escondite o encubierto. El alma que dice que *a oscuras y en celada* salió pretende dar a entender la gran seguridad -que ya dijo en el primer verso-- que lleva en esta oscura contemplación en el camino de la unión de amor con Dios.

Dicir, pues, el alma *a oscuras y en celada* es decir que, como iba a oscuras, iba encubierta y escondida del demonio y de sus trampas y asechanzas.

2. En la oscuridad de la contemplación va el alma libre y escondida de las asechanzas del demonio, porque la contemplación infusa se infunde pasiva y secretamente en el alma sin que intervengan los sentidos y potencias interiores y exteriores de la parte sensitiva.

Y por tanto va libre y escondida del impedimento que la debilidad natural de estas potencias le pueden poner. Y también del demonio, que no puede conocer ni alcanzar lo que hay en el alma ni-lo que en ella ocurre, si no es por medio de estas potencias de la parte sensitiva.

Por eso cuanto más espiritual, interior y distinta de los sentidos es la comunicación, tanto menos alcanza el demonio a darse cuenta de que existe.

3. Interesa, pues, mucho para la seguridad del alma que el trato interior con Dios sea tal que sus mismos sentidos de la parte inferior queden a oscuras y sin saberlo ni comprenderlo. Porque entonces la comunicación espiritual puede ser más abundante, no impidiendo la libertad del espíritu la pobreza de la parte sensitiva. Y porque el demonio no puede penetrar tan adentro.

Y así podemos entender de manera espiritual las palabras de Jesús: «*Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha*» (Mt 6,3). Es decir: lo que ocurre en la derecha, que es la parte superior y espiritual del alma, no lo conozca la parte inferior de tu alma. Sea sólo secreto entre el espíritu y Dios.

4. Es cierto que muchas veces, cuando ocurren al alma estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no sepa qué ocurre y cómo, por la gran quietud y silencio que producen en los sentidos y potencias, atisba que algo pasa y que el alma está recibiendo algún bien.

Pero cuando la comunicación de esta contemplación embiste puramente en el espíritu con vehemencia, de nada le sirve al demonio su esfuerzo por inquietarlo, pues el alma recibe entonces más provecho y más segura paz. Porque al sentir la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable! , sin saber cómo, y sin ella hacer nada de su parte, se concentra más a nivel más profundo, experimentando que entra en un refugio

donde se ve más lejos del enemigo y más escondida, y' que allí le crece la paz y el gozo que el demonio le pretendía quitar.

Y experimenta que le desaparece el temor y se alegra de verse tan segura gozando de la quieta paz y sabor del Esposo escondido que ni mundo ni demonio puede dar ni quitar, sintiendo la realidad de lo que la Esposa dice en los Cantares: «*¡Es la litera de Salomón! La rodean sesenta soldados, los valientes de todo Israel, todos llevan al flanco la espada, veteranos de muchos combates, todos llevan al flanco la espada por temor a sorpresas nocturnas!*» (Cant 3,7-8)³⁵. Y experimenta esta fortaleza y paz, aunque muchas veces siente que le atormentan la carne y huesos en el exterior.

5. Otras veces, cuando la comunicación espiritual no se comunica mucho al espíritu, pues participa también el sentido, el demonio llega con más facilidad a turbar el espíritu y alborotarlo en el sentido con estos horrores.

Entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces más de lo que se puede decir, porque como va de espíritu a espíritu desnudo, es intolerable el horror que el malo produce en el bueno, cuando llega su alboroto.

Esto significa la Esposa en los Cantares cuando dice lo que le ocurrió a ella cuando quería concentrarse y gozar de estos bienes: «*Bajé a mi nogueral a experimentar los brotes de la vega, a ver si ya las vides florecían, a ver si ya se abrían los botones de los granados; y, sin saberlo, se conturbó mi alma por las cuadrigas - carros y estruendos- de Aminadab!*» (6,10), que es el demonio.

6. Ocurre otras veces -y esto cuando es por medio del ángel bueno- que el demonio atisba alguna merced, que Dios quiere hacer al alma, porque en las que media el ángel bueno suele permitir Dios que las conozca el enemigo; para que luche contra ellas lo que pudiere según la proporción de la justicia, para que él no pueda alegar de su derecho, diciendo que no le dan oportunidad para conquistar las almas, como hizo con Job: «*Satanás le respondió: ¿y crees tú que su religión es desinteresada? ¡Si tú mismo lo has cercado y protegido, a él, a su hogar y todo lo suyo! Has bendecido sus trabajos, y sus rebaños se ensanchan por el país. Pero tócalo, daña sus posesiones, y te apuesto a que te maldecirá en tu cara. El Señor le dijo: Haz lo que quieras con sus cosas...*» (1,1-12)³⁶.

Dios negaría la oportunidad de tentar si no dejase cierta igualdad sobre el alma entre los dos guerreros, el ángel bueno y el malo. Con esta igualdad será más estimada la victoria de cualquiera, y el alma, victoriosa y fiel en la tentación, será más premiada.

7. Por esta misma razón Dios concede al demonio que pueda hacer él en el alma lo que El mismo hace: si el ángel bueno le otorga visiones buenas c-que es él quien ordinariamente las produce, aunque represente a Cristo, que casi nunca aparece en persona-, también permite al ángel malo que pueda hacer ver visiones falsas. y tan eficaces que, si el alma no es cauta, fácilmente puede ser engañada, como lo han sido muchas.

En el Éxodo hay ejemplos de esto, pues todos los signos verdaderos que hizo Moisés, loS hicieron falsos loS magos' del Faraón: Si Moisés sacaba ranas, también ellos. Y si convertía el agua en sangre, ellos también (7,11-12 y 8,7).

³⁵ Cita completada por el autor

³⁶ San Juan cita 1,1-9; el autor completa la cita hasta el verso 12 y explicita desde el 9. (*Nota del autor.*)

8. Como el demonio puede atisbar las comunicaciones espirituales hechas por ángeles, porque, según Job, «se encara con todo lo elevado» (41,26)³⁷, las imita y se entremete en ellas.

Aunque, como no tienen forma ni figura, que esto -es lo propio del espíritu, no las puede imitar y formar como las que la tienen.

Para atacar al alma cuando es visitada con estas visiones le infunde su miedo espiritual para combatir y destruir espiritual con espiritual.

Cuando esto ocurre, al comunicar el ángel bueno la contemplación espiritual, no puede el alma entrar tan pronto en lo escondido y encubierto de la contemplación sin que sea vista por el demonio y la atemorice con algún horror y turbación espiritual, muy doloroso a veces para el alma.

Puede a veces el alma apartar pronto esta imagen horrorosa del espíritu malo sin que tenga tiempo de impresionarla, y concentrarse, ayudada por eficaz merced espiritual que le otorga el ángel bueno.

9. Otras veces prevalece el demonio e inunda al alma la turbación y el horror. Ningún tormento de esta vida produciría al alma tanto dolor. Porque como esta horrorosa comunicación va de espíritu a espíritu, desprovista de todo lo que es cuerpo y con toda luminosidad, es más dolorosa de lo que se puede sentir. Y permanece algún tiempo en el espíritu; no mucho, porque saldría el espíritu del cuerpo con la impetuosa comunicación del otro espíritu. Queda después el recuerdo, que basta para dar gran pena.

10. Todo esto sucede en el alma pasivamente sin que ella haga ni deshaga nada. Pero cuando el ángel bueno permite al demonio esta ventaja de alcanzar al alma con este horror espiritual, lo hace para purificarla y prepararla con esta vigilia espiritual para alguna gran fiesta y regalo espiritual que le quiere hacer El, que nunca mortifica sino para dar vida, ni humilla sino para ensalzar (1 Sam 2,6-7)³⁸.

Y sucede al poco tiempo que el alma, en proporción a la purificación tenebrosa y horrible que padeció, goza de admirable y sabrosa contemplación espiritual. Tan sublime, a veces, que no se encuentran palabras para enaltecerla. El horror del mal espíritu afinó al alma para recibir este bien; porque estas visiones espirituales son más de la otra vida que de ésta, y cuando se ve una, ésta prepara para otra.

11. Lo que hemos dicho se refiere a la visita de Dios al alma por medio del ángel bueno. No va ella en esto tan *a oscuras y en celada* que no la alcance algo el enemigo. En cambio, cuando Dios la visita en persona se cumple bien el dicho verso, porque recibe las mercedes espirituales de Dios totalmente *a oscuras y en celada*.

Esta es la razón: como Su Majestad vive sustancialmente en el alma, donde ni el ángel ni el demonio pueden llegar a enterarse de lo que pasa, no pueden conocer las íntimas y secretas comunicaciones que entre el alma y Dios allí pasan.

Estas, porque las hace el Señor por sí mismo, son totalmente divinas y soberanas, porque todos son toques sustanciales de divina unión entre el alma y Dios. En uno solo de estos toques, por ser éste el más elevado grado de oración que hay, recibe el alma mayor bien que en todos los otros.

12. Estos son los toques que el alma entró pidiendo en los Cantares: «*Que me besé con besos de su boca*» (1,1).

³⁷ San Juan cita el vers. 25. (*Nota del autor.*)

³⁸ San Juan cita 1 Rey (*Nota del autor.*)

Esto ocurre en unión tan íntima con Dios, a la cual el alma con ansias enormes anhelaba llegar, y por eso aprecia y ambiciona más un toque de Divinidad que todas las demás mercedes que Píos le hace.

Por eso, después que en los Cantares le había hecho muchas caricias, no hallándose satisfecha, dice, pidiendo estos toques divinos: «*¿Quién te me dará, hermano mío, que te encontrase yo solo fuera mamando los pechos de mi madre, para que así te besase con la boca de mi alma, sin temor a burlas?*» (8,1).

Con esto significa que al ser la comunicación que Dios le hiciese para sí sola afuera y apartada de todas las criaturas que es lo que quiere decir *fuerza mamando*, es decir, secando y extinguiendo los pechos de los apetitos y afectos de la parte sensitiva; y esto sucede cuando ya con libertad de espíritu, sin que la parte sensitiva pueda impedirlo, ni el demonio contrariarlo, goza el alma en sabor y paz íntima estos bienes-, no se atrevería el demonio a atacarla, porque no la alcanzaría ni podría conocer estos toques divinos de la amorosa sustancia de Dios en la sustancia del alma.

13. Nadie consigue este bien sin íntima desnudez y purificación y escondite espiritual de todo lo que es criatura. y esto es *a oscuras*, que ya hemos explicado largamente y repetimos ahora comentando este verso. y es *en celada* y escondido. y en este escondite se va confirmando el alma en la unión con Dios por amor. y por eso lo canta ella en el verso: *a oscuras y en celada*.

14. Cuando estas mercedes se le conceden al alma *en celada*, sólo en el espíritu, es normal que en algunas vea el alma tan distante y lejana la parte espiritual y superior de la inferior y sensitiva, que ve en sí misma dos partes tan diferentes, que le parece que no tiene que ver la una con la otra, y experimenta la lejanía de la inferior. En realidad, la lejanía se da según la operación, que entonces es totalmente espiritual y no se comunica con la parte sensitiva.

Así es como el alma se va haciendo toda espiritual.

En estos escondites de contemplación unitiva quedan muy extinguidas las pasiones y apetitos. y así, hablando de la parte superior del alma, dice el último verso:

estando ya mi casa sosegada.

CAPÍTULO 24

SE TERMINA DE EXPLICAR LA SEGUNDA CANCIÓN

1. Este verso significa que estando la parte superior de mi alma junto con la inferior ya sosegada en sus apetitos y potencias, salí a la divina unión de amor de Dios.

2. Combatida el alma y purificada en la guerra de la *noche oscura* en la parte sensitiva y en la espiritual, en sus sentidos, potencias y pasiones, llega a conseguir paz y sosiego en las dos partes.

Por eso repite el mismo verso en esta canción y en la anterior, refiriéndose a la parte espiritual ya la sensitiva del alma.

Las dos han de estar reformadas, ordenadas y quietas, según el modelo del estado de inocencia de Adán, para llegar a la divina unión de amor.

Y así, este verso, que en la primera canción se refiere al sosiego de la parte inferior, y sensitiva, en esta segunda habla de la parte superior y espiritual.

3. Llega el alma a conseguir este sosiego y quietud de la casa espiritual de manera habitual y perfecta, en cuanto la limitación de esta vida lo soporta, mediante los actos de toques sustanciales de unión ya dichos.

Toques que ha ido recibiendo de la Divinidad *en celada* ya escondidas de la turbación del demonio y de los sentidos y pasiones. En ellos el alma se ha ido purificando, sosegando y fortaleciendo y estabilizando para poder recibir permanentemente la unión divina, que es el divino matrimonio entre el alma y el Hijo de Dios.

Cuando las dos casas del alma quedan sosegadas y fortalecidas y unificadas con todos sus domésticos de potencias y apetitos, dormidos y callados en relación con todas las cosas del cielo y de la tierra, inmediatamente la divina Sabiduría se une con el alma con un nudo nuevo de posesión de amor. Se realiza lo de la Sabiduría: «*Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera, tu palabra poderosa se abalanzó, como paladín inexorable, desde el trono real de los cielos al país condenado*» (18,14).

Lo mismo da a entender la Esposa en los Cantares, diciendo que, después que pasó de largo a los que «*la desnudaron el manto de noche y la llagaron, encontró al amor de su alma*» (5,7 y 3,4).

4. Sin gran pureza no se puede llegar a esta unión. y esta pureza no se consigue sin gran desnudez de todo lo criado y viva mortificación. Desnudez y mortificación que está simbolizada en *el desnudar el manto a la Esposa y llagarla de noche* en su busca y deseo del Esposo. Porque no se le podía vestir el manto nuevo de novia sin desnudarla del viejo.

Por tanto, el que rehusé salir en la *noche oscura* a buscar al Amado y ser desnudado de su voluntad y ser mortificado, y quiere buscárselo en el lecho de su comodidad como primero hacia la Esposa, no lo encontrará, como lo encontró esta alma porque salió a oscuras y con ansias de amor.

CAPÍTULO 25

BREVE DECLARACIÓN DE LA TERCERA CANCIÓN

*En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me vela ni yo miraba cosa
sin otra luz y gula,
sino la que en el corazón ardía.*

Declaración

1. Sigue el alma con el símbolo de la noche temporal en su *noche espiritual* y dice y alaba sus cualidades y dice que en ella consiguió rápida y seguramente el fin deseado. Tres cualidades señala.

2. La primera dice que en esta *dichosa noche* de contemplación conduce Dios al alma por tan solitario y secreto modo de contemplación tan distante y desprendido del sentido, que nada que pertenezca al sentido ni ningún afecto de criatura llega a perturbar al alma, hasta el punto de impedirle su avance en el camino de la unión de amor.

3. La segunda cualidad se refiere a las tinieblas espirituales de esta *noche*, en que todas las potencias de la parte superior del alma están a oscuras. Al no poder ver el alma nada, no se detiene en nada fuera de Dios para ir a El, por estar libre de los obstáculos de formas y figuras y de los pensamientos y recuerdos naturales, que son los que suelen embotar el alma para que no se una en el siempre ser de Dios.

4. La tercera es que, aunque ni está apoyada en alguna luz determinada de la inteligencia, ni en ningún guía exterior para recibir esta satisfacción en este camino tan elevado, porque las tinieblas oscuras la tienen privada de todo esto, es sólo el amor el que arde en esta etapa y la hace volar a su Dios por el camino de la soledad, sin saber ella cómo ni de qué manera.

Sigue el verso:

*En la noche dichosa*³⁹.



Imagen en la iglesia del convento de Carmelitas Descalzos
(Santander) España

³⁹ Así terminan todos los manuscritos. El códice de Alba advierte en una nota puesta en este lugar que el Santo no escribió más porque murió. La razón no convence. Vivió aún varios años, en que retocó y refundió otros escritos.